

REZ

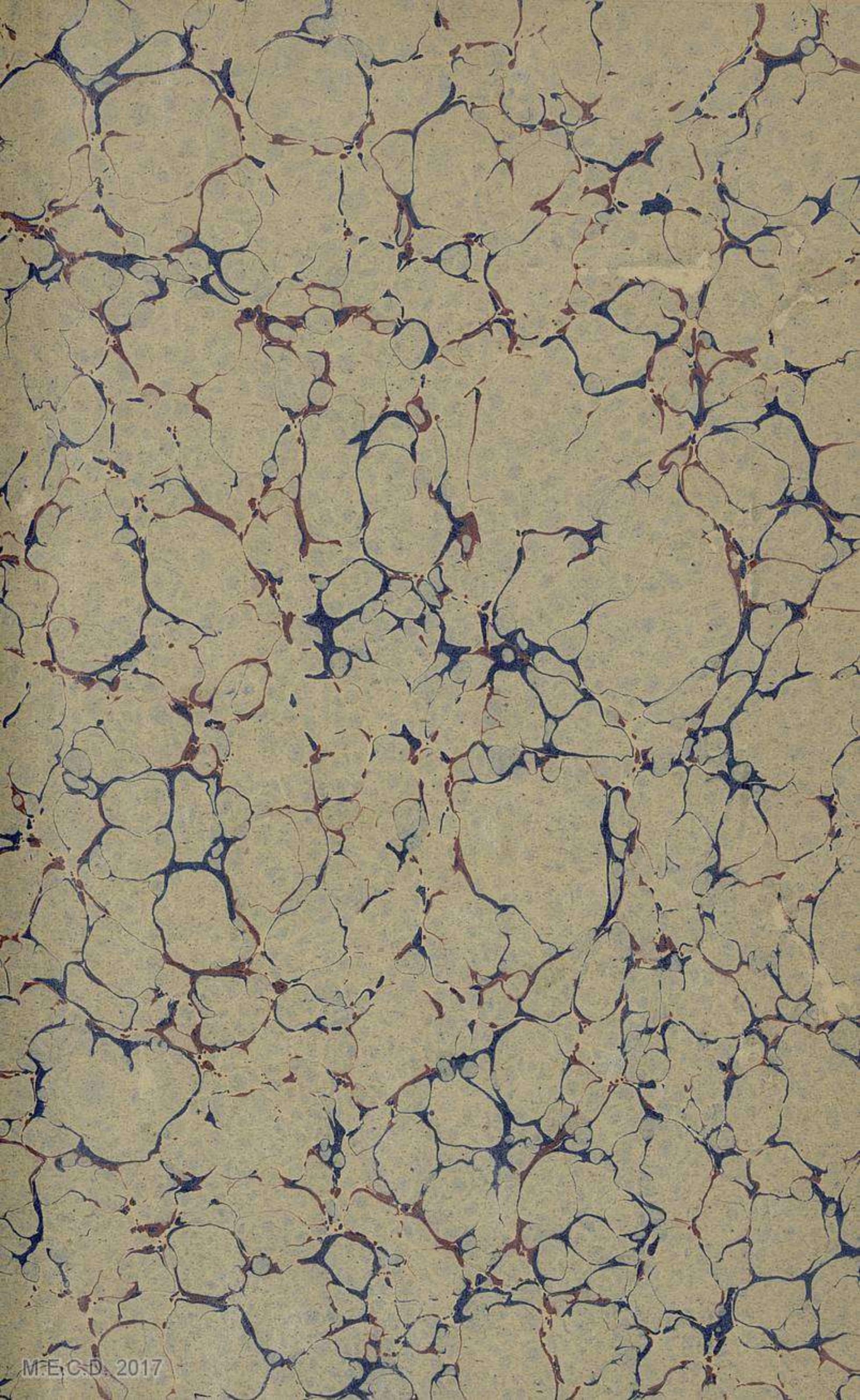
ROS

SCO

MA

ALV





20

V 86.0-3(729.1)

ALV

Esta obra es propiedad de la Biblioteca de Instrucción y Recreo, que se reserva la ley de propiedad literaria queda hecha el depósito correspondiente en el Ministerio de Fomento.

LOS COMPAÑEROS DE VASCO DE GAMA.

Esta obra es propiedad de la *Biblioteca de Instrucción y Recreo*, que se reserva todos los derechos. Para los efectos de la ley de propiedad literaria queda hecho el depósito correspondiente en el Ministerio de Fomento.

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Capellanes, 5, principal.

BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO.

LOS COMPAÑEROS

DE

VASCO DE GAMA

AVENTURAS DE UN PINTOR

POR

D. JOSÉ ÁLVAREZ PEREZ

MADRID

MEDINA Y NAVARRO, EDITORES

ARENAL, 16, LIBRERÍA,

BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECIBO.

LOS COMPAÑEROS

DE

VASCO DE GAMA

AVENTURAS DE UN PILOTOR

DE

D. JOSE ALVAREZ PEREZ



M.C.H.

ALVARO, 10. LIBRERIA, MADRID, Y NAVARRA, BILBAO.

Q. 80256

LOS COMPAÑEROS DE VASCO DE GAMA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Una aventura nocturna.

Eran las once de una oscura y tempestuosa noche de Marzo del año de gracia de 1497.

Un embozado cruzaba á paso largo por las desiertas calles de Lisboa, sin hacer caso del vendaval que silbaba con furia, ni de la fria lluvia que á torrentes caía.

Llegó al *Largo do poço do Borratem* y sin titubear, tomó á la izquierda internándose en una oscura callejuela.

A los pocos pasos se detuvo. Miró á todos lados, como para cerciorarse de que estaba solo, y dió un silbido extrañamente modulado.

Despues empezó á pasearse con lentitud.

Al poco rato, en un vetusto edificio cercano, se oyó un leve rumor, como si alguna puerta se abriera con precaucion. A pesar de esta circunstancia, el embozado percibió el ruido distintamente.

Se acercó con presteza á la ventana que acababa de abrirse y preguntó:

—¿Eres tú, Margarita?

—¿Quién habia de ser?—respondió una dulce voz entre las rejas al través de las cuales se divisaba, á pesar de la oscuridad, el busto de una mujer cuyos contornos eran de una belleza admirable.

—Mucho has tardado esta noche,—añadió la que ya sabemos se llamaba Margarita;—y como el tiempo es tan malo, creí que no vendrias.

—¡No venir! ¡oh! ¿podias creerlo?—exclamó el jóven con el natural ardor de la pasion que sentia.—No hay causa bastante poderosa para hacer que yo faltara á la cita.

¿Sabes tú lo que son para mí los cortos momentos que paso á tu lado?

Cuando, durante el dia, cansado de trabajar, dejo á un lado los pinceles, ¿quién me anima á cogerlos de nuevo? ¿Quién me hace sentar otra vez delante del caballete? No es, lo confieso, el amor al arte por el cual he vivido hasta que tuve la dicha de conocerte; tampoco es la ambicion de gloria...

—¿Pues qué es?—preguntó con cierta coquetería Margarita.

—Es tu amor, es la esperanza de llegar á ser bastante rico para poder presentarme á tu padre y decirle:

—¿Quereis para vuestra hija un buen partido? Aquí teneis oro. ¿Quereis gloria? Aquí están mis laureles, no los teñidos en sangre de mis hermanos; sino los que adornan la frente del hombre que trabaja con la inteligencia, que vive de su inspiracion. ¿Deseais nobleza? Hé aquí mis rancios pergaminos; hijo de noble soy, y la historia de mi casa se confunde con la de Portugal.

—Sí,—replicó tristemente la hermosa jóven, —creo que podrás decirle todo eso, pues tengo confianza en tu genio. Pero ¿cuándo se lo dirás?

—Pronto.

—Muy pronto ha de ser, porque Coelho está cada vez más empeñado en casarse conmigo, y ya sabes que mi padre no le niega nada.

—¡Ten fe en el porvenir! Coelho no me asusta, y á pesar de su valimiento con el rey, el día que me estorbe me libro de él.

—¿Qué intentas?

—Nada que no sea noble y honroso. Si Coelho lleva las cosas al extremo, y tu padre se resuelve á concederle tu mano ántes de que yo me haya hecho lugar entre los primeros artistas de Lisboa, le busco, le provoco, y como él es valiente, aceptará...

—¡Oh, Dios mio! ¡Un duelo! ¿Y si te mata?

—No temas; aunque no he seguido la carrera de las armas, mi mano está acostumbrada á manejarlas desde niño.

—No importa, — repitió la jóven haciendo una graciosa mueca.—Me gustaria más que obtuviésemos la felicidad por los pinceles. ¿Qué has pintado hoy?

—He terminado el martirio de San Pedro, que como sabes me encargó Benasaya.

—¿El judío que vive en la calle dos Fangueiros?

—El mismo.

—¿Cuánto te ha dado?

—Muy poco, doscientos cruzados (1). Esta no-

(1) 1.087 reales.

che he ido á cobrarlos. He tardado porque despues tuve que ir al convento de San Francisco. Los buenos padres me han encargado una Virgen que será tu retrato.

—¿No oyes ruido de pasos?— preguntó Margarita con inquietud.

—Sí, parece que alguien se acerca.

—Adios, Fernando, no quiero que me vean,— dijo la jóven presentando una mano por entre las rejas.

Un ardiente y prolongado beso dió fin al amoroso coloquio.

La ventana se cerró con precaucion, y Fernando se alejó embozándose de nuevo.

A los pocos pasos observó que un hombre marchaba delante de él y se detenía en la esquina de la callejuela, donde lo esperaba otro embozado.

Fernando al verlos se detuvo á reflexionar. Era evidente que aquellos hombres le espiaban.

No era cobarde, pero sí precavido, y no queria provocar un lance bajo las ventanas de su amada, por lo que retrocedió á buen paso, procurando ganar el extremo opuesto de la callejuela.

Los embozados, al ver que se retiraba, abandonaron la esquina y empezaron á seguirle, redoblando el paso.

—¡Eh! mancebo,—gritó uno de ellos.

Fernando no respondió, contentándose con ver si su espada salia de la vaina con facilidad y seguir más de prisa su camino.

Los desconocidos empezaron á correr.

Fernando los imitó, metiéndose por cuantas callejuelas encontraba, seguido siempre de sus perseguidores.

Cuando comprendió que estaba bastante lejos de la casa de Margarita, se detuvo debajo de un retablo iluminado por un farolillo y tiró de la espada, arrollándose la capa al brazo izquierdo.

Apenas habia tomado esta resolución, llegaron los dos embozados, que tambien llevaban las espadas desnudas.

—Mucho correis, — dijo uno de ellos, deteniéndose ante Fernando.

Éste, sin contestar, cerró con los dos desconocidos, obligándolos á ponerse en guardia.

Aun cuando el combate era desigual, el valor, la destreza y la agilidad de Fernando le dieron la victoria.

La punta de su espada encontró al fin resistencia, y el embozado que habló el primero abrió los brazos, soltó la espada y cayó lanzando un hondo gemido.

El segundo adversario lanzó una horrible blasfemia y se arrojó ciego de cólera sobre Fernando.

Pero éste, dando un salto lateral, esquivó el acero del enemigo, que súbito mordió el polvo con la cabeza abierta por una tremenda cuchillada.

Desembarazado ya de importunos, Fernando envainó la espada, y embozándose de nuevo, se dirigió hácia el puerto.

Al llegar á orillas del rio detúvose ante una casa de mezquina apariencia.

Sacó una llave, abrió la puerta de la casa, que cerró en seguida por dentro, y subió una larga, estrecha y resbaladiza escalera.

Cuando llegó al tercer piso, sacó otra llave, abrió otra puerta y la volvió á cerrar.

Buscó á tientas una mesa, sobre la que habia pedernal, eslabon, yesca y pajueta, encendiendo con estos avíos un velon de cobre.

Despues atravesó la reducida estancia, cuyo único mueblaje consistia en una mesa y dos sillas, y penetró en una vasta sala, cuyas paredes estaban cubiertas de lienzos en blanco ó á medio pintar.

Dejó el velon sobre una mesa llena de papeles, brochas, libros y vejigas de color; se despojó de su capa y su sombrero de anchas alas y se sentó en un sillón de cuero que estaba frente á un caballete, en el que habia colocado un boceto á medio bosquejar.

El jóven vestia de paño negro; las calzas eran rojas y estaban medio cubiertas por unas recias botas de cuero salpicadas de lodo y sangre.

En sus facciones, regulares y expresivas, estaban pintados el valor, la lealtad y el genio. Era en resúmen un buen mozo y además, como hoy se diria, un jóven simpático.

La madre de D. Fernando de Silva murió al darle á luz, y su padre la siguió al sepulcro tres años despues, sin dejar á su hijo más riquezas que un rollo de viejos pergaminos y nombre sin tacha.

Un hermano de su madre, prior que era del monasterio de Batalha, acogió á Fernando en él, y los buenos padres se dedicaron con afan á educar al sobrino de su superior, á quien amaban entrañablemente.

Los monasterios eran entónces en Portugal, el refugio de todos los hombres de algun valer que, cansados del mundo, buscaban en el claustro el reposo y la paz del alma.

En aquellos sagrados asilos se encerraba la ciencia y germinaban las semillas que más tarde produjeron los elementos que componen la civilización moderna.

Todo tiene su objeto en este mundo y todas las instituciones han sido útiles.

Mientras los hombres no conocían más arte que el de destruir á sus semejantes, domar un potro y romper con brío una lanza, la ciencia se refugió en los claustros. Allí pasó su infancia, y cuando ya se sintió bastante fuerte para tender el vuelo, franqueó el muro de los conventos, y con el mágico soplo de sus alas hizo huir á la barbarie, dando fin á los torneos y á las depresivas y caprichosas invasiones guerreras de los señores feudales.

Desde entónces empezó la decadencia de los conventos que habian dado su fruto y, como el áloes, despues de darlo era preciso que murieran. Nuestro siglo presenció su entierro.

Fernando aprendió todo cuanto en aquella época se sabia.

Bajo los gigantescos arcos góticos del célebre monasterio, y al admirar diariamente las numerosas obras de arte que encierra, adquirió el gusto á la pintura, recibiendo algunas lecciones de un viejo monje que habia sido mediano pintor.

Cuando nuestro héroe tuvo veinte años, murió su tio, y él, lleno del fuego de la juventud, y ansiando ver lo que sólo de oidas conocia, abandonó el monasterio, trasladándose á Lisboa.

Tomó una casa junto al puerto, y empezó á pintar.

Aunque no le daban mucho por sus cuadros,

siempre ganaba bastante para vivir alegremente y satisfacer sus caprichos.

Como sucede á todos los que han pasado su primera juventud sujetos á un régimen austero, Fernando al verse libre, gustó sin tasa de los placeres que le brindaba la córte, con loco aturdimiento.

Así pasó cuatro años de fiesta en fiesta, de aventura en aventura, de duelo en duelo, sin pensar nunca en lo futuro.

Cuando su bolsa estaba llena triunfaba y se divertía. Cuando no tenía un cuarto, se sentaba ante su caballete y de sus pinceles brotaba algun bonito cuadro, cuyo importe le permitía seguir la interrumpida serie de sus calaveradas.

Pero como todo tiene fin en este valle de lágrimas, un dia Fernando vió á Margarita al salir de misa, la siguió y desde entónces abandonó sus amigos y sus favoritas diversiones.

Margarita era hija única de un rico morgado (1) del Algarbe, fidalgo infatuado con su nobleza y millones.

Fernando halló medio de hablar á la jóven, y como era galan y apuesto caballero, Margarita aceptó su amor y llegó á quererle tanto como él la amaba.

Como hemos visto por la conversacion de los dos jóvenes, Fernando tenía un rival terrible en el Ilustrísimo Senhor Nicolás Coelho, capitan de mar y tierra y por añadidura favorito de S. A. el rey D. Manuel, primero de este nombre en Portugal.

(1) Mayorazgo.

Mientras te hemos dado, lector, estos detalles, Fernando permaneció en el sillón con la cabeza apoyada en sus manos, sumido en profundas meditaciones.

Por fin se levantó, encogiéndose de hombros y murmurando:

—¿Qué me importan sus nombres, si, después de todo, lo más probable es que fueran dos rateros?

En seguida empezó á desnudarse, y como por enamorado que esté un jóven de veinticuatro años siempre duerme, nuestro pintor no tardó en quedar entregado en los brazos de Morfeo.

CAPÍTULO II.

Los heridos.

A la media hora de haber entrado Fernando en su casa, llegaba una ronda al sitio donde habia tenido lugar el combate.

El alguacil que iba alumbrando con un farol delante del señor alcalde, al ver dos bultos tendidos en el suelo, echó mano á la espada y gritó con voz aguardentosa:

—¡Dense presos á la justicia del rey nuestro señor!

—¿Qué es eso, Coutinho?—preguntó el alcalde acercándose con los otros esbirros.

—Ilustrísimo señor,—respondió el interpelado quitándose el sombrero ante su jefe;—aquí hay dos cuerpos que si no son cadáveres, están borrachos.

—Acerca la luz: les veremos las caras.

El alguacil obedeció.

—¡Oh!—añadió el alcalde,—tienen las espadas desnudas y parecen muertos.

—Pues éste, si vosa señoría no manda otra cosa, está vivo,—dijo Coutinho examinando uno de los cuerpos.

—¿Y el otro?—preguntó el alcalde.

Coutinho se acercó al segundo herido, lo examinó atentamente, se rascó la cabeza, y por fin se levantó diciendo:

—Me parece que este *ficou en bora*.

— Corriente — dijo el alcalde; — cargad con los dos, y marchad con ellos á la plaza del Rocio interin voy á dar cuenta al Excmo. Sr. Gobernador de lo que sucede. Tú, Coutinho, vete á casa del doctor Macedo y dile que vaya contigo á reconocer á los heridos.

Dicho esto, el alcalde se alejó por un lado seguido de parte de la ronda, excepto Coutinho que marchó en direccion opuesta en busca del doctor.

Cuatro alguaciles cogieron á los heridos y los llevaron á la plaza del Rocio, donde habia una especie de cuerpo de guardia ó prevencion, y allí depositaron sus cargas encima de unos grandes tablados que al efecto habia alrededor de las paredes.

Algun tiempo despues apareció el alcalde.

— ¿Han venido Coutinho y el doctor? — preguntó á los que estaban en la prevencion.

— Aquí estoy para servir á vosa señoría — respondió un hombrecillo rechoncho que seguido de Coutinho apareció en la puerta.

— ¿Es vosa merced, señor doctor? — dijo el alcalde volviéndose.

— Sí — contestó el doctor frotándose vivamente las manos, — ¿quién habia de decir que con esta noche tan mala estuviera V. S. en campaña?

El alcalde continuó con énfasis:

— El servicio del rey — y se descubrió imitándole todos, — el servicio del rey es lo primero, doctor, ¿no es vosa merced de mi opinion?

— ¡Oh! sí — respondió el doctor tiritando, — ante todo el servicio del rey... Pero pocos se atreverán á rondar como V. S. cuando reina un tiempo tan crudo.

— Es cierto—dijo el alcalde visiblemente halagado por las alabanzas del doctor,—hace un tiempo muy malo y por eso me he dirigido á vos.

El doctor dejó de temblar y de restregarse las manos para mirar al alcalde con asombro.

—Sí señor—prosiguió el alcalde—pocos médicos tendrían la abnegación, el valor de posponer su comodidad y descanso al servicio del rey.

El doctor Macedo se inclinó humildemente.

—Yo soy muy franco y sobre todo muy justiciero—añadió el alcalde,—y mañana daré cuenta al Excmo. Sr. Gobernador de la valerosa conducta de vosa merced. Y si algún día obtengo el alto puesto de...

Tres quejidos bien acentuados interrumpieron al alcalde.

—¡Eh! ¿qué es eso?—gritó volviéndose hácia sus subordinados.—¿Quién se atreve á turbar el respetuoso silencio que debe reinar siempre ante un alcalde?

—Ilustrísimo señor—dijo Coutinho humildemente—ha sido uno de los heridos.

—Es verdad—repuso el alcalde,—se me habia olvidado. Os he llamado doctor, para que examineis el estado de unos hombres que hemos encontrado en la calle, muerto el uno, herido el otro.

—¿Qué clase de gente es?—preguntó el doctor.

—Mala gente debe ser—replicó el alcalde,—que habia tomado ojeriza al que habia interrumpido su discurso.

—Coutinho, trae una linterna para que el doctor vea estos pájaros.

Coutinho se acercó dirigiendo la luz al que estaba herido en la cabeza, que era el que se había quejado.

— ¡Valiente cuchillada! — exclamó el doctor al examinar la herida. — El que se la dió no era manco. Veamos el otro.

Coutinho alumbró.

— Este está más grave — añadió el doctor, tomándole el pulso.

— Coutinho dice que está muerto, — observó el alcalde.

— No lo está, pero le falta poco, — repuso el doctor. — A ver la luz por este lado... ¡Oh! ¡qué desgracia!

— ¿Qué decís, señor doctor? ¿Conoce voacé á este herido? — preguntó con interés el alcalde.

— ¡Que si le conozco! ¿Pues quién no le conoce en Lisboa?

— Hombre, yo soy de Lisboa y alcalde por añadidura, y no sé quién es.

— Pues es muy extraño que V. S. no lo haya conocido,

— Sea ó nó extraño — replicó algo amostazado el alcalde, — ¿acabará voacé de decirme quién es?

— No se enfade V. S. Este señor que tiene el pecho atravesado por una estocada es un fidalgo muy querido del rey.

— ¡Ah, tunantes! — gritó furioso el alcalde volviéndose á sus subordinados. — ¿Cómo habeis tenido el valor de echar sobre un tablado á un caballero lo mismo que si fuera un marinero borracho?... Pronto, que traigan colchones y sábanas. ¿Ha visto voacé? — añadió dirigiéndose al

doctor; — no puedo descuidar en nadie, porque á lo mejor me hacen una barbaridad. ¿Es de cuidado la herida?

— Sí señor — contestó el médico, mientras la sondaba; — pero creo que podrá escapar.

— ¿Habria inconveniente en saber el nombre de este fidalgo? — preguntó el alcalde con solícitud.

— Por mi parte ninguno — respondió el doctor. — Se llama D. Nicolás Coelho.

— Capitan de mar y tierra y distinguido geógrafo! — añadió el alcalde.

— El mismo — repuso el doctor, — y aún se me figura haber oido decir que S. A. el rey — al oir esta palabra todos se quitaron los sombreros, — piensa mandar algunas naos que salgan á descubrir tierras, y que si el señor de Coelho no dirige la expedicion, al ménos tendrá el mando de uno de sus mejores barcos.

— Pues en mal estado han puesto al valiente y sabio capitan, y... ¿sabeis una cosa? — preguntó interrumpiéndose el alcalde.

— Diga V. S.

— Creo que el tunante que ha causado esa herida al capitan Coelho debe ser éste que tiene la cuchillada en la cabeza. Estoy por mandarle poner grillos.

— No haga tal, ántes bien disponga, y esto no es aconsejar, que los lleven á los dos á casa del señor Coelho, pues se me antoja que el de la cuchillada debe ser criado suyo.

— Tiene voacé razon — repuso el alcalde, — voy corriendo á dar las órdenes necesarias.

Al poco rato volvió el solícito alcalde, tra-

yendo dos camillas; colocaron en ellas á los heridos con las mayores precauciones, y la ronda, el alcalde y el doctor Macedo los escoltaron hasta la calle *D'Ouro*, que era donde vivia el capitán Coelho.

Los criados, al ver entrar á los heridos, prorrumpieron en ayes, y confirmaron las sospechas del doctor Macedo.

El hombre de la cuchillada era el secretario íntimo del capitán, y se llamaba Sebastian Ferrao.

Los criados sólo sabian que aquella tarde, poco ántes del anochecer, habia salido el capitán, como tenia por costumbre, acompañado de Ferrao.

Como á los heridos no les faltaba nada que pudiera indicar que habian sido víctimas de algunos rateros, el alcalde sospechó, que las heridas serian resultado de uno de esos encuentros nocturnos que con tanta frecuencia tenian entre sí los señores de la corte.

Como el alcalde respetaba tanto á la nobleza, suspendió las averiguaciones, y corrió á casa del gobernador á darle cuenta de lo que sucedia.

El gobernador escuchó atentamente la relacion del alcalde, y despues le mandó que no hiciera averiguacion alguna hasta nueva orden.

Entre tanto, Ferrao habia recobrado los sentidos, y el doctor le preguntó la causa de la herida.

—¿Vive mi amo? —replicó el herido, desentendiéndose de la pregunta del médico.

—Está bastante grave, pero respondo de su vida; lo que hay que saber ahora es, quien os ha puesto en tan duro trance.

—¿Os lo ha dicho mi amo?—preguntó Ferrao.

—El señor capitán no puede hablar aún.

— Pues entónces, cuando recobre el uso de la palabra, él contestará á vuestra pregunta.

— El doctor inclinó la cabeza, dictó algunas prescripciones, y se retiró prometiendo volver en cuanto amaneciese.

Ocho dias despues Sebastian pudo abandonar la cama, y enseguida se dirigió al cuarto de su amo.

Este mandó salir al criado que lo velaba, y haciendo señas á Sebastian que se sentara á la cabecera de su cama, preguntó :

— ¿Cómo estás? pobre Sebastian.

— Bastante mejor de lo que esperaba. ¡Vaya unos puños que tiene el mozo! Y V. S. ¿cómo se siente?

— Tambien me encuentro mejor; Macedo dice que pronto estaré fuera de peligro.

— ¿Y no ha preguntado nada á V. S.?

— ¿Quién?

— Macedo.

— ¿Nada? ¿Y á tí?

— Quiso saber quién nos habia herido.

— ¿Le contestaste?

— Que cuando V. S. pudiera hablar se lo diria si lo creia oportuno.

— Has hecho bien. El gobernador ha tenido la misma idea; pero le he cerrado la boca diciéndole que era un lance de honor, en el cual nada tenia que ver la justicia de los hombres.

— Ahora — prosiguió despues de una pausa, — es preciso que te cures pronto para que puedas salir á la calle, pues tengo que confiarte una mision de importancia.

— Antes tengo que cumplir otra, señor.

—¿Cuál?

—Cuando esté bueno y bastante fuerte, que será dentro de quince días, según me dice el doctor, voy á buscar á D. Fernando y lo clavo en la pared.

—No hagas tal, Sebastian; mira que te va á matar y me haces falta.

—No señor, si me hirió fué porque era de noche y oscuro, pero de día...

—De día te ensarta; acuérdate que éramos dos, y que ni tú ni yo somos flojos con la espada en la mano.

—¡Pero señor! —dijo con ira Sebastian; ¿va á burlarse de nosotros ese pinta-monas?

—No digo eso. Justamente el encargo que te iba á hacer tenía relacion con este asunto. No tengas miedo, él nos pagará con creces nuestras heridas; pero ahora retírate, que el médico me ha encargado que no hable mucho.

Sebastian se despidió de su amo y salió de la estancia algo consolado con la idea de que podría vengarse de D. Fernando.

CAPÍTULO III.

El Preste Juan.

Tres meses despues de los sucesos que acabamos de narrar, en una vasta estancia tapizada de cuero de Córdoba, cubierto de preciosos arabescos, lastimosamente eclipsados por grandes armarios de roble, atestados de libros y manuscritos, habia un jóven como de veintiocho años, apoyado en una mesa, sobre la cual se veian mapas, libros é instrumentos náuticos.

Este jóven, cuya fisonomía era agradable é inteligente, estaba envuelto en una ámplia túnica de púrpura, forrada de armiño.

Cubria sus cabellos castaños, cortados en línea recta sobre la frente y largos por detrás, un birrete de terciopelo rojo, cuyos bordes levantados estaban sujetos por un broche de oro, en cuyo centro brillaba una hermosa esmeralda, circundada de doce grandes perlas de un oriente admirable.

El magnate, cuyo ligero retrato acabamos de hacer era D. Manuel I, al que más tarde conoció la historia con el sobrenombre de el *Africano*.

El ruido de una campanilla que sonó fuera de la estancia hizo cesar el arrobamiento del monarca que, despues de un momento de vacilacion, dió dos golpes en un timbre que á su lado tenia.

A esta señal, convenida sin duda, se abrió una mampara de damasco carmesí, y un lindo paje

que vestia de terciopelo azul, recamado de oro, entró en la estancia ostentando en su pecho las armas reales.

—¿Qué ocurre?—preguntó el rey.

—Gran señor—contestó el paje despues de hincar la rodilla sobre la tunecina alfombra que cubria el suelo,—en la antecámara esperan las órdenes de V. A. el señor Vasco de Gama, su hermano y el capitan Coelho.

—Que entren.

El paje se levantó, é inclinándose profundamente fué á abrir la mampara, retirándose despues que hubieron entrado los personajes anunciados.

—El primero que penetró en la real cámara fué el capitan mayor Vasco de Gama.

Era de mediana estatura, de ojos vivos y facciones acentuadas, á las que servia de orla una espesa barba rubia.

Vestia con elegancia, pero con sencillez suma.

Detrás entraron su hermano y el capitan Coelho.

Paulo de Gama se parecia bastante á su hermano, siendo su traje idéntico.

Nicolás Coelho era alto, fuerte, bien proporcionado, de facciones bastante regulares, y sin embargo, tenia un sello de dureza quedaba mala idea de su carácter.

Su vestido de terciopelo negro hacia resaltar la palidez de su rostro, cosa natural, pues sólo hacia ocho dias que salia de casa donde estuvo retenido á causa de su peligrosa herida.

El rey recibió con afabilidad á los recién llegados obligándoles á tomar asiento al lado de la mesa.

Cuando todos estuvieron sentados, dijo dirigiéndose á Coelho.

—¿Cómo vamos de la herida, capitán?

—Muy bien, señor, y dispuesto á embarcarme cuando V. A. mande para hacer una visita al muy alto señor Preste Juan.

—¿Existirá tal vez su reino?—preguntó meditando el rey.

—Los navegantes que han vuelto de Benin lo aseguran,—respondió Coelho.

—Sí,—dijo el rey;—pero ¿quién sabe si nos engañarán?

—¿Qué interés podían tener en inducirnos á error? Los habitantes de aquel país les han dicho que á 250 millas al E. residia un príncipe que adoraba la cruz, y creo que no puede ser otro que el Preste Juan, cuyo reino han buscado con empeño todas las naciones.

—Es cierto—replicó el monarca,—que las señas convienen con el reino del Preste Juan; pero ya sabeis que envié dos frailes á Alejandría para que me mandaran informes acerca de tan importante cuestion.

Los capitanes se inclinaron en señal de asentimiento mientras el rey cogia de su mesa algunos papeles, y mostrándoselos á sus consejeros prosiguió:

—Ved lo que me escriben de Alejandría Covilhan y Alfonso de Païra.

Han visitado todo el Egipto, las minas de oro de Sofala, han estado en *Calicuta*, y en otras muchas ciudades de la India y no me dan noticia ninguna del Preste Juan, ocupándose sólo de las ricas comarcas del Oriente.

Mientras estos despachos han llegado á mis manos, recibí otros de dos judíos portugueses que han vivido largo tiempo en Ormus y Calicuta y en ellos me dan detalles muy circunstanciados sobre la India; pero tampoco hablan del famoso Preste Juan... ¿Cuál es vuestra opinion?

—Yo creo que el Preste Juan existe y que lo encontraremos—dijo con seguridad Coelho.

—Mi hermano y yo somos de opinion contraria—añadió Paulo de Gama.

—Veamos vuestro parecer, Vasco.

—Señor, los documentos que nos acaba de enseñar V. A. nos confirman en la opinion que hace tiempo teníamos formada.

El rey, que escuchaba con interés á su capitán mayor, hizo un gesto invitándole á continuar.

—Este parecer—prosiguió Vasco de Gama,—se funda en los descubrimientos hechos por Bartolomé Diaz hace once años y por todos los navegantes que le han precedido. Apoyándome en sus relaciones y en las que V. A. acaba de recibir de sus emisarios, creo que el Preste Juan no ha existido sino en la imaginacion de algunos navegantes que lo han inventado para dar más interés á la historia de sus viajes. Lo que sí creo es que hay en Oriente un país rico en piedras preciosas, en perlas, oro, plata y especias.

Creo —prosiguió Vasco con creciente entusiasmo,—que doblado el Cabo de Buena-Esperanza, vencido por el buen genio portugués el malo de las tempestades, entraremos en un mar desconocido, en el cual ondeará nuestro glorioso pabellon, el primero entre los de todas las naciones.

— Sí, eso es — exclamó el rey entusiasmado.
— ¿Qué importa á V. A. el Preste Juan? — siguió diciendo Vasco con animacion. — ¿Qué sus tierras, si las quinas portuguesas han de dominar muy en breve en cien reinos civilizados, árabes ó indianos, musulmanes ó idólatras? ¿Qué importa á V. A. la existencia de un oscuro príncipe, si yo ofrezco someter á su dominio cien islas cubiertas de bosques embalsamados por preciosos aromas y tapizado su suelo de cuantas riquezas puede soñar la ambicion de un avaro?

Estoy firmemente persuadido que nuestro viaje revelará un mundo nuevo, igual por lo ménos, al que Colon descubrió hace cuatro años, y seremos nosotros los que marchando al par de nuestros hermanos los españoles, á la cabeza de todas las naciones civilizadas, iremos desde la extremidad occidental de Europa á abrirnos un camino hasta la misma patria del sol.

— ¡Eso es! — gritó el rey electrizado; — dejémonos de vanas quimeras y vamos á buscar para nuestra patria poder y gloria.

— Si V. A. me permitiera una objecion.

— Habla, Coelho.

— Pues con su permiso preguntaria al señor de Gama cómo estando tan cierto de la existencia de opulentos reinos y ricas islas en el Oriente niega la del Preste Juan.

— Es verdad — dijo el rey; — uno de esos estados puede pertenecer al rey cristiano, cuya existencia anuncian los navegantes.

— Señor — contestó Vasco, — yo ni he afirmado ni negado completamente que exista el Preste Juan; he dicho á V. A. que acerca de este

punto no hay ningun dato positivo, y por lo tanto hasta que vea y hable yo mismo al Preste Juan, dudaré que exista.

Respecto á si en Oriente hay ó nó esas ricas comarcas de que he hablado, no hay duda posible.

Es indudable, señor, que la civilizacion del Oriente precedió en muchos años á la nuestra, diciéndonos los escritos de los hebreos que Damasco, Hémath, Hebron y Jericó florecieron mucho ántes que Atenas fuera conocida, y que Tiro, la reina de los mares, preparó durante muchos siglos la grandeza industrial de que nos habla el profeta Ezequiel, cuando bajo el reinado del primer Tarquino empezaba Roma á trocar sus cabañas en casas.

Asociados los hebreos á las empresas comerciales de los tirios, y á favor de la alianza de Salomon con la reina de Saba, debieron conocer perfectamente el Africa central.

—Pero—interrumpió Coelho, — como el más antiguo monumento de Judea no habla una palabra de todo eso, debemos suponer que la porcion de la tierra conocida de los hebreos debió estar limitada al N. por el Cáucaso, la Persia occidental al E., la embocadura del golfo Arábigo al S.; y al O. por el archipiélago Griego.

—Tanto más—apoyó el rey,—cuando despues de nueve siglos Homero trazó sobre el escudo de Aquiles una carta geográfica que da idea del mundo conocido de los antiguos.

El rio Océano, que ahora sabemos es un mar, rodeaba el disco de la tierra cubierto por una sólida bóveda y por un firmamento sobre el cual

los astros del dia y de la noche ruedan en carros que arrastran las nubes.

La superficie del mundo homérico la cubrían el Ponto Euxino, la mar Egea y el Mediterráneo.

—Señor—replicó Vasco,—es cierto que no hay pruebas que obliguen á creer que los hebreos conocieron por sí la parte del mundo que vamos á descubrir; pero yo tengo por cierto que existe y que aquellos debieron tener noticia de ella.

Que no se conserve ningun escrito, no quiere decir nada, así como tambien suponen poco los límites que los poetas trazaron al mundo sin atender más que á lo que les dictaba su fogosa imaginacion. V. A. sabe perfectamente que la parte occidental del mundo homérico era un país fantástico en el que se encontraban las islas flotantes de Eolo y las encantadas de Circe y Calipso.

Por desgracia estas bellas ficciones, adornadas con los brillantes colores de una poesía armoniosa, han influido fatalmente en la marcha de los conocimientos geográficos; porque el hombre da más crédito á una fábula maravillosa que á la relacion de hechos exactos, pero que no salen de los límites ordinarios de la naturaleza por nosotros conocida.

Así verá V. A. que las primeras cartas geográficas más parecen hijas de la desatentada fantasía de sus autores, que producto de una convicción íntima basada en el estudio y en observaciones repetidas.

Anaximandro, discípulo de Thales, que fué, segun Plutarco, el que trazó el primer mapa-mundi, representaba la tierra como un cilindro.

Otros filósofos le daban la forma de un barco, otros preferían la del cubo, habiendo algunos que representaban la tierra como una gran montaña cuya base se extendía hasta el infinito, mientras los astros giraban en torno de ella para alumbrarla.

Sin embargo, todos estos sistemas tienen algún punto de contacto que me hace creer que no fueran más que impresiones de los primeros tiempos mal conservadas y reformadas por la tradición.

Herodoto de Halicarnaso imprimió á la geografía un gran impulso dándole nueva dirección.

—¿Herodoto nació después de Homero?—preguntó el rey que escuchaba con placer á su capitán mayor.

—Sí, señor—respondió éste,—nació cinco siglos después, viajó por las tres partes del mundo conocidas en su tiempo, y nos da detalles preciosos, si bien no del todo exentos de las preocupaciones dominantes en aquella época.

Aristóteles, dejando á un lado rancias consejas, reconoció la forma esférica de la tierra, estimando su circunferencia en 400.000 estadios, y creyó, antes que Colón, que las costas de nuestra península no distaban mucho de la India.

—¿Cuántas leguas marinas hacen 400.000 estadios?—preguntó el rey.

—Suponiendo, señor, que el estadio de Aristóteles fuera de 125 pasos geométricos y cada paso de cinco piés; tendríamos que la circunferencia del mundo sería de 5.000 leguas marítimas.

Su discípulo Alejandro el Grande,—prosiguió Vasco,—continuó en gran escala sus trabajos

inspirando á sus súbditos el gusto de los descubrimientos y de los estudios geográficos.

Más tarde Estrabon aseguró que el mar de la India se juntaba con el Océano en un sitio que el viajero, rechazado por una atmósfera mortal, no podía traspasar.

—¿Y ese sitio?—preguntó el rey.

—Ese sitio, señor, lo han visto los portugueses, y es verdaderamente terrible. Está en la extremidad meridional del continente africano y Bartolomé Diaz le llamó Cabo de Tormentas.

—Sí, pero mi ilustre antecesor, que en paz descansa, le puso el nombre de Buena Esperanza.

—Sí señor,—repuso Vasco de Gama,—el elevado genio del rey Juan vió en el descubrimiento del cabo un buen augurio y no dudó de que pronto daríamos vuelta al Africa y veríamos las ricas tierras de que nos habla Marco Polo.

—Sí, ¿el veneciano que ha viajado tanto por Oriente?—observó el rey.

—Sí señor, y en la relacion de sus viajes habla de unas grandes comarcas que son las que me propongo descubrir.

—Bien, exista ó nó el reino del Preste Juan, vos saldreis á montar el cabo de Buena Esperanza, y fio mucho para la gloria de mi reino, en vuestra audacia y talento. ¿Habeis visto ya los barcos que destino para la expedicion?

—Sí señor, y todo está listo para hacernos al mar cuando el viento y V. A. lo permitan.

—Pues decidme ahora el derrotero que pensais seguir. Aquí teneis el mapa.

Vasco de Gama se levantó y empezó á señalar con el dedo el derrotero.

—Primero —dijo — me propongo ir á las Canarias; de allí seguiré en línea recta hasta las islas de Cabo Verde.

—¿Tocareis en ellas?

—Sí señor, para renovar las provisiones; despues navegaré en demanda del cabo de Buena Esperanza.

—¿Y despues?

—Despues, señor, como no sé lo que habrá detrás del cabo, haré lo que las circunstancias me aconsejen.

—¿De suerte, que no habeis venido más que para pedir que señale el dia de la partida?

—Ese era nuestro objeto.

—Pues partid mañana sábado, y que Dios nuestro Señor os deje acabar en su servicio el viaje que emprendeis.

Los tres capitanes se inclinaron y tomando licencia del rey se alejaron para disponerlo todo para zarpar.

A la puerta de palacio, Coelho encontró á su criado Sebastian, el cual le preguntó en voz baja.

—¿Para cuando es?

—¿Lo tienes todo listo?

—Sí señor.

—Pues entónces, mañana se da el golpe.

CAPÍTULO IV.

El secuestro.

El sábado 8 de Julio de 1497, lució el sol en Lisboa con todo el esplendor de un día de primavera.

Desde ántes del amanecer, las orillas del anchuroso Tajo, cubiertas de un inmenso gentío, ofrecían un golpe de vista admirable.

Su vasto puerto, uno de los primeros del mundo, estaba literalmente lleno de embarcaciones pequeñas, que se deslizaban ligeras por entre los numerosos buques de alto bordo, que vistosamente empavesados y engalanados, se mecían al impulso de una fresca brisa del NE.

Una falúa cubierta con un toldo de seda carmesí esperaba amarrada al pié de una de las escalerillas del muelle principal.

Sus 15 tripulantes charlaban con la multitud de curiosos que henchía la orilla del río.

A las nueve, un vocerío prolongado, cruzó los aires.

Los marineros, al oírlo, dejando interrumpidas las conversaciones que sostenían, corrieron hácia la falúa, soltaron la amarra y con los remos en alto esperaron la llegada de una lucida comitiva que en aquel momento desembocaba por una de las calles más próximas.

Abrian la marcha 12 alabarderos de la real casa, seguidos por otros tantos maceros. Despues

venia el clero de Lisboa presidido por el arzobispo y grandes dignidades de la Iglesia.

A estos seguía un estandarte escoltado por 20 marineros, é inmediatamente detrás el capitán mayor Vasco de Gama, los oficiales que formaban parte de la expedición y un lucido cortejo de nobles, cerrando la comitiva un fuerte escuadrón de lanzas.

Las campanas, echadas á vuelo, ensordecían el aire sin poder, no obstante, dominar los gritos de la entusiasmada multitud que despedía con atronadoras aclamaciones á los 160 valientes que iban á arriesgar su vida en una empresa temeraria, para añadir un nuevo florón á la corona portuguesa.

Aquellos hombres venían de la iglesia, donde Vasco de Gama y los suyos, con los piés desnudos y una vela en la mano, después de haber confesado y comulgado, recibieron de rodillas la bendición del Arzobispo.

Al llegar junto á la escalinata, Vasco de Gama y sus oficiales se despidieron de los que les acompañaban tomando puesto en la falúa, en cuya popa se enarboló el estandarte.

El cañón de los fuertes dejó oír su aterrador estampido, y la falúa, ligera como una flecha, abandonó la orilla dirigiéndose hácia las cuatro naos, que empavesadas como las demás, estaban á pique de ancla en el centro del río.

Al llegar al costado de la nao capitana se izó en el tope de su palo mayor el estandarte que habían llevado de tierra, y los cañones de los barcos respondieron á los de los fuertes.

Cuando el humo de la pólvora hubo desapa-

recido en caprichosas espirales, los buques expedicionarios tendieron sus blancas velas y se alejaron impulsados por la brisa cada vez más fresca.

La multitud permaneció en los muelles hasta que los buques franquearon la barra, alejándose despues lentamente, y volviendo el puerto á recobrar su acostumbrado aspecto.

Fernando desde el balcon de su estudio no habia perdido uno solo de los detalles que acabamos de dar á nuestros lectores.

Cuando desapareció la última de las naos dejó escapar un suspiro de satisfaccion. Cogió su paleta y se puso á trabajar con ardor.

Al mismo tiempo un bote tripulado por nueve robustos marineros atracaba al muelle, y el patron, que no era otro que Sebastian Ferrao, el criado de confianza de Coelho, saltó en tierra dirigiéndose hácia un hombre de mala traza que cerca de una esquina vigilaba atentamente la casa de Fernando.

Sebastian le puso familiarmente la mano en el hombro, preguntándole al mismo tiempo:

—Y bien, maese Gavilan, ¿ocurre algo?

El interpelado, reconociendo sin duda á Sebastian, le dirigió una sonrisa amistosa.

Despues bostezó y dijo:

—¿Sabes, querido, que el encargo que me has dado es por demás fastidioso?

—Ya sabes que hoy concluirá.

—Dios lo quiera, pues hace cuatro horas que vine á relevar al Tuerto, y no me hacen gracia tales plantones.

—Paciencia, que ya se acabaron. Mi amo me ha dado una bolsa llena de buenos cruzados para

que además de la paga prometida, la reparta entre vosotros.

—Pues dame mi parte.

—Tiempo hay; hasta que se concluya el negocio, no esperes recibir 5 reis. Ahora respóndeme. ¿Dónde está el capitán Medronho?

—En la taberna de la *Cruz branca*. Allí ha establecido su cuartel general. Oye—prosiguió cogiendo á Sebastian por un brazo, — bien podrías prestarme un par de patacos á cuenta.

—¿Tienes dinero?

—Ni esto, — dijo Gavilan mordiéndose la uña del pulgar.

—Pues mejor, así no te emborracharás, y cumplirás bien tu cometido.

El bandido quedó murmurando mientras que Sebastian se alejaba á buen paso hácia el interior de la ciudad.

Después de andar un buen rato llegó al fin á una solitaria callejuela sin salida en cuyo fondo estaba la taberna que buscaba, ostentando por muestra una gran cruz blanca en fondo negro.

Los parroquianos de ella eran en su mayor parte marineros que ocupaban á la sazón todas las mesas.

Sebastian sin detenerse marchó derecho al mostrador y preguntó á un hombre alto, seco, taciturno y vizco, que estaba pasando devotamente las cuentas de un mugriento rosario.

—¿Ha venido el capitán Medronho?

—Sí; entra, abajo está; — contestó lacónicamente prosiguiendo su rezo.

Sebastian penetró por una mezquina puerta, que se veía cerca del mostrador; bajó algunos es-

calones y se encontró en un vasto sótano, en cuyo centro, agrupados en torno de una mesa llena de jarros de vino habia unos diez hombres de mala traza, jugando á los dados.

Al llegar Sebastian, todos alzaron la cabeza, recibéndole con estrepitosos vivas.

Cuando estos cesaron, dijo el peor encarado de todos:

— Ya no tenemos vino, y casi todos necesitamos dinero para seguir jugando.

— Pues, amigo Medronho, por ahora habeis acabado de jugar, y sobre todo de beber. Es preciso que el vino no os embargue los sentidos.

— ¿Ha llegado el momento de obrar?— preguntó Medronho, que parecia ser el jefe de aquellos desalmados.

— Hoy se da el golpe, ven conmigo y trazarémos nuestro plan de campaña; pero ántes encarga á esos que no se muevan de aquí.

— Ya oís lo que dice Sebastian. Cuidado con salir del sótano, porque juro por el vientre del diablo, que el que salga, no vuelve á resollar.

Hecha esta recomendacion, Sebastian y Medronho, se alejaron de la taberna, yendo á pasearse en el Puerto, engolfados en una animada conversacion.

Poco ántes del anochecer, Medronho se separó de Sebastian que siguió paseándose solo.

Al poco rato regresaron cuatro de los bandidos que hemos visto en la taberna y despues de haber ambiado algunas palabras con Sebastian, se alejaron apostándose en las esquinas inmediatas á la casa que ocupaba Fernando.

Sebastian se tumbó á la larga sobre el pretil de

piedra, que encauza el río y pareció dormido.

Cuando la noche cerró completamente, se abrió la puerta de la casa que vigilaban; y Fernando, embozado y con la espada al cinto, salió á la calle, volvió á cerrar la puerta, y echó á andar hácia el Largo do Poço de Borratem.

Acto contínuo, cuatro sombras se despegaron de las paredes, y empezaron á seguirlo tomando las mayores precauciones, para no ser vistos ni sentidos del pintor.

Detrás de las cuatro sombras marchaba Sebastian; pero ántes habia despertado á los marineros que dormían sobre los bancos de su bote, recomendándoles la mayor vigilancia.

Cuando llegó Fernando al Largo miró á todos lados para cerciorarse de que estaba solo, y no viendo á nadie entró resueltamente en la callejuela, donde lo vimos al principio de esta historia conversar con Margarita.

Apenas habia andado 20 pasos, vió que hácia él venían varios bultos, y creyendo que seria gente inofensiva, se retiró á un lado para dejarlos el paso franco.

Mas aquellos hombres al emparejar con él, le acometieron en tropel, y ántes de que pudiera desnudar el acero, vióse maniatado y amordazado.

Interin esto sucedia, llegaron Sebastian y los cuatro bandidos que desde el puerto lo venían siguiendo.

— Ya hemos concluido — dijo el capitán Medronho, que era uno de los que habian dado el golpe.

— Entónces cargad con él, y vamos á la marina.

— Páganos ántes.

— No soy tan tonto que haya traído dinero para estar entre vosotros; venid conmigo, que en el bote se os dará lo prometido, y algo más.

A una señal de Medronho, dos bandidos cogieron á Fernando, y cubriéndolo con una capa, emprendieron la marcha hácia el puerto.

Llegados allí lo pusieron en el fondo del bote, y luego se oyó contar dinero.

Despues Sebastian saltó en el bote, y éste se alejó de la orilla.

Cuando estuvieron en medio del rio los marineros dejaron los remos é izaron una gran vela latina, con lo cual aumentó sensiblemente la marcha del bote.

Algunos momentos despues empezaron á dejarse sentir fuertes balances y varios golpes de mar que entrando en la pequeña embarcacion indicaron á Fernando que habian salido del rio y estaban en el mar. ¿A dónde lo llevaban? ¿En poder de quién estaba? ¿Qué querian hacer de él?

Estas eran las preguntas que se hacia el jóven pintor, sin poder contestarse.

Su único enemigo, Nicolás Coelho, habia salido de Lisboa aquella misma mañana. Fernando le habia visto alejarse y no abandonó el balcon hasta que no perdió de vista á las naos. Así es que por más que el pobre jóven daba tormento á su imaginacion, no acertaba á explicarse lo que le sucedia.

Como la mordaza no le dejaba hablar, no podia preguntar á sus raptores, y estos por su parte permanecian mudos como estátuas.

Solamente se oia la voz del patron cuando

mandaba las maniobras que ejecutaban con precisión y silencio.

El patron, como sabemos, era Sebastian Ferrao, factotum de Coelho; pero este dato no servia de nada á Fernando, que no conociendo á Sebastian, mal podia saber las relaciones que lo unian con su poderoso enemigo.

Así anduvieron hasta las altas horas de la noche.

Por fin el bote atracó al costado de un barco; pasaron una cuerda por la cintura de Fernando y lo izaron á bordo, ni más ni ménos que si fuera un fardo.

Despues le quitaron la mordaza, le libraron de las ligaduras, y sin hacer caso de sus amenazas ni responder á sus reiteradas preguntas, le cerraron en la bodega.

Hecho esto, Sebastian bajó á la cámara de popa, donde encontró á Coelho reclinado en un divan.

—Ya está enjaulado el pájaro—dijo al entrar.

—¿Hizo resistencia?—preguntó Coelho.

—Ninguna; se dejó atrapar como un corderito.

—Más vale así; ahora sólo falta que la marea nos ponga á flote.

—Diga vosa señoría, ¿el capitan mayor se habrá puesto furioso al saber que varaba vuestra nao?

—Frenético; pero no ha tenido más remedio que fondear y esperarme.

—¿Podremos salir pronto?

—En cuanto la marea empiece á crecer. He desembarcado en las lanchas la artillería y tengo el costado varios toneles vacíos, de suerte que es

cosa de poco tiempo. Antes de que amanezca estamos á flote.

—¿Qué vamos á hacer del pinta-monas?

—Ya lo verás.

—Yo no hubiera gastado tanto dinero por él; con una puñalada en el costado izquierdo hubiéramos despachado.

—Eres un tonto; esa brutal venganza termina en el momento. Tal vez hubiera muerto sin saber de dónde le venia el golpe.

Yo he estado sufriendo de mi herida cerca de tres meses, y es preciso que él sufra otro tanto ántes de morir.

Además, no siempre se muere de una puñalada; podia curarse de ella, y mientras yo ando por esos mares, unirse á Margarita.

—Vosa señoría tiene razon.

—Ya lo creo. Pero vamos arriba, que ya empezará pronto á subir la marea y no quiero desesperar más á Vasco de Gama.

CAPÍTULO V.

Un amigo.

Como habia dicho Coelho, la marea empezó pronto á subir, y el barco estuvo á flote ántes del amanecer, pudiendo la escuadra expedicionaria proseguir su interrumpido viaje.

Aquel mismo dia Sebastian abrió la puerta del encierro de Fernando, y le mandó que le siguiese.

El pintor obedeció sin decir palabra, siguiéndole hasta el alcázar de popa, donde paseaba Coelho.

Al ver á su enemigo y á las otras tres naos que navegaban en conserva, Fernando comprendió todo, y dirigiéndose con altanería á su rival, le preguntó:

—¿Qué es esto, caballero? ¿Para qué habeis permitido semejante desafuero? ¿Cómo, siendo noble, preciándoos en los salones de valiente, y llevando al cinto una espada, os envileceis hasta el punto de no atreveros á luchar cara á cara con vuestros enemigos?

—Reportaos, señor de Silva, y meditaad bien lo que voy á deciros, pues probablemente ésta será la primera y última explicacion que os dé. Me estorbabais en Lisboa, y os traigo conmigo. Debeis, pues, estarme agradecido, porque pudiendo haberos muerto, no lo he hecho.

—¡Sólo os faltaba ser asesino!

Coelho se encogió de hombros, y prosiguió diciendo:

—Conmigo hareis el viaje, y si Dios nos deja volver á Portugal, allí nos veremos con la espada en la mano: mientras tanto, sois aquí mi subordinado, un marinero como los demás, y lo mismo que ellos sufrireis las penas corporales á que os hagais acreedor por vuestra desobediencia ó falta de respeto. Id con Dios.

—¡Eso es cobarde é infame!—gritó Fernando exasperado.

—Mirad, —replicó Coelho, —que despues de Dios, soy aquí el único jefe, y me desagradaria tener que mandaros atar á un cañon y daros cincuenta palos; id, pues, con Dios, marinero Silva.

Fernando comprendió que estaba en poder de aquel hombre, contra el cual no podia nada, y queriendo evitar degradantes castigos corporales, bajó la cabeza y se retiró á proa, resuelto á aprovechar la primera ocasion que se le presentara para vengarse.

Estando apoyado en el palo trinquete, sumido en sérias reflexiones, se acercó á él Sebastian, y quitándose la gorra y apartando á uno y otro lado su espesa cabellera, mostró á Fernando una tremenda cicatriz, que cruzaba su cráneo de uno á otro lado.

—¿Conoces esto?—preguntó.

—No, —respondió Fernando admirado.

—Es raro que no te acuerdes de tus obras; todavía no han pasado tres meses desde que me diste esta cuchillada.

—¿Una noche que fuí atacado por dos emboscados junto al poço de Borratem?

— Justamente.

— ¿Tú eras uno de ellos?

— Y el otro mi señor.

— ¡Y yo que creí que erais dos ladrones! Es verdad, ¡yo no comprendia que un noble pudiera ser al mismo tiempo traidor y cobarde!

— Camarada — prosiguió Sebastian; — muchas cosas has de aprender aún durante el viaje, y esto te lo digo, para que desde ahora empieces á comentar á tus solas el adagio de :

« No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. »

— ¿Qué quieres decir?

— Que por cada gota de sangre que he vertido de esta herida y por cada quejido que he dado á causa de ella, has de verter tú mil lágrimas y exhalar otros tantos gemidos.

— ¡Miserable! — gritó Fernando exasperado cogiendo un espeque.

Pero una robusta mano detuvo su brazo y Sebastian se alejó sonriendo irónicamente.

Fernando volvió la cabeza y vió que el que habia detenido su brazo era un marino de colosal estatura, cuyas facciones rudas pero francas revelaban la bondad de su alma.

— ¿Por qué me sujetas? — preguntó Fernando.

— Porque veo que ibais á hacer una barbaridad; ese á quien queriais pegar, es el alma condenada de nuestro capitán, es Sebastian Ferrao.

— ¿Y bien?

— No bien, si no mal. De seguro, lo que él querria era haceros rabiar, para tener el gusto de aplicaros por su cuenta unos cuantos rebencazos, y eso no conviene á vuestras espaldas,

pues por lo que de vuestro traje se ve, por las finas manos que teneis, y por lo que me han contado los marineros que os trajeron de Lisboa, no sois lo que aquí os hacen ser.

—¿Cómo te llamas?—preguntó Fernando.

—Jacobó Lima para servir á Dios, al rey y á vosa señoría—replicó el marinero.

—Pues no te has equivocado—contestó Fernando estrechando entre las suyas la ruda mano del marino.—Voy á contarte lo que me pasa.

—Pues vamos cerca del bauprés—replicó Jacobo,—allí nadie nos oye: vos me contareis vuestra historia, y yo os serviré de piloto, para que durante el viaje podais escapar al rebenque.

Gracias á los consejos de Jacobo cumplia Fernando sus nuevos deberes con tal exactitud, que frustró los deseos que tenia Sebastian de hacerlo castigar.

Cuando la maniobra no los ocupaba, el marino y el pintor se sentaban en el alcázar de proa, que era su sitio favorito y allí tenían largas conversaciones.

El primero contaba sus aventuras marítimas y especialmente lo que habia visto en 1486 en el viaje que hizo con Bartolomé Diaz.

Fernando escuchaba atentamente la narracion del marino, y su corazon impresionable palpitaba de entusiasmo al oir los trabajos que sufrieron, y la espantosa tormenta que arrojó á Bartolomé Diaz más allá del Cabo de Buena Esperanza, de cuyo descubrimiento, no pudo sacar partido por falta de víveres.

—Este cabo—decia Jacobo,—le nombró Diaz Cabo de las Tormentas; pero entre los marineros

gustaban más otros nombres, por ejemplo: *Leon de la Mar y Cabeza del Africa*.

Pensar — añadió, — que nosotros los portugueses hemos sido los que primero navegamos por estos mares, me llena de alegría.

— Experimento el mismo placer y si no median las circunstancias que me rodean, haria este viaje con verdadero entusiasmo; pero no por eso creo que somos los primeros que surcamos estas ondas.

— ¿Acaso ha habido otros?

— No me cabe duda que seguimos un camino por donde nos han precedido otros atrevidos navegantes.

He visto trazadas las costas occidentales de Africa en algunos mapas del siglo xiv y en una carta marina escrita en castellano y fechada en 1346 se ve que el cabo Bojador, que los portugueses vimos por primera vez en 1434, habia sido ya doblado; y en un manuscrito que existe en Génova, consta que hácia la misma época partió de Mallorca una expedición que llegó hasta la barra de un río llamado *Vedamel* ó *Rui-Jaura* que probablemente es Rio do-Ouro.

— ¡Pícaros castellanos! — exclamó Jacobo en un raptó de patrio entusiasmo, — siempre van delante de nosotros!

— No digas eso, ellos descubren por un lado, nosotros por otro, nos repartimos la gloria como buenos hermanos que somos. Día llegará en que el mundo entero tenga que confesar los progresos que la ciencia y la civilización deben á esa porción de la Europa que se llama Península Ibérica.

A los ocho dias justos de la salida de la escuadra pasaron á sotavento de Lanzarote.

—Estas islas—dijo Jacobo enseñándoselas á su amigo—son veinte, si bien no todas están habitadas.

Esta es la primera, y despues se prolongan hácia el O. Son muy fértiles, tienen buenos puertos, y una de ellas, que se llama Tenerife y es la más grande, tiene la mayor montaña que hay en el mundo.

—¿Quieres hablar del pico de Teide?

—En efecto, así se llama.

—Pues hay en el mundo que nosotros conocemos 23 montañas aún más altas, y es probable que en el que acaba de descubrir Colon y en las regiones desconocidas que vamos á visitar se encuentren otras mayores.

—¿Qué altura tiene el pico?

—Bien medidos 11.148 piés.

—¿Acaso habeis estado en las islas?

—No, pero he leído mucho acerca de ellas y te podré decir lo que tú no sabes.

Estas islas, célebres en otro tiempo bajo el nombre de Afortunadas, fueron conocidas por los antiguos y olvidadas despues hasta que las volvieron á encontrar unos navegantes vizcainos.

—¡Siempre los españoles!

—Acostúmbrate á encontrarlos en todas partes, y no te dé pena, pues los portugueses vamos siempre á su lado.

A este tiempo notaron que la capitana hacia señales, y que los otros barcos se ponian al paio y echaban al agua sus botes.

Coelho salió de su cámara y los dos amigos

tuvieron que suspender su conversacion para obedecer las órdenes que daba el capitán con voz breve é imperiosa.

—¿Qué vamos á hacer—preguntó Fernando á Jacobo mientras botaban al agua uno de los esquifes.

—No sé; pero se me figura que vamos á pescar. La capitana habrá visto algun banco de peces y aprovecha esta ocasion para aumentar nuestras provisiones.

Como habia supuesto Jacobo, la capitana habia descubierto un inmenso banco de sardinas.

Cada dos botes se armaron con una gran red de mallas sumamente pequeñas, y todos marcharon á la vela en direccion al banco formando una extensa línea de batalla cuyos grandes claros cerraban las redes.

La pesca fué abundante y divertida, sin que ningun accidente desagradable viniera á turbar la alegría de los marineros.

Acabada la pesca, que duró dos horas, se repartió entre los barcos y las tripulaciones empezaron á salar y prensar las sardinas, para lo cual llevaban en abundancia sal y barricas vacías.

La noche sorprendió á la escuadra á la altura del rio Ouro, situado entre los cabos Bojador y Blanco.

Segun habia vaticinado Jacobo, al ponerse el sol el viento refrescó de tal suerte que tuvieron que cargar todas las velas altas quedándose sólo con los velachos y gavia, cogidas las tres fajas de rizos, y áun así apenas podian aguantar el capeo.

El temporal arreciaba por momentos y los ba-

lances y golpes de mar eran tan fuertes que los marineros no podían andar por la cubierta sin agarrarse fuertemente para no ser derribados.

A la media noche, que era sumamente oscura, se les vino encima una de las naos de la escuadra.

El choque parecía inminente, y hubiera terminado con la más espantosa catástrofe, si Coelho, por medio de una maniobra rápida y atrevida, no lo hubiera evitado.

El otro barco pasó por fin rascando el costado de estribor del que mandaba Coelho, y desapareció en las sombras con rapidez vertiginosa.

Poco antes de salir el sol calmó algún tanto el temporal, si bien el mar estaba aún fuertemente agitado.

Cuando los primeros rayos del astro del día empezaron á dorar las cimas de las enhiestas olas, los fatigados marinos tendieron en vano su vista por el vasto mar en busca de sus compañeros.

El inmenso horizonte que abarcaban sus miradas se hallaba desierto. ¿Dónde estaban las otras tres naos? ¿Habrán desaparecido tal vez para siempre entre las revueltas olas del Océano?

Estas eran las preguntas que marineros y oficiales se dirigían sin cesar.

En vano subían algunos hasta los topes para alcanzar un horizonte más extenso, y examinaban escrupulosamente todos los puntos del mar.

No veían más que erguidas olas, en las que su deseo les hacía ver las velas amigas, y grandes bandadas de gaviotas, que perseguidas por los goelandios, lanzaban agudos gritos.

Desde el alcázar de popa al de proa no se ha-

blaba más que de la desaparición de los barcos, comentándola cada uno á su antojo, y pretendiendo todos que su opinion era la mejor.

Como Vasco de Gama habia previsto el caso de que las tempestades ú otra causa cualquiera dispersasen la escuadra; Coelho conformándose con las instrucciones de su jefe, siguió rumbo en vuelta de las islas de Cabo Verde, que Gama habia indicado como punto de reunion.

CAPÍTULO VI.

La pesca de la ballena.

Ocho dias despues de la dispersion de la escuadra, hablaban junto al bauprés, segun costumbre, Fernando y Jacobo, cuando el vigía gritó :

— ¡Tierra á sotavento !

— ¿Qué tierra es esa que señalan?—preguntó Fernando.

—La isla de la Sal, una de las que componen el archipiélago de Cabo Verde.

— ¿Son diez islas?

—Las principales sí, pero hay otros muchos islotes que ni nombre tienen; la más grande es Santiago, y cuando llegué á ella por primera vez me dieron ganas de llorar. No he visto en mi vida cosa más triste; parece que acaba de salir de un horno, segun es árida y pelada.

— ¿Son lo mismo las otras islas?

—No son muy bonitas; pero sí más alegres que la de Santiago. La de Mayo, por ejemplo, tiene unos algodones magníficos, y produce bastante sal; en la do Fogo, cuya montaña echa siempre humo y llamas, no se encuentra agua, y á pesar de eso, está cubierta de ricos árboles frutales; lo mismo sucede en las Brava y de Boa Vista, y áun en esa de la Sal.

—Vamos, pues no es tan malo el archipiélago como me habia figurado al principio de tu relato

—¿Los libros que habeis leído, no confirman lo que yo digo?

—Tal vez sí, pero no me acuerdo; lo único que tengo en la memoria es la fecha del descubrimiento.

—¿Fueron tambien los españoles los que la descubrieron?

—No, esta vez corresponde el honor á nuestro paisano Dionisio Fernandez, que la descubrió en 1446, si bien háy quien opina que no se descubrieron hasta 1460 por Cada Mosto, cuyos viajes son sumamente interesantes, tanto por la exactitud y claridad de sus descripciones, como por el minucioso cuidado con que traza la apariencia de las costas, la profundidad del mar y todo cuanto puede ser útil á los navegantes.

—¿No veis una cosa blanca allá léjos?—preguntó Jacobo, poniéndose una mano en la frente, para que el sol no le impidiese ver.

—¿Dónde?

—Allí... junto á la isla... un poco más á barlovento.

—Parece una vela; pero apenas la distingo.

—Pues yo estoy cierto,—dijo Jacobo levantándose y gritando.—¡Una vela por la proa!

Esta voz atrajo hácia aquel sitio á todos los navegantes.

Al poco rato vieron otra vela, y el capitán mandó hacer rumbo hácia ellas.

Una hora despues estaban bastante cerca para reconocer que aquellos barcos eran el que mandaba Paulo de Gama y la nao de los bastimentos.

Cuando se pusieron al habla, supieron que al dia siguiente al de la tormenta se habian encon-

trado solos y que no habian vuelto á ver á la capitana.

Segun las instrucciones del rey, Nicolás Coelho tomó el mando de la expedicion y ordenando á los otros dos buques que navegasen en sus aguas, siguió su derrota.

Aquella tarde cayó el viento y una calma pesada, de esas que son la desesperacion de los navegantes, convirtió el mar en una inmensa llanura, dejando á los barcos estacionados en el mismo sitio, recibiendo casi perpendicularmente los rayos de un sol abrasador, sin que la más ligera brisa viniera á aliviar los terribles sufrimientos que el calor les causaba.

La calma duró cuatro dias que parecieron cuatro siglos á los fatigados marinos. En la noche del cuarto, la brisa se dejó sentir débil al principio, luego más intensa.

Las velas se hincharon y los barcos pudieron seguir su camino.

A las diez del siguiente descubrieron por la proa una vela y desde luego supusieron que seria de la capitana mayor.

A la tarde la alcanzaron y poniéndose al habla dispararon muchos cañonazos, tocaron trompetas y hasta bailaron; porque Vasco de Gama era muy querido de todos los marineros y todos se alegraban de volverlo á ver.

Al otro dia llegaron á la isla de Santiago y Fernando pudo convencerse de que no era exagerada la descripcion que de su triste aspecto habia hecho Jacobo.

Sin embargo, por triste que sea una tierra, siempre se ve con gusto despues de una larga

travesía; así fué, que los marineros recibieron con grandes muestras de placer la orden que para fondear dió Gama.

Durante los pocos dias que estuvieron en la isla para renovar las provisiones y reparar algunas ligeras averías que habian sufrido los barcos, Fernando permaneció encerrado á bordo, pues Coelho tenia miedo que lograra escaparse.

El 3 de Agosto se hicieron de nuevo al mar, y desde entónces el pintor pudo recobrar su libertad.

Durante todo el mes navegaron en la vuelta del mar, haciendo rumbo al S. cuarto al SE. hasta que el dia 22 del dicho mes, yendo en el referido rumbo, vieron una porcion de pájaros que volaban en vuelta de tierra, y poco despues una ballena.

Inmediatamente se echaron los botes al agua, y empezaron á dar caza al jigantesco cetáceo.

—¿No habeis visto nunca una ballena?—preguntó Jacobo á Fernando que estaba con él en el mismo bote.

—He leído mucho acerca de este curioso animal, pero nunca he tenido ocasion de verlo como ahora.

—Pues vais á asistir á la caza más divertida que hay en el mundo, y al mismo tiempo la más peligrosa.

Comparada con ella, las cacerías terrestres son juegos de niños.

Bogad vosotros firme—añadió dirigiéndose á los marineros;—es preciso que yo sea el primero que clave en ella mi arpon.

Los marineros se inclinaron sobre los remos, y

el bote aumentó la velocidad de tal suerte, que pronto dejó por la popa á los de los otros barcos.

— ¡Viva! — gritó Jacobo de pié en la proa agitando su arpon. — Seguid así, y la ballena es nuestra.

El jigantesco habitante de los mares, parecia dormido, de suerte que el bote pudo acercarse lo bastante para que Jacobo lanzara su arpon, que se hundió hasta la mitad en la colosal espalda de la ballena.

Esta, al sentirse herida, hizo un esfuerzo convulsivo, y agitando su poderosa cola, dió al bote, el cual se elevó por los aires unas seis varas, cayendo al agua revueltos los hombres que lo tripulaban y los aparejos de pesca.

Felizmente todos los marinos sabian nadar y pudieron sostenerse en el agua hasta la llegada de otros botes que los recogieron.

Este incidente interrumpió la pesca por algunos minutos solamente, dándose caza al animal, que era arponado cada vez que aparecia en la superficie para respirar, lo cual necesita hacer cada cinco minutos. Sin embargo, algunas veces al verse el animal herido, hace un esfuerzo y permanece debajo del agua hasta media hora.

Recogidos los náufragos, los botes siguieron porfiadamente la persecucion de la ballena, que salió á la superficie del agua á ménos de media legua de distancia donde la encontraron muerta.

En seguida la remolcaron al costado de la nao que llevaba las provisiones; allí la aseguraron bien con cuerdas, y los hombres que habian de despedazarla, bajaron á ella con los piés provistos de unos garfios de hierro para no escurrirse

al andar por cima del cuerpo del cetáceo, cuya piel es muy resbaladiza.

Cuando estaban en esta operacion, faltó pié á uno de los marineros y cayó por un agujero que al tiempo de descarnar habian abierto en la cabeza del monstruo.

El desgraciado gritaba desde aquella especie de pozo, y si no le dan pronto eficaz auxilio, hubiera muerto infaliblemente.

Concluida la pesca y descarne, cada uno regresó á sus respectivos barcos, que volvieron á seguir el interrumpido derrotero.

Mientras navegaban, Jacobo que habia sido pescador de ballenas, daba á Fernando los siguientes detalles.

— Cuando tenia yo veinte años entré de marinero en un barco ballenero vizcaino, y en él hice mis primeras campañas contra ese rey de los mares.

El capitan de mi barco pretendia que los vizcainos fueron los primeros marineros que emprendieron la pesca de la ballena, que era entonces muy abundante en los mares de Vizcaya.

— ¡Pues qué! ¿no se encuentra ya?

— Ha desaparecido completamente, y para dar con ella, teniamos que ir hasta Islandia, Grilandia y Terranova.

— ¿Qué tamaño tiene la ballena más grande que has visto?

— La más grande de las que he ayudado á matar tenia 117 piés castellanos de largo, pero no pertenecia á la especie general de las ballenas, sino á otra clase que tiene el espinazo agudo.

— Ya sé: una que los naturalistas llaman *ballena physalis*.

— Esa será; lo cierto es que tuvimos que arrostrar mil peligros para matarla, y despues nos dió poco ó ningun provecho.

Los peligros á que están expuestos los que se dedican á la pesca de la ballena son incalculables, especialmente en las desoladas regiones del N., en las que por millares de leguas no se pueden hallar recursos, abrigo ni provisiones, y esto en unos mares tempestuosos y tan frios, que apenas puede el pescador servirse de sus manos.

El riesgo que hemos corrido hoy, con haber sido serio, no es tan terrible como otros mil á que está expuesto el ballenero.

Dejando á un lado la furia de los vientos, la inclemencia del clima y el riesgo de ser estrujado el barco por los bancos de hielo, hay otros muchos que se originan en la misma pesca.

Cuando se clava el arpon, la ballena sorprendida huye con tal rapidez, que la cuerda que sujeta el arpon al rozar por el borde del bote, produce tal humareda, que ciega al arponero, y es preciso, para evitar un incendio, que se esté echando constantemente agua sobre la madera, y estar muy listos para empalmar una cuerda con otra, porque si toda ha corrido, ó se enreda sin haber tiempo para aclararla, el bote se va á pique sin remision.

Cuando empecé yo á pescar, un viejo arponero de Bilbao, que habia matado ya muchas ballenas, se enredó el pié con una vuelta de la cuerda, y tal era la fuerza que llevaba, que se lo cercenó por el tobillo como si fuera de manteca.

Hay algunas ballenas de tanta energía, que ántes de morir sufren espantosas convulsiones,

levantando y torciendo su formidable cola, con la cual dan tales golpes en el agua, que resuenan á distancia de una legua como si fueran tiros de bombardas.

Tal es la fuerza con que se sumergen, que forman un torbellino y arrastran al fondo del mar á los botes que estén cerca.

La ballena es un animal estúpido y sumamente manso.

— ¡Cáspita! ¿Llamas manso á un animal que tantos destrozos causa?

— No lo hace por maldad ni por defenderse, sino por lo crecido de sus fuerzas.

Si la ballena tuviera mala intencion, de seguro no se la podria perseguir en botes, pues los destruiria fácilmente.

Jamás ataca al hombre, y cuando éste la persigue, todos sus esfuerzos tienden á escaparse.

La ballena tiene además tal cariño por sus hijos, que los pescadores se valen de esta circunstancia para cogerla más fácilmente.

El ballenato no vale gran cosa, y sin embargo, en cuanto se ve uno, los balleneros lo arponan para que la madre venga en su auxilio.

Si esto sucede, la ballena, olvidando su propio peligro, se coloca al lado de su hijo, le anima á huir, y hasta lo coge debajo de la aleta para protegerlo contra los golpes que desde los botes le asestan; y siempre sucede que mueren al mismo tiempo la madre y el hijo.

— Pues es raro ese ejemplo de amor maternal en los peces.

— Ya lo creo; pero tambien es cierto que la ballena es pez sólo porque habita en el agua,

por lo demás no se parece á los otros pescados.
— Tienes razon, la ballena es un animal viví-
paro, concibe al embrion, que sale á luz cuando
ha llegado á su perfeccion, y lo lleva al pecho
alimentándolo con su propia leche.

La circulacion de su sangre obedece á las mis-
mas reglas que la del cuerpo humano, con una
temperatura más alta, á causa del elemento en
que vive.

Tiene además pulmones, y no puede vivir sin
subir á respirar de tiempo en tiempo á la superfi-
cie del mar.

En la parte más elevada de la cabeza están las
ventanas de la nariz, que tienen un palmo de
largo, y al respirar lanza por ellas dos caños de
agua y vapor, que se elevan hasta 24 piés de
altura, oyéndose desde una legua el ruido de su
respiracion.

— Todo eso es muy cierto, y me admira cómo
sin haberlas visto nunca estais tan enterado.

— El convento de Batalha tenia una buena bi-
blioteca, y mi memoria no es mala, — contestó
Fernando sonriendo.

CAPÍTULO VII.

La bahía de Santa Elena.

La navegacion por aquellos mares poco frecuentados duró sin accidente notable que interrumpiera la monotonía vida que se hace á bordo, hasta que el 1.º de Noviembre, dia de Todos los Santos, se advirtieron señales que indicaban la proximidad de tierra.

—Ya estamos cerca del cabo—dijo Jacobo, entrando en la cámara de proa donde descansaba Fernando.

—¿Lo vemos ya?—preguntó éste incorporándose.

—No; pero tenemos á la vista una porcion de delfines distintos de los que hay en los mares de Europa y en el viaje que hice con Bartolomé Diaz, los encontramos sólo á lo largo de la costa.

Fernando, lleno de curiosidad, subió sobre cubierta, seguido de su amigo, y pudo ver una porcion de cuerpos largos y negros que surcaban la superficie de las aguas.

Aquellos animales no tenían la cola bifurcada como las ballenas, sino oblonga, y en vez de aletas nadaban con unas especies de manos.

Algunos se dejaban mecer por las olas, acostados sobre el dorso, mostrando dos grandes bigotes que adornaban sus hocicos.

—¿No es cierto que no se parece ese pez á ninguno de los conocidos?—preguntó Jacobo.



— Es verdad—respondió Fernando.

— Estoy seguro que no hablan nada de él vuestros libros.

— Puede ser que te equivoques. En ese animal me parece reconocer al que engañó á los antiguos navegantes haciéndoles creer que habia una raza de mujeres que de la cintura para abajo tenian figura de peces.

— Nosotros les hemos dado el nombre de mujeres marinas.

— No anduvisteis equivocados. Sirenas les llamaban los antiguos. Habitan en el mar Rojo, y no tiene nada de extraño que de allí hayan pasado á estas costas propagándose en ellas (1).

Como ya estaban cerca de tierra, Vasco de Gama no quiso perder tiempo en perseguir á aquellos animales, y la escuadra siguió su marcha.

Al cuarto dia de haberse encontrado con los dudongos, el 4 de Noviembre, se señaló la tierra, y juntas las cuatro naos celebraron el acontecimiento engalanando los barcos con banderas, disparando muchas bombardas y vistiéndose todos de gala.

En el mismo dia, pero ya bastante tarde para desembarcar, llegaron como á una legua de la tierra manteniéndose al paio toda la noche.

Al amanecer descubrieron una gran bahía que Vasco de Gama mandó reconocer y sondar, y hallándola buena, limpia y capaz para recibir la

(1) El animal á que se refiere debe ser el dudongo, órden de los sirenianos, grupo de los pisciformes y muy parecido al manati que se encuentra en América.

escuadra, hizo rumbo hácia ella, donde entró y dió fondo cerca de la tarde.

En esta bahía, que Vasco de Gama llamó de Santa Elena, pasaron la noche, y al siguiente dia bajaron á tierra algunos marineros y se dirigieron á la barra de un rio que desembocaba en la bahía y al cual llamaron Santiago.

Allí vieron que un hombre de corta estatura, cubierto de pieles andaba por las peñas buscando alguna cosa.

Como el indígena no se habia apercebido aún de la llegada de los portugueses, éstos se escondieron en los matorrales y pudieron apoderarse de él sin darle tiempo de usar sus armas, que consistian en una aguda asta de toro puesta á guisa de pica en la punta de un palo.

Lleváronle en seguida á bordo de la capitana, donde Vasco de Gama le hizo muchos agasajos y lo sentó á su mesa, holgándose todos cuando vieron que el indígena, sin mostrarse asombrado, comia lo que le presentaban y estaba á bordo con tanta confianza como pudiera estarlo en su casa rodeado de amigos y parientes.

Concluida la comida se le vistió muy bien, y dándole algunas bujerías, lo pusieron en tierra marchando el indígena muy ligero hácia el interior, pero volviéndose con frecuencia para hacer amistosos signos á los europeos.

Al otro dia, seducidos por el buen trato que habia recibido en los barcos su compañero, fueron á la playa unos 15 hombres, y al verlos el capitán mayor bajó á tierra, y les enseñó muchas mercancías, que llevaba como muestra, para saber si en aquella tierra las habia, consistiendo

dichas muestras en canela, clavo, aljofar y oro.

Los naturales lo miraban todo con la curiosidad de hombres que por primera vez ven una cosa, por lo cual Vasco de Gama mandó repartirles algunos cascabeles y anillos de estaño, con lo que quedaron sumamente contentos y agradecidos.

Fernando, que desde su secuestro en Lisboa, no habia jamás puesto los piés en tierra, cuando vió que le dejaban desembarcar con los otros, decidió hacer todo lo posible para tener de su parte al capitán mayor, con objeto de poder algun dia salir del barco de Coelho.

Hasta entónces Coelho no se habia atrevido á cumplir la amenaza de apalearlo, que al principio del viaje le hiciera; pero las faenas más rudas las reservaba para Fernando, al cual reprendia severamente por la más pequeña falta y á veces sin motivo.

Durante los largos y monotonos dias en que el viento favorable condenaba á los marineros á una forzada inaccion, durante las largas noches de guardia, mientras se paseaba por la cubierta, Fernando habia empezado á acariciar el proyecto de vengarse de una manera sangrienta de su poderoso rival.

Para lograrlo era indispensable salir de su poder, y en esta empresa podia ayudarle mucho Vasco de Gama.

Mientras se repartian los cascabeles á los negros, Fernando, con el sombrero en la mano y seguido de su fiel amigo Jacobo, se acercó al capitán mayor, que no léjos de la orilla departia con su hermano y los otros capitanes.

Al verlo llegar le gritó Coelho con tono des-templado:

— ¿Qué quieres? ¿quién te ha llamado? Marcha pronto á la nao, que ya te enseñaré á respetar á tus jefes.

Toda la sangre afluyó al rostro de Fernando; pero se contuvo, y con mesurada voz replicó:

— Vengo aquí á solicitar una gracia de nuestro ilustre capitan mayor.

— ¿No te he dicho que te alejes?—gritó Coelho fuera de sí, avanzando hácia el jóven con aire amenazador.

Fernando lo esperó sin retroceder una línea, mirándolo de hito en hito, con la decision del hombre que está dispuesto á todo.

Pero Vasco de Gama se interpuso diciendo:

— Mesuraos, capitan; y vos, jóven, ¿qué queréis pedirme?

— Venia con este marinero— respondió el jóven señalando á Jacobo,— á pedir permiso para acompañar hasta sus casas á esos negros.

— Lo que quieren estos tunantes es desertar,— observó Coelho en alta voz.

Fernando, sin desplegar los labios, esperó la respuesta del capitan mayor, que parecia reflexionar.

Al cabo de algunos instantes, Vasco de Gama alzó la cabeza y estuvo observando atentamente al pintor y al marino.

Satisfecho sin duda del exámen, les concedió el permiso que solicitaban, y dió orden á los demás para retirarse á los barcos, dejando á los dos voluntarios solos entre los negros.

Coelho no se atrevió á replicar, pero se retiró murmurando.

Al embarcarse en el bote empezó á hablar en voz baja con Sebastian, y la conversacion duró hasta que llegaron á bordo.

Cuando todos los portugueses se hubieron alejado de la orilla, el marinero se cruzó de brazos ante su amigo, diciéndole :

—Sabeis, señor Fernando, que hemos hecho un pan como unas hostias. De seguro cuando volvamos á bordo nos manda dar el capitan una paliza como para nosotros solos.

Y gracias que nos dejen volver estos carboneros—añadió,— viendo que los negros se acercaban en tropel.

—Ya te dije—respondió el jóven,— que no te empeñaras en seguirme : lo que voy á hacer es muy arriesgado ; pero va en ello mi felicidad y mi venganza. Todavía tienes tiempo, haz una señal y vendrán á buscarte de abordó.

—¡Abandonaros yo !—replicó conmovido Jacobo.—Eso nunca.

Cuando doy mi amistad, soy tan fiel á ella, como la hoja de la espada á su empuñadura.

—Pues entónces audacia y sangre fria—repuso el pintor, estrechando con efusion la atlética mano del marino.

En seguida se volvió hácia los negros que los rodeaban admirados y les hizo comprender por señas que queria su amistad.

Probablemente los negros entendieron sus gestos porque replicaron otros parecidos mezclados con palabras ininteligibles y grandes cabriolas despues de lo cual se agruparon y empezaron á charlar entre sí con animacion y volubilidad.

Terminada la conferencia invitaron á los dos

Europeos á que los siguieran y empezaron á vagar por la costa como si buscaran algo.

Por fin descubrieron en tierra un dudongo ó vaca marina y empezaron á arrojarle piedras y saetas acometiéndole despues con sus lanzas hasta que el animal perdió la vida.

Hecho esto cogieron su caza, marcharon al pié de unas grandes peñas que se alzaban no léjos de la playa, y encendiendo una gran hoguera pusieron á asar la vaca marina.

Mientras estaban ocupados en estas faenas, Fernando sacó de su escarcela lápices y papel y en pocos minutos hizo un cróquis de la escena que tenia delante; copiando con tal exactitud los tipos y accidentes del paisaje, que los mismos negros se reconocian unos á otros y todos en tropel olvidando la cena, se agruparon detrás del pintor para admirar su obra.

En esto cerró la noche, Fernando guardó su dibujo, y todos tomaron asiento en torno de la hoguera haciendo honor al gigantesco anfibio, cuya carne encontraron muy de su gusto los dos blancos.

El dibujo parecia haber causado grande impresion en los negros que hablaron mucho durante la comida mirando con desconfianza á sus huéspedes.

Un viejo negro, de cabeza cana, pronunció un largo discurso que mereció repetidas muestras de aprobacion por parte de su auditorio.

Cuando acabó de hablar se levantaron todos los negros y cogiendo los restos del festin emprendieron su marcha hácia el interior de las tierras.

Fernando y Jacobo quisieron seguirlos, pero los negros les dieron á entender por señas que no querian, invitándoles á retirarse á los barcos para lo cual no hacian más que señalar al mar.

Los negros parecian muy excitados, y hubiera sido locura empeñarse en seguirlos contra su voluntad.

Tomaron, pues, el camino de la playa y dejaron á los negros que al poco rato desaparecieron entre la espesura.

Cuando los dos amigos llegaron á la orilla dieron recias voces que fueron oidas y contestadas de la capitana, de cuyo costado salió un bote.

En el mismo instante los negros, que en vez de alejarse se habian escondido en los cercanos matorrales, empezaron á correr hácia la playa á donde llegaron al mismo tiempo que el bote que lo mandaba Vasco de Gama.

Llegados á la playa, los negros cerraron con los portugueses, disparándoles porcion de piedras y azagayas y procurando ofenderlos con sus lanzas.

Los portugueses resistieron el choque con valor y empezaron á retirarse hácia el bote; pero ántes de llegar, Vasco de Gama tropezó en una piedra y cayó al suelo. Viéndolo en situacion tan crítica se arrojaron sobre él dos negros, é indudablemente le hubieran dado muerte á no acudir Fernando que los mató con su daga, librando al capitan mayor de tan terrible peligro y acompañándolo hasta el bote, que se alejó de la orilla donde aún quedaban los negros lanzando horribles aullidos.

Los portugueses, que no esperando semejante ataque habían venido á tierra sin más armas que sus espadas, se retiraron á la capitana donde inmediatamente se curaron las leves heridas que traian Vasco de Gama, Jacobo y dos marineros más.

CAPÍTULO VIII.

Un serio encuentro.

En cuanto el médico curó la herida á Vasco de Gama, éste hizo llamar á Fernando y Jacobo, los cuales se presentaron en la cámara del capitán mayor á darle cuenta de lo que habian visto mientras estuvieron entre los negros.

Fernando tomó la palabra hablando con suma elegancia y haciendo observaciones tan justas y oportunas, que Gama comprendió que no era un marinero vulgar el que le hablaba, en cuya opinion se afirmó tan luego como vió el dibujo que Fernando le presentaba en apoyo de su relacion.

Despues de haber hablado de varias cosas, Gama dió las gracias á los dos amigos por su valor y especialmente á Fernando, á quien reconoció deber la vida y les preguntó si tenian algo que pedirle.

Viendo que la ocasion era propicia, el jóven pintor le suplicó que los sacara del barco de Coelho permitiéndoles que concluyeran el viaje en la capitana.

—Esa era mi intencion—respondió Vasco de Gama,—porque veo que vuestros conocimientos, superiores á los de un hombre ordinario, me serán muy útiles durante el viaje. Además, creo haber notado que no estabais en las mejores relaciones con vuestro capitán.

—No puede, señor, caber relacion alguna en-

tre un caballero y un cobarde traidor como es Coelho.

— ¿Qué decís? Estais faltando al respeto á vuestro jefe.

— Ni es mi jefe, ni jamás ha podido serlo; hasta hoy ha sido mi carcelero, porque tenia la fuerza de su parte; pero con vuestra proteccion espero que volveré á ocupar la posicion que por mi nacimiento me corresponde, y de la cual me ha privado una indigna traicion.

Fernando contó sucintamente á Vasco de Gama cuanto nuestros lectores saben ya, y la indignacion del célebre marino llegó á su colmo cuando supo el modo vil que habia tenido Coelho de deshacerse de su rival y los tratamientos que le habia hecho sufrir á bordo.

Inmediatamente envió un oficial á la nao que mandaba Coelho, con órden de decir á éste que Fernando de Silva y el marinero Jacobo quedaban á sus inmediatas órdenes, teniendo el primero la categoría de oficial.

Hecho esto, condujo á Fernando á un camarote inmediato al suyo, y dándole ropas correspondientes á su clase, se retiró á descansar.

Estando ya los barcos aparejados, limpios y bien provistos de leña y agua, salieron de la bahía de Santa Elena el jueves 26 de Noviembre sin saber á qué distancia se hallarian del Cabo de Buena Esperanza, si bien Jacobo y otro marinero llamado Pero d'Alanguer, que habian formado parte de la expedicion de Bartolomé Diaz, aseguraban al capitan mayor que distarian á lo más 30 leguas, fundándose en que salieron del cabo un dia por la mañana, y que andando con

viento en popa pasaron por aquel sitio á la noche.

La escuadra se hizo á la vela merced á una fresca brisa que soplabá del SSO., y á la tarde del próximo sábado avistó el cabo de Buena Esperanza, tomando en seguida la vuelta de afuera, para evitar de noche la vecindad de una costa desconocida.

El domingo por la mañana volvieron á ver el cabo; pero no pudieron doblarlo por no serles favorable el viento, hasta que el miércoles á medio día lograron montar el cabo, prolongando la costa viento en popa.

El día de Santa Catalina encontraron los navegantes un puerto bastante bueno, que pusieron por nombre San Bras (1), y allí estuvieron trece días, mientras se desguazaba la nao de las provisiones, que estaba en bastante mal estado, repartiéndose entre los otros barcos los víveres y tripulantes.

Estando un día á bordo descansando del trabajo, vieron llegar á la playa sobre unos 90 negros, semejantes á los de la bahía de Santa Elena.

Inmediatamente mandó Vasco de Gama que fueran todos á tierra bien armados, y al llegar junto á la playa les empezaron á tirar cascabeles, cuyo regalo gustó tanto á los negros, que perdiendo el miedo, se echaron al agua, llegando á cogerlos hasta los mismos botes; de lo cual se admiraron todos mucho, pues cuando Bartolomé

(1) San Blas. Probablemente donde hoy está situada la ciudad de Caledon.

Diaz llegó á aquel mismo sitio encontró en los negros una resistencia tenaz.

No dando Vasco de Gama mucha fe á las apariencias pacíficas de los negros, siguió costeando la playa hasta que encontró un lugar limpio de matorrales, y allí desembarcó, haciendo señas á los negros para que se acercasen.

Algunos de estos obedecieron, y en pago recibieron cascabeles y birretes rojos, que trocaban con avidez por unas manillas de marfil que llevaban en los brazos, lo cual era señal cierta de que en aquella tierra habia muchos elefantes, cosa que ya sospechaban los portugueses por las huellas que se distinguian en abundancia á la orilla del manantial donde los barcos hacian aguada.

En los dias siguientes continuaron los cambios con bastante animacion, sin que por esto permitiera Vasco de Gama que sus marineros soltaran las armas un solo momento, pues desde el suceso de Santa Elena desconfiaba siempre de los negros.

Fernando, mientras los marineros trabajaban, armado de un buen arcabuz, provisto de sus lápices y seguido de Jacobo que llevaba una ballesta, recorría los terrenos herborizando, tomando cróquis y apuntes que despues coleccionaba con el mayor cuidado, pues Vasco de Gama le habia dado el encargo especial de escribir la crónica del viaje.

Un dia que los dos atrevidos exploradores se habian internado en las tierras más de lo acostumbrado, Fernando encontró en un pantano una planta cuyas hojas circulares de un pié de diámetro tenían alrededor pequeños recortes en forma de media luna, los tallos eran cilíndricos

del grueso del dedo y en la planta se veian varias flores formadas por veinte pétalos de deslumbrante blancura.

—¡Vaya una cosa extraña!—dijo Jacobo admirado.

—Si no me equivoco—repuso Fernando,—este debe ser el *loto* de Egipto tan celebrado por los antiguos.

—Tenian razon en celebrarlo, porque jamás he visto ni creo que en Europa haya una flor de ese tamaño.

—No alcanzó por eso sólo tanta celebridad, sino por ser el emblema de la fertilidad y estar consagrada á los dioses Isis y Osiris como símbolo de la creacion del mundo sacado de las aguas, y por eso se ve representada con tanta frecuencia en los relieves, mosaicos y pinturas de los templos egipcios y en todas las representaciones de sacrificios y ceremonias religiosas.

—Pues entonces voy á cortar algunas ramas y flores para que las vea el capitán.

—Espera un poco—respondió Fernando sacando su cartera,—antes voy á dibujar la planta, y cuando acabe cortarás cuantas flores quieras.

—Corriente, entre tanto yo andaré por aquí cerca á ver si encuentro algo que sea notable.

—Vé con Dios—repuso Fernando sentándose ante el loto cuyo diseño empezó á sacar.

—Jacobó echó al hombro su ballesta y se internó en la espesura.

Cuando estaba Fernando dando los últimos toques á su dibujo oyó el ruido de una precipitada carrera y la anhelante voz de Jacobo que pedia socorro.

Temiendo que hubiese sucedido alguna desgracia al marino, guardó precipitadamente su cartera, cogió el arcabuz y dió á correr en direccion á donde habia oido las voces.

Apenas habria andado 40 pasos vió venir á Jacobo pálido y desencajado, perseguido por un monstruo de horroroso aspecto que lanzaba tremendos rugidos.

Era una especie de hombre de cinco piés de alto, cubierto todo él por un pelo largo, cerdoso y negro, aunque algo gris en el pecho.

En su cabeza brillaban con siniestro fulgor dos ojos casi hundidos en el cráneo, y su ancha boca al abrirse para lanzar frecuentes rugidos dejaba ver dos colmillos largos, agudos y torcidos siendo enorme la cavidad de su garganta.

El monstruo corria velozmente detrás de Jacobo rugiendo y golpeándose con rabia el pecho, por donde salia á borbotones un chorro de sangre negra.

Al verlo Fernando, quedó helado de terror.

El peligro del marinero le hizo sin embargo dar algunos pasos hácia delante y se encontró cara á cara con el extraño perseguidor de su compañero.

Instintivamente se echó el arcabuz á la cara, pero ántes de haber podido disparar, la fiera se lo arrancó de las manos, aplastando el cañon con sus dientes. Despues alzó el mosquete como si fuera una paja, y descargó sobre Fernando tan terrible golpe, que si éste no lo esquivaba ágilmente, hubiera sido aquel el último dia de su vida.

Jacobo entre tanto armó su ballesta, y una fle-

cha pasó silbando al lado de Fernando, yendo á hundirse en el pecho del monstruo que vaciló y se detuvo.

Esta pausa sirvió de mucho á Fernando, porque pudo tirar de la espada y defenderse con ella del enfurecido animal, que bien pronto renovó su ataque.

Otra nueva flecha silbó por los aires y el monstruo cayó al suelo, presa de una terrible convulsion, con cuyos esfuerzos arrancaba de raíz crecidos matorrales.

Por fin dejó de moverse. La tercera flecha de Jacobo, penetrando por el ojo izquierdo de la fiera, le habia dado la muerte.

Cuando el estupor permitió hablar á los dos vencedores, Jacobo murmuró con voz poco segura:

—¿Es hombre, animal ó diablo?

—El diablo no puede ser—replicó Fernando, —pues está muerto. Hombre tampoco, por su figura:

—¿Entónces es animal?

—No me cabe duda que es un mono gigantesco propio de estas comarcas, y por eso tal vez desconocido de los antiguos.

Sin embargo; he leído que existen monos de gran tamaño, si bien nunca creí que su encuentro fuera tan serio para el cazador.

Fernando sacó de nuevo su cartera, é hizo el retrato exacto del mono, al cual cortó despues la cabeza.

Cuando á la noche contó su aventura en la mesa de Vasco de Gama, encontró muchos incrédulos, pero el cañon del mosquete torcido y aplastado

y la feroz cabeza del animal, destruyeron todas las dudas.

Más tarde, cuando la expedición regresó á Portugal, la cabeza del gigantesco mono, perfectamente conservada, el retrato que de él hizo Fernando, y el mosquete torcido y aplastado, fueron relegados al Museo de Ciencias naturales, donde escondidos bajo una espesa capa de polvo durmieron largos años sin que les despertara el ruido que en 1699 hizo el *homo sylvestris*, descubierto por Tyson ni el del *simia satirus* descubierto en Borneo.

Si los sabios portugueses se hubieran tomado el trabajo de sacudir el polvo que cubria la cabeza del mono muerto por Jacobo, y el dibujo que hizo Fernando, se hubieran convencido que el *homo sylvestris* no era más que un chimpanzé, y el *simia satirus* un orangutan, y que la especie descubierta y descrita por Fernando de Silva, era mucho más interesante y rara.

Pero los naturalistas lusitanos no se acordaron de las riquezas que tenían, ni pensaron en reivindicar la gloria de su descubrimiento hasta 1847.

Pero ya era tarde, y el mundo científico, preocupado vivamente por el descubrimiento de una especie de monos, hecha por el doctor Leighton Wilson, misionero americano, establecido en las orillas del río Gabon, no hizo caso á los portugueses que querían probar que ellos lo habían descubierto ántes. La prensa portuguesa, ocupada en la ardiente lucha política, apoyó poco las reclamaciones de sus naturalistas, pero la voz de estos quedó ahogada, por fin, en el tumulto que en el mundo científico causó el naturalista Bos-

man al anunciar que habia en Africa unos monos cuya semejanza con el hombre era tal, que podian hablar con él, pero que no querian hacerlo por desden.

Por último, se le dió el nombre de *ingena* ó *gorilla*, con que los bautizara el sabio Bowditch, y todos convinieron en que era el naturalista que mejor los habia descrito.

CAPÍTULO IX.

El matrimonio solitario.

Al amanecer del siguiente día, acudieron á la playa gran número de negros con ganado, y Vasco de Gama cuando los vió, dispuso que toda la gente fuese á tierra, donde tenían los negros una gran fiesta tocando unas cañas á modo de flautas y bailando una extraña danza.

Para aumentar la alegría de sus huéspedes, el capitan mayor mandó tocar las trompetas, y se puso á bailar con sus oficiales y marineros con tanto abandono y alegría como los mismos negros.

Terminada la fiesta, empezaron á trocar las baratijas que llevaban, y que para los sencillos negros eran de gran valor, por bueyes y marfil.

Estando en esta operacion, notó Fernando que unos muchachos se deslizaban por los matorrales, llevando ocultos algunos haces de lanzas, arcos y flechas.

Sospechando que los negros tramaban alguna traicion, dió parte á su jefe de lo que sucedia, y éste, como hombre precavido, mandó que se retiraran todos á las lanchas, y caminando costa á costa, se trasladaron á otro lugar cercano, acompañados por los negros, que los seguian á lo largo de la orilla, lanzando estridentes alaridos.

Cuando el capitan encontró un lugar á propósito, mandó desembarcar, yendo todos bien armados; pero los negros acudieron allí en tan gran

número y tan resueltos á combatir, que no queriendo Vasco de Gama sacrificar inútilmente á aquellos pobres diablos, ordenó que otra vez se embarcara su gente, contentándose con disparar, con pólvora sola, dos bombardas, á cuyo estruendo se dispersaron los negros, huyendo tan de prisa, que dejaron la playa cubierta de armas.

Terminada la aguada, se hizo al mar la escuadra, siendo esta parte del viaje sumamente penosa, porque las fuertes corrientes que en aquella costa hay (1) les hicieron desandar gran parte del camino, y unos recios temporales que sobrevinieron despues, la apartaron de tal suerte de la tierra, que ya apenas tenían agua para beber, y para guisar se servian de la del mar.

En medio de todas estas penalidades, la posición de Fernando habia variado por completo.

Ya no tenia que temer los castigos injustos que le aplicaba un jefe rencoroso, ni tenia que entregarse á rudas faenas, á las que no estaba acostumbrado y que repugnaban á su naturaleza aristocrática.

De continuo en la cámara de Vasco de Gama, cuya amistad habia ganado por completo, escribia la relacion del viaje, ilustrándola con preciosos dibujos, los cuales, así como el manuscrito

(1) Estas corrientes nacen en el Océano Índico, y se dirigen de E. á O., llegan á Madagascar, vuelven al SO., y se deslizan á lo largo de estas cadenas de montañas, las unas submarinas, las otras descubiertas. Tropiezan despues con el continente africano, y corren con gran violencia por sus costas, hasta que llegan al Atlántico y forman parte del movimiento general.

original, se conservan en uno de los archivos del vecino reino.

Jacobo por su parte vivía feliz, porque para aquel hombre avezado á los peligros del mar é insensible á las privaciones y fatigas, no había mayor placer que estar embarcado, y navegar en mares desconocidos al mando de un buen capitán.

El cambio de fortuna que había experimentado Fernando, no entibió su amistad hácia el marinero.

Siguiendo su antigua costumbre, solían en sus horas de ocio sentarse al lado del bauprés y allí charlaban de sus asuntos, ó de lo que veían, procurando el jóven poner al alcance del marino lo que éste no llegaba á comprender.

Un día que navegaban con buen viento, en vuelta de tierra, sentados los dos en su lugar favorito, Jacobo mostraba extrañeza de que Coelho y su criado y confidente Sebastian, con ser hombres tan díscolos se hubieran conformado del tal suerte con la salida de Fernando de su barco, que no parecía que tuvieran contra él ninguna animosidad.

—Eso no importa—replicó Fernando moviendo la cabeza,—por lo pronto no pueden nada contra mí, ellos lo saben, y por eso se callan, pero sin olvidar su rencor. Yo, por mi parte, no olvido tampoco cómo me han alejado de Lisboa y los indignostratamientos de que he sido objeto á bordo, y también sabré vengarme.

Entregados á estas conversaciones y esperanzas, avistaron un pequeño río, al que pusieron por nombre Río del Cobre, y después otra

tierra muy baja, cubierta por grandes y espesos árboles, en la cual fueron muy bien recibidos por los negros que la habitaban.

Parecian éstos ser más civilizados que los que hasta entónces habian visto, y sus jefes, que fueron á bordo poco despues de la llegada de la escuadra, indicaban por señas que más adelante habia barcos tan grandes como los de los portugueses, con lo cual éstos se holgaron mucho, pues tenian estas noticias como indicio cierto de que se hallaban próximos al famoso reino del Preste Juan.

El jefe mandó hacer unas enramadas á lo largo de un rio, donde habian fondeado las naos, y allí concurrían muchos mercaderes con paños marcados con almagra, que trocaban por las bujerías que los marineros traían.

Vasco de Gama, resolvió hacer allí varios reparos que reclamaba con urgencia el estado de sus barcos, y así fué que la expedicion se detuvo en el rio durante un mes.

Fernando, segun acostumbraba hacer siempre que era posible, practicaba reconocimientos por las cercanías, y jamás regresaba á bordo sin traer un dato precioso, alguna planta curiosa ó algun animal raro que enriquecían la importante coleccion que se guardaba á bordo de la capitana, para apoyar en su dia, con pruebas fehacientes, la veracidad del relato, y la importancia de la conquista.

Un dia entre otros, Fernando mandó botar al agua un pequeño esquife que podia dirigir una persona sola, metió en él algunas provisiones, su caja de naturalista, su cartera y su mosquete, y

despues se embarcó, seguido de Jacobo, que tambien iba armado de su ballesta.

El marinero tomó los remos y empezó á bogar rio arriba, pasando sucesivamente por el costado de las tres naos.

Al pasar cerca de la que mandaba Coelho, vieron á Sebastian, que apoyado en la borda los miraba con atencion.

Siguieron su camino remontando el rio dos leguas, atracaron á la orilla derecha, que estaba cubierta de un espeso bosque, y se internaron en él despues de dejar el esquife atado á un árbol.

Para no perderse, Jacobo, por órden de Fernando, sacó su espada, y mientras andaba, sacudia á diestro y siniestro sobre árboles y matorrales, con el objeto de trazarse en la espesura un camino, que sin rodeos les dejara volver al esquife cuando fuera necesario.

En un claro del bosque descubrió Fernando un gran pájaro del tamaño del pavo, pero de configuracion tan distinta y extraña, que en seguida comprendió que aquella especie era completamente desconocida.

Resuelto á no dejar escapar ave tan rara, se echó el mosquete á la cara, y ya se disponia á hacer fuego, cuando Jacobo le detuvo con una señal preguntando:

—¿Quereis cogerlo vivo?

—Sí, ¿pero de qué manera?

—Vereis—respondió Jacobo, avanzando resueltamente hácia el pájaro, y cogiéndolo por una pata, sin que intentara huir y mucho ménos defenderse.

—No creí que fuera tan fácil apoderarse de él— dijo Fernando admirado.—¡Qué rareza! por las patas, se parece al pavo, pero el pico es mucho más grande, corto y fuerte.

—Debe ser un arma terrible— repuso Jacobo, —cuando se decida á emplearla contra sus enemigos, sobre todo, si se ayuda de las alas.

Observad cómo el hueso de ellas va siendo mayor hácia el extremo, donde forma debajo de las plumas una masa redonda del tamaño de una bala de mosquete.

—Me da pena ver cómo corren sus lágrimas.

—Llora su pérdida libertad.

—De buena gana le dejaria tender su vuelo, pero es tan raro, que estoy seguro que no tienen en Europa noticia de él, y quiero llevárselo al capitán que se alegrará de verlo.

—Aun cuando lo soltarais, tampoco remontaría el vuelo, porque sus alas son demasiado pequeñas para sostener su cuerpo, que es relativamente pesado.

—¡Lo ménos pesará de 40 á 50 libras!

—En cambio es muy ligero en la carrera, para lo cual le ayudan mucho las alas que mueve con gran presteza, produciendo con ellas un ruido parecido al crugir de una carraca.

Pero si no me engaño aquí está el nido—añadió señalando un paraje muy limpio, donde habia un monton de hojas de palma, alto de pié y medio, encontrando en él un huevo, grande como el de un ganso.

Jacobo aseguró que no ponian más que uno, y que alternativamente lo cubrian el macho y la hembra.

— ¿A qué sexo pertenece éste que hemos cogido?— preguntó Fernando.

— Este es macho, como á primera vista se conoce por su color ceniciento pardoso; las hembras son más bonitas; las hay tan rubias como el oro, y otras de un pardo muy limpio, y todas tienen en el pecho una mancha oscura. Las plumas que cubren los muslos son redondas, y dispuestas á modo de escamas, lo cual produce un efecto maravilloso. El buche está dividido en dos partes iguales, que se elevan visiblemente, y como está cubierto de plumas blancas que la hembra peina con sumo cuidado con ayuda de su largo pico, representa con bastante propiedad el pecho de una mujer.

— ¿No dices que la hembra cubre el nido despues del macho?

— Así es.

— Pues entónces embosquémonos y tal vez podamos regresar á bordo con la pareja.

— Teneis razon; aquí junto al nido estaremos mejor.

Fernando aseguró bien á su prisionero, y despues de haber tomado asiento entre unos matorrales, dijo á Jacobo.

— Tú, que conoces, segun veo, estos pájaros, dime cuándo los has visto por primera vez y lo que de ellos sepas.

— Cuando vine á estas costas con Bartolomé Diaz—repuso el marinero,— desembarcamos en la Angra de San Bras y allí encontramos gran número de ellos y les pusimos el nombre de solitarios; porque jamás los vimos con otros de su especie. Como son tan mansos, se dejaban coger

con la mano, y otras veces los matábamos á pedradas, porque su carne es sumamente buena.

—¿Llevasteis algunos á Portugal?

—No pudimos, porque jamás quisieron comer y se murieron; parece que á pesar de su mansedumbre son muy difíciles de domesticar.

Los solitarios tienen otra particularidad.

En su molleja se encuentra una piedra parduzca, del tamaño de un huevo de gallina, algo tosca, plana por un lado, redonda por el otro, pesada y tan dura, que nos servia mejor que cualquiera otra piedra para afilar las navajas.

—Probablemente la habrian tragado.

—Imposible; deben tenerla allí desde que nacen, pues todos los que he visto, grandes ó chicos, la tenían; además el conducto que tienen desde el buche á la molleja es tan estrecho, que ningun cuerpo mucho menor podria pasar por él y...

—Calla, —interrumpió Fernando. — Allí me parece que viene la hembra.

Así era en efecto, y cuando la elegante solitaria fué á pasar junto al matorral, dos traidoras manos la cogieron, tendiéndola al lado de su cautivo compañero.

—Bien, —dijo Fernando levantándose, —por hoy ya hemos cazado; volvamos á bordo.

Jacobo se guardó en el bolsillo el huevo del solitario; se echó al hombro á los prisioneros, bien atados por las patas, y ambos amigos se dirigieron hácia el rio, donde llegaron felizmente, guiados por las cortaduras que con su espada habia hecho Jacobo en los árboles y matorrales.

Pero con gran sorpresa de los cazadores, la

orilla estaba desierta, y el esquife que los habia llevado, y que, como recordarán nuestros lectores, habia quedado sólidamente sujeto á un árbol, no estaba allí.

—Vamos — dijo Fernando, — te has equivocado; volvamos atrás y busquemos mejor el camino.

—No me he equivocado, — respondió Jacobo aturdido. — Este es el sitio donde hemos desembarcado; aquí están las huellas de nuestros piés; aquí empezamos á cortar las malezas, y en este árbol até el esquife.

—Es cierto, pero entónces alguien lo ha robado.

—Sí, señor; nos lo han robado.

—¿Pero quién?

—¿Qué sé yo? Tal vez los salvajes.

—Puede ser.

—Ahora sí que estamos divertidos, encontrándonos solos en este país, donde de seguro nos matarán, — dijo Jacobo presa del mayor abatimiento.

CAPÍTULO X.

Un dia de emociones.

La situacion de los dos atrevidos exploradores era bastante crítica.

Estaban en un país desconocido y salvaje, donde, si bien los habian recibido con agasajo, podian despedirlos á flechazos, como habian hecho ántes los naturales de los puntos que habian visitado.

Tampoco sabian con certeza cuánto tiempo se detendria en el rio Vasco de Gama, porque todo dependia de la terminacion de las obras y de la actitud de los indígenas.

Tenian en perspectiva una larga esclavitud, y tal vez la muerte; así es que la desesperacion de Jacobo no tenia límites.

Aquel marino audaz, acostumbrado á luchar con las olas, hubiera preferido verse en medio de un mar borrascoso, sin más sosten que una débil balsa. En ella lucharía contra el viento y el mar y sabria encontrar un puerto, guiándose en su camino por los astros. Pero la idea de estar perdido en tierra extraña le anonadaba.

Allí, bajo la sombría bóveda de los árboles, ni veia el sol, ni cuando llegara la noche podria descubrir una estrella que con su protectora luz le indicara el camino que debia seguir.

Fernando estaba más tranquilo, pero no menos

afectado que su compañero, comprendiendo como éste todo el horror de su situación. Sin embargo, meditaba.

Al cabo de algun tiempo alzó la cabeza y dijo á Jacobo :

— Déjate de lamentaciones y ven á trabajar.

— ¿Qué hay que hacer?

— En primer lugar, saber quién nos ha robado el esquife.

— ¿Cómo lo hemos de averiguar? Y aunque lo sepamos, ¿qué habremos sacado en limpio?

— Mucho, pues conoceremos á nuestro enemigo y tal vez sus intenciones.

— ¿Pero cómo sabremos quién es el ladron?

— Por las huellas.

— ¡Hay tantas! — dijo con desaliento Jacobo.

— Sí, pero no pueden ser más que las mias, las tuyas y las del ladron ó ladrones.

— Es cierto.

— Coge dos juncos y midamos todas las huellas.

— Ya comprendo, — exclamó el marinero.

— Espera, no pisemos más en este terreno para no aumentar las dificultades. Vamos primeramente al sitio donde hemos atracado.

— Aquí es, — dijo Jacobo deteniéndose ante el surco abierto en el lodo de la ribera por la quilla de un bote.

— No debe ser ese, pues aquí hay otro — repuso Fernando.

— Sin embargo, yo estoy seguro que atracamos aquí, — dijo el marinero observando las huellas. — Aquí están marcadas mis pisadas cuando me dirigí al árbol para amarrar el esquife. Aquí os habeis detenido apoyándoos en vuestro mos-

qu бере, y despues las dos huellas se juntan perdiéndose en el bosque.

—Vamos á ver la otra señal; mide esa huella.

Jacobo hizo lo que Fernando le decia, y ámbos amigos vieron con asombro que aquellas marcas no correspondian á ninguno de sus piés.

Lo que más admiraba á Jacobo, era que la impresion que el barro conservaba, era producida por un zapato.

—¡Ya sé lo que es!—dijo Fernando dándose una palmada en la frente.

Jacobo lo miró con curiosidad.

—¿No te acuerdas—prosiguió el pintor,—que al pasar por el costado del barco de Coelho nos estuvo mirando con mucha atencion Sebastian?

El marinero movió la cabeza afirmativamente.

—¿Comprendes ahora?

—Sí—dijo Jacobo,—nos habrá seguido quitándonos el bote para que muriéramos aquí.

—Nadie más que él ha podido dar el golpe; los negros no llevan zapatos y á primera vista hubiéramos descubierto sus huellas.

—¡Ah, tunante!—gritó Jacobo dirigiendo sus enormes puños cerrados hácia donde creia que debia encontrarse su enemigo. Luego, volviéndose hácia el pintor, preguntó:

—¿Y ahora, qué hacemos?

—Salir de aquí.

—Por tierra es imposible; las orillas del rio están llenas de malezas, y no podriamos seguir-las, exponiéndonos á extraviarnos en el bosque.

—El único recurso que nos queda, es buscar nuestro esquife; de seguro Sebastian la ha escondido en cualquier parte, tal vez en la otra orilla.

—Antes bien, se lo habrá llevado.

—No lo creo, porque el esquife lo hubiera denunciado. Todos saben que nosotros hemos salido en él.

—Pues entónces, vamos á buscarlo; yo atravesaré el rio y registraré en la otra orilla. ¿Por dónde empezamos?

—Remontemos el rio, que si no lo encontramos, siempre tenemos tiempo de bajar.

Jacobo se empezó á despojar de sus ropas lanzando una tremenda maldicion contra Sebastian y Coelho cada vez que se quitaba una prenda.

Luego hizo con todas ellas un lio, se lo puso en la cabeza, sujetó encima la ballesta y se lanzó al agua.

En breve espacio llegó á la otra orilla, se puso la camisa y el jubon, conservando el resto de la ropa en la cabeza, pues para explorar bien las orillas era preciso marchar en el agua, porque de otro modo no se podia andar á causa del intrincado laberinto de zarzas, peñas y troncos que obstruian las orillas.

Fernando, cuando vió al marinero al otro lado, se despojó á su vez de sus botas, calzas y greñescos, y metiéndose en el agua empezó á remontar el rio procurando marchar al mismo paso que su compañero.

El camino presentaba muchas dificultades, porque además de ser muy áspero el fondo del rio por aquella parte, á veces eran tan escarpadas las orillas que tenian que nadar.

Para no mojarse decidieron desnudarse por completo, y poniendo las ropas sobre la cabeza siguieron su camino tropezando unas veces en

las piedras ó raíces ocultas en el agua y nadando otras en los sitios más hondos.

Así anduvieron durante una hora sin descubrir nada.

Cuando ya se iban á retirar, Fernando notó que Jacobo salia con precipitacion del agua y se lanzaba á un árbol que escaló con ligereza dejando caer sus ropas y ballesta.

—¿Qué es eso?—gritó.

—Un gran animal que me persigue—respondió á voces el marinero encaramado en el árbol.

—¿Dónde está?

—En el agua, junto á esa mata de juncos. Es un cocodrilo.

Temiendo que hubiera otros, Fernando trepó á su vez á un árbol, pero sin perder su ropa ni sus armas, y luego tendió la vista hácia donde estaba su amigo.

—Veo además nuestro esquife,—gritó Jacobo,—pero está al lado del maldito animal. ¡Si tuviera aquí mi ballesta!

—Espera, voy á ver si lo descubro y le mando una bala—respondió el jóven mirando atentamente á los juncos.

Al pronto no vió nada; pero despues notó que un objeto oscuro, verdoso, de unas seis varas de largo que él habia tomado por un árbol caido, movia violentamente una de sus extremidades.

Era el monstruoso reptil que sacudia con impaciencia su larga cola cubierta de escamas.

Pronto distinguió su enorme boca y lo vió salir del agua y avanzar hasta el pié del árbol en que se habia refugiado el marinero, hácia el

cual extendia sus descomunales mandíbulas como si quisiera alcanzarlo con ellas.

Fernando se acomodó en las ramas lo mejor que pudo, apoyó en ellas su mosquete, apuntó largo rato y disparó.

El monstruo dió un terrible salto sumergiéndose en el agua que al punto se tiñó de sangre.

Despues apareció en la superficie inerte y rígido como un tronco, y se deslizó por el rio abajo llevado por la corriente. Estaba muerto.

Jacobo aplaudió el triunfo de su amigo, y saltando ágilmente del árbol, recobró la ballesta.

Entre tanto Fernando, no sin algun recelo, pues no le gustaban mucho los habitantes del rio, se lanzó al agua, llegando felizmente á la otra orilla.

Luego marcharon á donde estaba el esquife, escondido entre una porcion de juncos y lleno de agua, y lo arrastraron hasta una punta de arena que se descubria no léjos del sitio donde estaban.

Llegados allí vaciaron el bote y vieron que con una gruesa barrena le habian abierto en el fondo muchos agujeros.

Sacrificando la camisa de Jacobo carenaron el esquife lo mejor que pudieron, y empezaron luego á buscar unos palos que pudieran servirles de bicheros; porque en el esquife no se encontraban ni remos ni timon.

Sin duda Sebastian los habia escondido en alguna parte ó arrojado al agua.

Terminadas todas estas operaciones, como ya era tarde, y en el esquife no encontraron las provisiones que habian traído, decidieron dar muerte al solitario, de cuya faena se encargó Jacobo,

mientras que Fernando hacia en la arena un hoyo, que les habia de servir de cocina.

Como la leña abundaba, no tardó mucho en brillar una alegre hoguera, en la que Jacobo puso á asar al pobre solitario, ensartado en la baqueta del mosquete.

Todos los utensilios estaban ya embarcados en el esquife, pues habian decidido marchar tan pronto como el solitario estuviera asado, y contaban comérselo en el camino; pues como la marea bajaba, no tenian más que dejarse llevar por la corriente, manteniéndose en el centro del rio, para lo cual bastaba con los largos palos que habian cogido.

Ya estaba todo listo, y Jacobo se disponia á retirar del fuego el asado, cuando resonó el bosque con una algarabía infernal.

Era un espantoso concierto de gritos y aullidos horribles, que helaron la sangre en las venas de los dos europeos.

Si procedian de animales, su número era tal, que seria locura esperarlos.

Si eran hombres, como la naturaleza de las voces parecia indicar, el riesgo era aún mayor.

Fernando y Jacobo, comprendiendo el peligro, se lanzaron al esquife, dejándose arrastrar por la corriente.

Pero deseosos de saber lo que motivaba tal algazara, empezaron á observar con atencion lo que pasaba en el bosque, que ya empezaba á cubrirse con las sombras de la noche.

Aquí y allá se veian entre los árboles circular negras sombras, que parecian contemplar con recelo la hoguera, á cuya llama se asaba el solitario.

—Son negros,—gritó Jacobo.

—Son monos.

—¡Monos!

—Sí, mira como algunos, perdiendo el miedo se acercan á la luz, marchando á cuatro patas.

—Pues si son monos, voy á buscar nuestra cena.

—Nada de eso, sigamos nuestro camino y no nos metamos con ellos.

Estos monos, llamados, segun creo, papiones, son, como ves, tan grandes como un hombre. No sé si tendrán la fuerza del que me aplastó el arcabuz en la bahía de San Bras, pero de seguro son tan feroces como él, y no saldriamos vivos de sus manos si tuviéramos la desgracia de saltar en tierra.

—Es verdad—murmuró Jacobo,—sin embargo me cuesta trabajo abandonarles la cena.

—No hay más remedio; más vale eso que caer en sus manos.

Entre tanto, el esquife, arrastrado por la corriente cada vez más rápida, corria con velocidad y bien pronto dejaron de oir los gritos que los habian alarmado.

A media noche pasaron silenciosos y desapercibidos al lado de las naos, y atracaron á la capitana, donde tampoco los sintió el centinela, hasta que pisaron la cubierta.

Al retirarse á su camarote Fernando, recomendó á Jacobo que no dijera nada de la desaparicion del esquife.

Al siguiente dia no quiso bajar á tierra cuando lo hizo Vasco de Gama, y esperó escondido en el barco, que bajaran los demás oficiales, teniendo

la satisfaccion de ver entre ellos á Nicolás Coelho y á su criado Sebastian.

Cuando los vió hablando al capitan mayor, bajó á tierra y se presentó de repente á la vista de su rival.

La sorpresa y turbacion que Coelho experimentó al ver al jóven, convencieron á éste de que sus sospechas no eran infundadas.

Sin embargo, nada dijo y nadie pudo sospechar lo que pasaba en el interior de aquellos dos hombres.

CAPITULO XI.

La tierra que traga.

Terminadas las reparaciones de las naos, salieron estas del rio el 24 de Febrero, no sin haberle puesto por nombre rio dos *Bons Signaes* por parecerles de feliz augurio la fertilidad de la tierra y la mayor civilizacion que habian notado en sus habitantes.

En la tarde del 1.º de Marzo, vieron unas islas cercanas á tierra, y por ser casi de noche, viraron, tomando la vuelta de afuera, y se mantuvieron á la capa hasta que amaneció.

Llegados cerca de tierra, Vasco de Gama ordenó á Coelho que fuera en demanda de una ensenada que se descubria, pero no lo pudo lograr y viró en redondo para reunirse con los otros barcos.

A este tiempo se vieron salir de detrás de una isla ocho piraguas que se dirigian hácia las naos haciéndoles señas para que se detuvieran, como en efecto lo hicieron, poniéndose al habla de los recién llegados, que tocaban añafles y otros instrumentos.

Terminada la música, dos que parecian ser los jefes de la escuadra desconocida, pasaron á bordo de la capitana.

Estos hombres eran de buena estatura, rubios y blancos.

Vestian ropas talaes finamente tejidas, de

hilo y algodón, rayadas con vivos colores, y cubrían sus cabezas con unas tocas de seda ricamente bordadas de oro.

Su idioma era el árabe, y en este caso fueron de suma utilidad como intérpretes Fernando y Jacobo, el primero por haberlo aprendido, y el segundo por haber estado largo tiempo en Berbería.

Por medio de Fernando, los moros, que parecían muy civilizados, dijeron que su puerto era muy concurrido por otros moros que traían oro, plata, clavo, pimienta, jengibre, y anillos de plata, adornados con profusión de perlas, aljofar y rubíes, añadiendo que todas estas cosas venían de un país, no muy lejano, donde no era necesario comprarlas, sino cogerlas, pues para todos daba en abundancia.

Nicolás Coelho, que estaba presente, por mortificar á Vasco de Gama, que no creía en la existencia del Preste Juan, preguntó á los moros, si tenían noticias de su reino, dándoles tantas señales, que ellos, aunque desconocían el nombre, le aseguraron que muy cerca de aquel puerto empezaba un gran reino, cuyas florecientes ciudades cubrían la costa, pero que el señor de ellas vivía muy retirado del mar, detrás de un gran desierto, que era preciso atravesar en camellos, y que verdaderamente aquel reino era de cristianos.

Cuando oyeron los tripulantes estas noticias, pensaron volverse locos de alegría, y los más entusiastas lloraban de contento abrazándose unos á otros, porque creían que por fin habían llegado al término de tan penoso viaje, encontrando el

famoso reino del Preste Juan, y rogaban á Dios que les concediera vida, para ver lo que con tanto afan deseaban.

No le gustó mucho á Vasco de Gama que su gente se entusiasmara tanto con lo que él creía una quimera, temiendo que cuando llegara el desengaño desmayaran, de tal suerte, que no pudieran seguir un viaje, del cual se prometia sacar para su patria gloria inmarcesible y pingües provechos.

Con todo, no queriendo oponerse á la opinion de sus subordinados, dió orden de marchar hácia el puerto, á donde lo condujeron, sirviéndole de pilotos los barcos indígenas, y fondeó á dos tiros de ballesta de una poblacion de rica apariencia.

Los barcos de esta tierra eran grandes y sin cubierta, ni clavos, sirviéndose para sujetar la tablazon y para mover las velas de unas cuerdas muy consistentes hechas de palma torcida, siendo el tejido de las velas de la misma materia.

En esta ciudad se detuvo poco tiempo el capitán mayor, porque tanto él como los tripulantes, deseaban llegar al país donde creian encontrar el reino del Preste Juan.

Siguieron su viaje sin que ocurriera ningun incidente notable hasta una ciudad que los naturales llamaban *Mombaza* (1) donde tuvieron que

(1) Esta ciudad existe hoy á 25 leguas SSO. de Melinde; fué reducida á cenizas por los portugueses en 1507, reedificada por los naturales, tomada por el portugués Acunha en 1529, y reconquistada por los árabes en 1720. En 1824 se apoderó de ella Inglaterra, y la abandonó dos años despues.

detenerse para complacer al rey de aquella comarca.

El domingo de Ramos mandó el rey de Mombaza, al capitán mayor, un carnero, muchas naranjas, limones, cañas de azúcar, y un anillo para que sirviera de salvo-conducto á los que quisieran desembarcar, viniendo con el presente dos hombres muy blancos, los cuales persuadieron sin dificultad á los portugueses que eran cristianos.

Vasco de Gama recibió á los enviados con mucha cortesía, y los despidió con una sarta de corales, que mandó al rey, con el aviso de que al siguiente día iría á visitarlo.

Después que se fueron los mensajeros, saltaron en tierra Fernando y Jacobo, con el encargo expreso de visitar al rey.

En cuanto pisaron la playa los rodeó una multitud inmensa que los guió al palacio.

Antes de penetrar en el recinto interior pasaron por cuatro puertas, cada una de las cuales estaba custodiada por un centinela armado de un yatagan.

En la primera puerta los abandonó la multitud, y un oficial de palacio los condujo á la presencia del monarca.

El rey los recibió con mucho agasajo y en cuanto hubo oído el recado que traían de su capitán, les dió para que llevaran á bordo muestras de clavo, pimienta, jengibre y trigo, y ordenó á uno de sus oficiales que les enseñara la ciudad.

Fernando y su compañero recorrieron toda la población sin ver en ella nada notable y entraron en casa de unos mercaderes cristianos, los

cuales les enseñaron un cuadro en el cual estaba dibujado el Espíritu Santo.

Fernando habló largamente con ellos y se convenció pronto que ni eran cristianos, ni aquello que adoraban era el Espíritu Santo, sino un ídolo que tenia la forma de una paloma.

Respecto al Preste Juan adquirió tambien la conviccion de que no existia.

Con todo, dejó á los mercaderes en la creencia de que eran de su religion y se captó su amistad de tal suerte, que le convidaron para una gran cacería que debia tener lugar en la próxima mañana.

Tan pronto como amaneció saltaron en tierra Fernando y Jacobo dirigiéndose á casa de los mercaderes, que ya les estaban esperando con algunos moros que habian de ser de la partida.

En cuanto llegaron, despues de tomar un ligero refrigerio que habian preparado sus huéspedes, montaron cada dos hombres en un camello, y seguidos de multitud de perros salieron al campo.

A medio dia hicieron alto bajo la sombra de unos copudos árboles, donde comieron alegremente.

Poco ántes de ponerse el sol salieron de la espesura y empezaron á andar por una extensa vega cubierta de abundosas y altas yerbas entre las cuales sólo crecian aisladas algunas esbeltas palmeras que mecian dulcemente sus copas á impulsos de la brisa.

Despues de haber marchado durante una hora, altas cañas empezaron á alzarse entre la yerba, espesándose de tal modo que apenas podian andar los cazadores.

De repente crugieron las cañas con violencia, y un cuadrúpedo de formas elegantes, algo parecido al corzo, saltó delante de ellos alejándose con rapidez.

Los cazadores dispararon contra él sus flechas, soltaron los perros y todos se lanzaron á la carrera detrás del cuadrúpedo por el cañaveral donde ántes apenas podían andar.

Los perros á grandes saltos salvaban las cañas que cansaban y detenían á los cazadores de tal suerte, que pronto se hubieran quedado atrás á no concluir el cañaveral repentinamente cortado por un ancho río, en cuya orilla estaban detenidos los perros.

Cuando llegaron los cazadores vieron en la ribera opuesta un hermoso animal de una vara de alto por dos de largo, de color castaño oscuro con tonos grises, que los miraba atentamente, volviendo hácia ellos su hermosa cabeza adornada con dos grandes cuernos, manchada sufrente de encarnado, blanco el hocico y un cerco del mismo color en torno de sus bellos ojos negros.

El animal, que los cazadores indígenas designaron con el nombre de *nakong* (1), presentaba todo el costado y volvía hácia sus enemigos su pecho cubierto por una gran mancha blanca que subía por su garganta.

Indudablemente el *nakong*, sabía que las flechas no podían llegar hasta donde él estaba y esperaba á ver lo que decidían sus enemigos para emprender de nuevo la fuga ó seguir pastando las yerbas acuáticas de que se alimenta.

(1) *Egocerus ellipsiprymnus*.

Los perros ladraban con furor, pero sin arrojarse al agua, como si comprendieran que antes de llegar á la otra orilla el *nakong* estaria fuera de su alcance.

—Vámonos— dijo uno de los mercaderes,— con éste no podemos hacer nada, pero más adelante encontraremos un sitio donde vienen á beber los antílopes, y allí podremos matar alguno.

Fernando no respondió, pero poniendo una rodilla en tierra se encaró su mosquete y despues de apuntar largo tiempo disparó.

El *nakong*, herido en medio del pecho, dió un salto y cayó sobre el fango que formaba la orilla opuesta.

Cuando los indígenas se repusieron de la sorpresa que les causó el disparo, se lanzaron al rio donde ya les habian precedido los perros.

Pero Jacobo, que era un gran nadador, los adelantó á todos tomando tierra el primero y corriendo sobre el *nakong* que se estremecia con las últimas convulsiones de la agonía.

Antes de llegar junto al animal lanzó un grito de angustia que hizo detenerse á los nadadores que ya habian atravesado el rio.

Jacobo se sintió cogido por los piés y al ver que se hundia en el fango, dió el grito que oyeron los nadadores.

Fernando quiso lanzarse en socorro del marinero, pero un moro le contuvo.

—No vayas—le dijo;— está cogido por la tierra que traga y te perderias sin salvarlo.

—¿No podemos hacer nada por él?

—Espera un poco, que todo se intentará—re-

puso el moro, y despues gritó á Jacobó que no se moviera.

En seguida corrieron todos á un cañaveral cercano y empezaron con afan á cortar cañas, de las cuales hacian grandes brazados.

Jacobo, comprendiendo que trabajaban para él, guardó silencio, y siguiendo el consejo del moro, dejó de hacer movimientos, que en vez de mejorar, empeoraban su situacion.

Sin embargo, el peligro aumentaba por momentos, y como volvía la espalda á los cazadores, no sabia lo que éstos hacian y sufría un tormento horrible.

Al principio no habia podido despegar sus piés del barro; cuando el moro le gritó que no se moviera, tenia sumergidos los piés hasta los tobillos, y en aquel momento le llegaba el barro á las rodillas.

Hubiera dado cualquier cosa por ver lo que hacian á su espalda, pero no osaba volverse, porque notó que al menor movimiento se hundía más profundamente.

Delante de él estaba el *nakong* medio sumergido.

Jacobo contemplaba cómo se iba hundiendo poco á poco, y observaba con terror que él se sumergía más deprisa.

Ya estaba hundido hasta la mitad de los muslos.

Entretanto no permanecian ociosos sus compañeros.

Cuando hubieron reunido una cantidad razonable de cañas, las fueron tendiendo sobre el lodo, formando una especie de camino, sobre el

cual podían andar con seguridad durante algún tiempo.

Así llegaron hasta el marinero, que ya estaba desesperado.

Lo cogieron por bajo de los brazos, y á costa de prodigiosos esfuerzos lograron arrancar su presa al abismo.

Los esfuerzos que habían sido necesarios para vencer la tenacidad del pegajoso barro, vencieron la resistencia de la calzada.

Muchas cañas se rompieron, y el lodo empezó á subir por los lados amenazando inundar el camino improvisado.

Pero este peligro era pequeño comparado con el que acababa de correr el marinero.

Una vez que éste se sintió libre y pisó las cañas, dió cuatro saltos y seguido de sus salvadores, se encontró en un instante en terreno consistente.

— ¡Oh! — exclamó; — siempre he creído que acabaría por ahogarme en el mar, pero jamás creí que pudiera sucederme eso en tierra.

Después dirigió la vista al sitio donde estaba el *nakong*, y no vió más que el extremo de sus cuernos.

El resto del cuerpo había desaparecido.

Jacobo sintió correr por su cuerpo un sudor frío.

— Vamos — dijo uno de los moros, — á buscar un sitio donde pasar la noche y secar nuestras ropas; por hoy terminó la cacería.

Los cazadores se pusieron en marcha, y Jacobo tuvo buen cuidado de no apartarse de los demás.

CAPÍTULO XII.

Un sitio en regla.

En cuanto establecieron los cazadores el vivac se pusieron á asar unas gallináceas (1), algo parecidas en su tamaño y figura á la gallina comun; las habian cazado de paso, sin darles los indígenas gran importancia.

Los europeos, por el contrario, admiraron su color ceniciento oscuro, sembrado de puntitas blancas, que brillaban al sol como lentejuelas, y su cabeza calva, adornada en la parte posterior por una especie de cuerno inclinado hácia atrás, y en la base del pico, por ambos lados, unas barbillas carnosas que colgaban á modo de pendientes.

Más tarde pudieron apreciar en todo su valor á estos lindos bípedos, que les proporcionaron una cena deliciosa.

Mientras todos se ocupaban en los preparativos de la instalacion y de la cena, Jacobo dijo á uno de los mercaderes.

—¿Podias explicarme por qué mientras yo me hundia, el *nakong* pisaba en el lodazal como pudiera haberlo hecho en tierra firme?

—Lo más probable es que cuando fué herido el *nakong* no estuviera en el lodazal, pues nunca

(1) Son las *numidas meleagris*, comunmente llamadas gallinas de Guinea.

permanecen en él, y lo más que hacen es atravesarlo á la carrera, sirviéndoles para no hundirse sus chatos y anchos cascos.

Si se detuviera, se hundiría poco á poco, como le ha sucedido despues de muerto, á pesar que entónces presentaba mayor superficie y por lo tanto más resistencia.

Terminada esta explicacion, se sirvió la cena, y todos comieron con buen apetito, acostándose despues como hombres que han andado mucho, y saben que les queda aún mucho que andar.

Poco despues no se oian en el vivac más que el sonoro ronquido de los cazadores y el monotonó canto con que distraia las horas uno de los moros encargado de velar, para que las hogueras que cerraban el campamento no se extinguiesen.

Uno de los perros alzó la cabeza, husmeó el aire y lanzó un sordo ladrido que despertó á sus congéneres.

El centinela quiso imponer silencio al alborotador, pero vió que conforme iban despertando los demás olfeateaban el aire en direccion al rio, y unian sus voces á las del primero.

Entónces comprendió el centinela que sucedia algo, y se dispuso á despertar á los cazadores.

Antes que llegara á donde reposaba el más próximo, despertaron todos al ruido de los perros y prepararon sus armas.

Los perros de pié, con el cuello tendido, el rabo entre las piernas, el pelo erizado y los ojos ardientes, ladraban con furor mirando todos en la misma direccion.

Uno de los moros cogió su lanza y distribuyó algunos palos entre los perros, que guardaron si-

lencio , pero sin abandonar su amenazadora actitud.

Era evidente que algun peligro amagaba á los cazadores.

Un fuerte ronquido, al que siguió poco despues un resoplido poderoso hizo conocer á los indígenas el enemigo con quien tenian que habérselas.

Fernando y Jacobo comprendieron sólo que estaba cerca un *muchocho* , y áun cuando no sabian qué clase de animal era , calcularon su ferocidad por la inquietud de los indígenas y los preparativos que hacian para defenderse.

Bien claro se veia que no se disponian para una caza más ó ménos peligrosa , sino para defenderse de un terrible adversario.

Las hogueras recibieron doble porcion de leña, se cerraron los intervalos con otras nuevas , y los cazadores quedaron dentro de una fortaleza circular, cuyas móviles murallas de fuego se inclinaban dulcemente á impulsos de la brisa.

Los indígenas , sin embargo , no parecian muy tranquilos.

Es cierto que dentro del recinto habia bastante leña para mantener el fuego durante una hora ó dos con la intensidad que entonces tenia. Pero si el enemigo los sitiaba con constancia y se les acaba la leña, ¿qué harian? Esta era la pregunta que se hacian unos á otros sin acertar á contestarla.

Fernando quiso preguntar por la naturaleza del animal, que tanto terror causaba en el vivac, pero no tuvo tiempo.

Las cañas y malezas que bordaban las orillas del rio crugieron con estrépito, y una inmensa

mole gris avanzó rápidamente hasta llegar al término luminoso que marcaban las hogueras. Allí se detuvo, al parecer, asombrada.

Sus ojillos, vivamente iluminados, parecían dos ascuas.

— Yo conozco ese animal—exclamó Fernando.

— ¡Cómo!—dijo admirado Jacobo, —¿lo conocéis vos que nunca habeis estado en este país, y yo que he venido dos veces no lo he visto nunca?

— También es la primera vez que le veo, pero reconozco en él al rinoceronte, conocido de los griegos. Uno de estos animales fué exhibido en Alejandría en una fiesta dada por Tolomeo Filadelfo, y en tiempo de Augusto combatió otro de la misma especie en el circo de Roma con un hipopótamo.

— ¿De quién fué la victoria?

— Del rinoceronte.

Fernando no pudo continuar; el rinoceronte que habia contemplado muy á su sabor las hogueras avanzó hácia ellas lentamente deteniéndose á pocos pasos. Sin duda aquel espectáculo desusado le llamaba la atención.

Aprovechando la corta distancia que lo separaba de la fiera, Fernando cargó con dos balas su mosquete, apuntó detenidamente á la cabeza del monstruo é hizo fuego.

Un rugido espantoso respondió al disparo y el monstruo se lanzó hasta poner su enorme cabeza sobre las llamas.

Por fortuna no pudo franquear la débil muralla.

Se retiró rugiendo y sacudiendo sus largas orejas semejantes á las de un asno, y al parecer fuertemente irritado.

Las dos balas de Fernando le habian herido en la frente sin poder atravesar su gruesa piel.

Fernando cargó de nuevo y quiso tirar, pero uno de los cazadores le disuadió.

—Es inútil—le dijo;—no lograriais más que aumentar su furor; su piel es tan dura que de la que cubre sus paletillas hacemos escudos impenetrables al hierro.

—Pero si nadie puede matar á ese animal, ¿cómo os procurais su piel?

—Los cogemos con trampas y allí dejamos que mueran de hambre y rabia. Entonces los desollamos y despues de haber limpiado la piel de las membranas carnosas, la pulimentamos y vendemos á buen precio.

—Pues no encuentro nada notable en la piel de ese animal.

—Ahora no; pero despues de trabajada es sumamente trasparente y bella.

Además aprovechamos el sebo, que es una excelente medicina para curar la hinchazon y el entorpecimiento de las articulaciones.

Entretanto el rinoceronte habia dado una vuelta en torno del campamento buscando sin duda un punto que no estuviese defendido por las llamas, y volvió á pararse en el sitio que habia ocupado ántes.

Entonces Fernando que estaba convencido de que nada resiste á la fuerza explosiva de la pólvora, se dispuso á tirar de nuevo, cuando vió con asombro que el tremendo paquidermo, lanzándose sobre la hoguera con su cuerno inclinado, dispersó los tizones y encendidas ramas que cayeron sobre los cazadores como una lluvia de

fuego, al mismo tiempo que el monstruo entraba por la brecha.

Al ver al enemigo dentro de la fortaleza los cazadores se dispersaron dando alaridos, saltando por cima de las llamas y corriendo en todas direcciones.

Uno de los moros más torpe que los demás fué alcanzado por la fiera que lo lanzó por los aires con su terrible cuerno, cayendo el infeliz espantosamente mutilado en medio de la hoguera.

Sin embargo, el vivac no estaba abandonado.

Fernando, Jacobo y los perros sostenían el ataque.

Si no habían podido evitar la muerte del moro, trataron al ménos de vengarlo acometiendo con furor á su feroz enemigo.

Los perros lo rodearon por todas partes deteniendo su ímpetu, y áun cuando algunos volaron por los aires con el vientre abierto y otros morían aplastados bajo los poderosos piés de la fiera, lograron por fin hacer presa en sus orejas y en el rabo.

Mientras el rinoceronte se sacudía violentamente para librarse de sus audaces enemigos, Jacobo con una larga lanza procuraba herirle en los ojos, esquivando con la ligereza de un banderillero el choque de la fiera.

Viendo que la ocasion era oportuna y que el rinoceronte no se ocupaba más que de los perros y de Jacobo, se acercó á él Fernando disparándole su mosquete á boca de jarro por debajo del brazuelo, por cuyo sitio le pareció que la piel debía presentar ménos resistencia.

En efecto, la bala atravesó la epidermis del

bruto que cayó en el suelo, presa de terribles convulsiones, durante las cuales hubiera sido sumamente peligroso acercarse á él.

Cinco minutos despues el rinoceronte habia dejado de moverse, y los portugueses pudieron acercarse y contemplarlo á su sabor; pero ántes retiraron del fuego el cuerpo medio carbonizado del moro y lo cubrieron con una manta.

El animal que habian matado era casi desconocido en Europa, donde no se habia visto desde la época que citó Fernando.

Más tarde, en 1512, animados los portugueses por el relato del pintor, lograron procurarse uno vivo que llevaron al rey D. Manuel, y desde entonces empezaron los naturalistas á hablar de este paquidermo, pero sin conocerlo bien hasta hace poco.

El nombre que los naturalistas dieron despues á la especie muerta por Fernando fué el de *rhinoceros simus*, pero el jóven pintor no podia sospecharlo ni supo hasta el dia siguiente que se encontraba en aquel país otra clase de rinocerontes negros armados de un solo cuerno.

El que tenian á la vista era un animal corpulento y segun les pareció muy feo.

Lo que más les llamó la atencion eran sus dos cuernos. Uno de más de vara de largo inmediato al labio superior y otro más arriba largo de una cuarta.

La apariencia del paquidermo era monstruosa á causa de la cortedad de sus patas que parecian, más que miembros, cuatro toscas columnas de granito.

El pescuezo era muy corto, las espaldas grue-

sas y pesadas, el cuerpo abultado, saliente por los costados y algo deprimido por el espinazo, mientras que el vientre colgaba hasta media vara del suelo, estando todo el animal cubierto por una piel gruesa y áspera, de cuya resistencia podían responder los dos amigos.

No se veía vestigio alguno de pelo y sí ciertas escrecencias á modo de arrugas que rodean su cuerpo como si la naturaleza hubiera querido aumentar la fuerza de su piel.

Las pezuñas eran tres en cada pata, colocadas casi verticalmente y siendo mayor la de enmedio.

Los ojos pequeños, las orejas como las de un asno, aunque comparativamente más chicas, y la boca muy hendida tenía el labio inferior parecido al del buey y el superior semejante al del caballo, pero tan elástico, que el animal puede estirarlo á su antojo hasta seis pulgadas, sirviéndose de él para desgarrar las ramas de los árboles que constituyen su principal alimento.

Fernando sacó su cartera y á la luz de las hogueras empezó á dibujar á su víctima mientras que Jacobo por órden suya lo media.

El resultado de las medidas fué el siguiente:

Alto desde las pezuñas á la cruz dos varas y media. Desde la punta del hocico al nacimiento de la cola cuatro varas, y cuatro y cuarta de circunferencia.

Fernando notó además que no tenía dientes incisivos, de lo cual dedujo que no era carnívoro y sí hervívoro.

El jóven anotó con cuidado todas estas observaciones y despues empezaron á ocuparse de sus compañeros dispersos.

Los perros habian todos desaparecido en cuanto murió el rinoceronte, á excepcion de dos que aullaban lastimosamente al lado del cadáver del moro.

Con objeto de indicar á los dispersos cazadores que todo habia terminado, rompieron el círculo de fuego que rodeaba el campamento dejando sólo el número de hogueras que habia encendidas ántes del ataque del rinoceronte.

Merced á este arbitrio fueron llegando los cazadores uno á uno, alabando todos el valor de los dos europeos y condoliéndose de la muerte de su compañero.

CAPÍTULO XIII.

El paso forzado.

Después del funesto accidente que había tenido lugar, la partida de caza se dió por terminada.

Los moros desnudaron á su compañero, lavaron todo su cuerpo y lo tendieron boca arriba sobre un jaique, de suerte que hirieran su cara los primeros rayos de sol que asomaban ya por el Oriente.

Después se pusieron á rezar en coro algunas oraciones.

Entretanto Fernando y Jacobo, ayudados por los dos mercaderes, despojaban de su piel al rinoceronte.

Los moros colocaron al difunto sobre unas angarillas improvisadas, cargaron con él y emprendieron la marcha, cuidando siempre que la cara del moro estuviese vuelta hácia Levante.

Los demás seguían detrás, de dos en dos, cantando en coro una oración.

Llegados á una colina inmediata, pusieron en el suelo la angarilla, abrieron un hoyo bastante profundo y sepultaron en él al cadáver con el rostro vuelto hácia el Oriente.

Después cubrieron la fosa, colocaron sobre ella grandes piedras para evitar que las fieras desenterraran el cuerpo del moro y se retiraron cabizbajos al vivac.

Los dos portugueses les siguieron conmovidos

por la solemne escena que habian presenciado.

Almorzaron ligeramente y se dirigieron hácia el sitio donde habian dejado los camellos.

El sol iluminaba la extensa llanura, y el rio que serpenteaba por ella aparecia con deslumbradores toques de brillante luz.

En aquel magnífico paisaje todo parecia vivir y alegrarse con la riente mirada del astro del dia. Sólo los cazadores marchaban á paso largo, la cabeza baja y entregados á los más tristes pensamientos.

Todos se acordaban de la tumba que dejaban en la colina.

Dentro de algun tiempo la maleza brotaria en el fértil suelo y se abrazaria á las peñas que guardaban la sepultura cubriéndola con su verde y vistoso manto.

Más tarde los viandantes que pasaran por aquel sitio, al ver el matorral cubierto de flores, y entre ellas saltar cantando á mil alegres pintados pajarillos, no sospecharian ciertamente que bajo aquellas floridas ramas descansaba un desgraciado que habia sufrido la más horrible de las muertes.

De estas tristes reflexiones les distrajo un gran estrépito que oyeron á orillas del rio.

Estaban atravesando un extenso arenal que bajaba hasta las aguas en dulce pendiente.

Al fin del arenal se agitaba, lanzando al aire roncos rugidos y remolinos de arena, una masa informe.

Al pronto ninguno pudo conocer al animal que tenian delante; pero todos se detuvieron sobrecogidos de espanto.

Poco á poco fueron distinguiendo sus formas. No era uno, sino dos animales monstruosos.

El primero un gran cocodrilo cubierto de escamas sucias, pero que húmedas aún, brillaban como diamantes, y el segundo una culebra no menos grande que el cocodrilo.

Los dos combatian con furor azotando el aire y la arena con sus poderosas colas.

Los cazadores comprendieron en seguida la causa del combate.

En la arena yacian unos veinte huevos todos rotos y vacíos.

El cocodrilo tiene la costumbre de enterrar sus huevos en la arena dejando al sol el cuidado de fecundarlos.

Pero el sol se limita sólo á prestarles su calor y deja que las serpientes, los *icneumones* (1) y las ratas conviertan en despena los nidos del cocodrilo que le confia sus huevos durante cuarenta dias.

Probablemente el cocodrilo salió del agua para visitar su prole, sorprendió á la serpiente en flagrante delito de merodeo, y trabó con ella el rudo combate que presenciaban los cazadores.

Y no eran ellos los solos séres vivientes que contemplaban la lucha.

Ambas orillas del rio estaban cubiertas de reptiles, que despertando al ruido del combate, alzaban sus repugnantes cabezas castañeteando sus descomunales dientes, como si hicieran votos por el triunfo de su hermano.

(1) Animal del tamaño de un gato montés, originario de Egipto donde abunda mucho.

La serpiente parecia estar muy apurada, y á encontrarse libre, de seguro hubiera escapado. Pero habia roto los huevos y era preciso pagarlos.

La ley del Talion es la ley de la naturaleza y ha sido admitida por todos los antiguos legisladores figurando hasta en los cánones.

Moisés la consignó en el *Pentateuco*, y Mahoma, encontrándola buena, la introdujo en el *Coran*.

Moisés dijo á los judíos:

«Alma por alma, ojo por ojo, nariz por nariz, oreja por oreja, diente por diente.»

Mahoma dijo á los árabes en el cap. II, versículo 175 de su gran libro:

«En la pena del Talion está la seguridad de vuestra vida, hombres dotados de inteligencia!»

Es probable que el cocodrilo no hubiese leído nunca el *Coran*, pero de seguro pensaba del mismo modo que Mahoma, pues al luchar con la serpiente, parecia decirle con sus rugidos.

—El que come será comido. Tú engulliste mis huevos, y ahora voy á tragarte yo.

En efecto tanto se revolvieron los dos reptiles que el cocodrilo logró coger con su inmensa boca á la serpiente.

Esta deshizo en un momento los fuertes anillos con que habia enlazado á su adversario; agitó su cola con irresistible fuerza, y despues cayó inerte en la arena.

El vencedor satisfecho movió blandamente su cola de uno al otro lado en señal de alegría y arrastrando á su víctima se sumergió en el rio.

Al mismo tiempo desaparecieron todos los demás cocodrilos. El paisaje recobró su antigua

calma, y el río siguió corriendo con páfida mansedumbre como si bajo sus aguas no se agitara todo un mundo de voraces fieras.

Los cazadores perplejos se miraban unos á otros.

Para volver al sitio en donde dejaron los camellos era preciso pasar el río, pero no osaban atravesarlo á nado.

Los indígenas sabían muy bien que áun cuando el cocodrilo es muy feroz, el mucho ruido le ahuyenta; pero por mucho que gritaran temían siempre que alguno quedara entre las aguas y les acometiera á traición.

Si hubieran tenido una barca, la cuestión estaba resuelta.

Fernando propuso construir una balsa; pero los cazadores desecharon la idea por parecerles que se perdería mucho tiempo.

El río por aquel sitio se extendía mucho, y su fondo no podía ser considerable.

Para cerciorarse de esta circunstancia importante para los proyectos de los moros, cogieron éstos varias cañas, altas, ligeras y delgadas, y las cortaron de modo que todas tenían seis piés de largo.

Hecho esto ataron sólidamente á uno de los extremos de cada caña grandes piedras.

Se acercaron al río y fueron lanzando á la corriente las cañas con las piedras, de suerte que al caer la piedra en el fondo del río, la caña quedaba de pié, mostrando á los cazadores la profundidad.

Sin embargo, las piedras no habían podido llegar al centro, y esto era lo más importante.

Cuatro moros se desnudaron; uno de ellos cogió algunas cañas ya preparadas, con el peso á la punta, y los otros se armaron con sus lanzas y con el yatagan que llevaban á la cintura.

Entraron en el río, golpeando el agua con sus lanzas y dando desaforados gritos, para ahuyentar á los caimanes, lo cual consiguieron, pues el primer moro pudo lanzar todas sus piedras, y los que estaban en la orilla comprendieron que se podía pasar el río vadeándolo.

Terminado el sondeo, los exploradores se retiraron gritando y golpeando el agua, y detrás de ellos se vió avanzar un semicírculo de caimanes con sus cabezas fuera del agua, lo cual precipitó singularmente la retirada de los exploradores.

Al parecer, los caimanes, sabiendo que eran numerosos, querían impedir á los hombres el paso del río.

Los gritos los asustaban por un momento; pero despues, viendo que no recibian daño, cobraban valor y avanzaban con audacia.

Si hubiera sido necesario sondar de nuevo el río, de seguro no salian á tierra todos los exploradores.

Esto lo sabian los indígenas perfectamente, así fué que se decidieron á aceptar el combate.

Todos se desnudaron, poniendo sus ropas en la cabeza para evitar que se mojaran, y formaron una extensa línea de batalla.

Fernando, armado de su mosquete, y Jacobo de su ballesta, estaban en el centro; á derecha é izquierda tenian á los dos mercaderes, y las dos alas las formaban los moros, todos armados de sus lanzas.

Puestos ya en correcta formacion, se dió la señal, y todos al mismo paso marcharon hácia el rio con las lanzas en ristre y dando terribles alaridos.

Los portugueses que estaban encargados de disparar de cuando en cuando, se detuvieron un momento para apuntar.

Fernando hizo fuego, y su bala, chocando en las conchas de un caiman, se aplastó como si hubiese dado en un yunque.

Jacobo, más afortunado, clavó su flecha en las encías de otro reptil.

Los dos cocodrilos se sumergieron en el agua, pareciendo los demás consternados por tan rudo ataque.

Cargadas las armas, los dos viajeros ocuparon su puesto en la línea de batalla, que ya empezaba á entrar en el agua.

Esta, ántes de entrar los cazadores, estaba bastante turbia; pero cuando empezaron á moverla con los piés y las picas, se puso tan sucia, que parecia chocolate espeso.

Al ver los cocodrilos un ataque tan decidido, se sumergieron todos, procurando escapar de los cazadores, que seguian su camino cruzando sus picas en el fango, sin cesar de gritar.

De tiempo en tiempo un cazador retrocedia; el agua saltaba con violencia, viéndose salir de sus turbias ondas alguna cola monstruosa, y el cazador ocupaba su puesto en la fila.

La larga línea de batalla habia pasado ya de la mitad del rio, y sus alas avanzaban más que el centro formando un arco, cuya cuerda era la orilla derecha. En aquel recinto estaban amontona-

dos los caimanes unos sobre otros, con las colas vueltas hácia sus enemigos.

De vez en cuando alguno de ellos se revolvia furioso, y á pesar de las lanzas rompía la línea, huyendo velozmente entre dos aguas, sin pararse á morder.

Cuando esto sucedia, los cazadores prorumpian en carcajadas, y el flojo cazador se levantaba lleno de fango, riéndose como los demás.

Por fin, llegaron á tierra, y allí los caimanes encontrando sitio libre para escapar, partieron en todas direcciones rápidos como caballos desbocados.

Uno sólo, un viejo macho que tal vez seria el patriarca de la tribu, se revolvió en tierra contra sus perseguidores, que lo evitaban con ligereza, sorteándolo como en nuestros circos se hace con los toros.

Un moro saltó sobre él, y despues de recorrer largo trecho en su extraña montura, logró pasarle su lanza por la boca, manteniéndosela entreabierta.

Entónces se acercó Fernando, le disparó su mosquete por un ojo, y la bala, deshaciendo interiormente el cráneo, produjo la muerte instantánea del monstruo.

CAPÍTULO XIV.

El leon y la girafa.

Despues que se hubieron vestido los cazadores, continuaron su marcha más alegres que al principio, pues el combate de la serpiente y el cocodrilo, y la batalla que habian tenido que dar para forzar el paso del rio, los habian puesto de buen humor, haciéndoles olvidar las negras ideas que sacaran del vivac.

A medio dia hicieron alto bajo un grupo de palmeras, y se pusieron á comer tranquilamente.

Antes de concluir el último bocado, vieron avanzar por la llanura un rebaño de animales muy parecidos en su forma al que á orillas del rio se hundió en el lodo, pero muy distintos en el color.

Los que tenian á la vista eran de un rojo claro, más ó ménos pronunciado en todas las partes del cuerpo, excepto en el vientre, que era blanco brillante.

Una raya negra corria por el lomo, bajando hasta la primera mitad de la cola, y otra formando cruz, dividia sus lomos en dos partes iguales.

Al distinguir el rebaño, los cazadores cogieron los arcos, dando libertad á los perros y arrastrándose encorvados entre la espesa yerba que cubria la pradera, marcharon en silencio hácia el rebaño.

—¿No es verdad que es un rebaño de *nakongs*? —preguntó Jacobo en voz baja al moro que marchaba á su lado.

—Aunque son de la misma familia pertenecen á otra especie que nosotros conocemos con el nombre de *pallahs* (1).

Son muy buscados á causa del lindo color de su piel y por su carne, que si tenemos la fortuna de matar alguno, nos proporcionará una excelente cena.

Como marchaban ocultos entre la yerba, y teniendo el aire de frente, pudieron aproximarse bastante á los *pallahs*, para hacerles una descarga cuando pasaran á tiro.

El arcabuz de Fernando tronó; silbaron las flechas, y el atemorizado rebaño cruzó la llanura con pasmosa velocidad.

Antes que los cazadores pudieran salir de su escondite, ya no era el rebaño más que un punto rojo en el verde horizonte.

Todos habian desaparecido en pos de su general, un viejo macho, jefe de la familia.

En la pradera, medio enterrados por la yerba, yacian bañados en sangre dos cervatillos y una hembra.

Como todos los machos habian escapado, dijo á Fernando uno de los cazadores:

—No has podido ver la señal que distingue con más precision á los *pallahs*.

(1) Estos, como los *nakongs*, son antílopes, y además del nombre indígena, les han dado los europeos residentes en África el de *rooye-bok* (antílope rojo), y los naturalistas los llaman *antílopes melampus*.

—¿Cuál es?

—Sus cuernos que se separan mucho en el centro tocándose casi en las extremidades.

—¿El color no es una señal infalible?

—No siempre, pues cambian de pelo con frecuencia, y entonces podrias confundirlos con otros animales de su especie.

Con todo—añadió,—la caza no ha sido mala, y ya tenemos segura nuestra cena de hoy y el almuerzo de mañana.

Los cazadores desollaron los antílopes, cuya piel guardó Fernando con la del rinoceronte; hicieron pedazos la carne, y despues que cada cual cargó con la porcion que le correspondia, marcharon presurosos hácia el bosque donde habian dejado á los camellos, llegando al anochecer sin que ocurriera ningun accidente notable.

Al romper el alba montaron en los camellos marchando hácia la ciudad.

Durante todo el dia anduvieron por medio de un espeso bosque, y si bien es verdad que de cuando en cuando saltaba de la espesura algun antílope ó zorro, como los cazadores iban por lo regular distraidos, no tenian tiempo de tirarles, tal era la velocidad con que huian y la espesura de la selva.

A medio dia hicieron alto para dar descanso á sus monturas y tomar algun alimento, partiendo de nuevo media hora despues.

De repente las ramas crugieron con estrépito como si algun corpulento animal las rompiera al correr.

Los cazadores se detuvieron preparando sus armas y esperaron los acontecimientos.

Al poco rato se abrieron con violencia los matorrales, cruzando ante ellos un precioso animal, en el cual Fernando reconoció en seguida una girafa.

Pero el desgraciado cuadrúpedo no corría en libertad buscando su alimento en la copa de los más altos árboles.

Un animal de dorada piel estaba aferrado á su lomo con uñas y dientes.

Al pasar la girafa y su jinete por delante de los cazadores, fueron saludados por una nube de saetas cuyo silbido ahogó la bronca detonacion del mosquete.

La descarga debió ser certera, porque los dos animales rodaron por la yerba.

Uno de ellos se levantó, el que iba montado en la girafa. Era un magnífico leon.

Se recogió sobre sus poderosos remos, sacudió su poblada melena, dió un formidable rugido y se lanzó con un violento salto sobre el camello que montaban los dos portugueses.

El pobre animal al ver sobre sí á la tremenda fiera, le dió para defenderse un bocado en una de las piernas traseras mientras que Fernando con la culata de su mosquete daba repetidos golpes en la cabeza del rey de las selvas, cuyo abrasador aliento azotaba el rostro del jóven.

La lucha no duró mucho tiempo.

El camello con la garganta destrozada por las férreas uñas del leon, cayó arrastrándolo en su caida y cogiendo debajo á Fernando, cuya situacion era sumamente crítica.

Viendo vencido á uno de sus enemigos, el leon hizo ademan de arrojarse sobre Fernando, que

considerándose perdido, cerró los ojos, se encomendó mentalmente á Dios y dedicó á Margarita su último pensamiento.

Pero una nervuda mano, cogiendo al leon por la melena, detuvo su impulso al par que hundia repetidas veces en su cuerpo una ancha daga.

La fiera hizo un brusco movimiento, que la desembarazó de su enemigo; pero al mismo tiempo cayó atravesada por las lanzas de los cazadores.

Cuando Jacobo, que era el que habia detenido al leon por la melena, lo vió caer, corrió á Fernando y lo ayudó á levantar.

Felizmente todos habian salido ilesos de la lucha, en la cual sólo habian perecido la girafa, el leon y el camello.

Tranquilos ya los cazadores, empezaron por examinar al leon, que era un macho jóven; medía once piés desde el hocico al nacimiento de la cola, y seis desde la cruz hasta las garras.

Además de las heridas que le habian producido las lanzas de los cazadores y la daga de Jacobo, tenia otra en una paletilla, causada por el disparo de Fernando y algunas lesiones bastante graves inferidas por los dientes del infeliz camello.

Terminado el exámen del leon, pasaron al de la girafa; despues desollaron á los dos animales, reunieron sus despojos con los demás trofeos de la caza y volvieron á emprender su marcha.

Durante el camino Fernando daba á Jacobo las siguientes noticias sobre las girafas:

—El cuadrúpedo con cuya piel hemos enriquecido la coleccion que llevamos á bordo, —decia

Fernando, —es el más curioso rumiante de cuantos nacen bajo el sol, y es lástima que criado en estas comarcas desconocidas, no sepamos nada de su vida y costumbres.

Su cabeza está adornada con dos cuernos de una tercia de largos, algo inclinados y cubiertos hasta la punta con la piel.

Este animal es un compuesto de ciervo, camello y leopardo, perteneciendo por su boca al primero, al segundo por su largo cuello, cuya longitud alcanza á un tercio de su estatura total.

— Me parece — observó Jacobo, — que por lo que he visto, si bien el cuello es tan largo como el del camello, no tiene la misma flexibilidad.

— Es cierto, y bajo ese punto de vista hay alguna diferencia, pues al paso que el camello hace de su cuello lo que quiere, la girafa lo lleva constantemente derecho, y no puede beber sin arrodillarse, ni tomar nada del suelo sin separar las piernas de delante.

— ¿Y en qué se parece al leopardo?

— Nada más que en el color de su piel de un blanco amarillento súcio, salpicada por grandes manchas negras; por lo demás, su carácter difiere mucho, pues al paso que el leopardo es carnicero y feroz, la girafa es herbívora, mansa, tímida é inocente.

— ¿Dónde habita con más frecuencia?

— En los espesos bosques, buscando su alimento en las copas de los árboles, para lo cual le sirve su largo cuello.

— Pues tampoco son flojas las patas, y para ayudar al cuello tiene las de delante más largas aún que las de detrás.

— Eso te se figura porque no la has mirado atentamente.

— Sí señor, la he observado muy bien.

— Pero si como yo hubieras medido las patas, estarías convencido de que son del mismo tamaño.

— ¡Cómo puede ser eso, si el cuarto trasero estaba mucho más bajo que el delantero?

— Es un error de apreciación, y consiste en la extensión del cuello, que se eleva tres varas sobre una ancha base.

Lo que sí es más alto que el lomo es la cruz, y esto da al espinazo una inclinación muy pronunciada.

— ¡Era completamente desconocido este animal de los antiguos?— siguió preguntando Jacobo.

— No por cierto. Este raro animal fué conocido por los egipcios hace muchos siglos, como lo demuestran las ruinas de Tebas, en cuyos monumentos más antiguos se halla esculpido.

La primera girafa de que se tiene noticia fué regalada á *Tothmes III*, el Faraon del tiempo de Moisés, por un reyezuelo del interior de Africa.

Después parece que no volvieron á ser vistas, porque Aristóteles, que tan bien describe los animales conocidos en aquella época, no habla de las girafas, ni hacen mención de ellas ninguno de los autores que le siguieron, hasta que Plinio hizo después una descripción bastante imperfecta de un animal de esta clase que mandaron á Julio César.

Strabon, más concienzudo en su descripción, dice que era originaria de Etiopía, donde le llamaban *nabis*.

—Pues no hay mucha diferencia del nombre que le daba Strabon, al de *naiips* que le dan los cazadores que nos acompañan,—repuso Jacobo.

—Tal vez no sean más que diferencias de pronunciacion, y las dos palabras tengan el mismo origen.

—Puede ser, pero seguid contándome cómo llegó á ser conocido en Europa tan curioso animal.

—Poco me resta que decirte. En 1260, el sultán de Egipto, mandó al emperador Miguel Paleólogo una girafa, y despues ha habido otras muchas en Constantinopla, por cuyas calles paseaban asomando sus lindas cabezas á las ventanas de los harenes y recibiendo de manos de las turcas, rosas, que comian con avidez.

—Es extraño, que siendo tan manso no lo empleen los de este país para labrar la tierra ó llevar carga.

—No creas que se deja coger tan fácilmente como te figuras, pues aunque es tímido, cocea con tanta rapidez y fuerza, que en campo raso, rechaza los ataques de todos los animales, incluso el leon.

Estoy seguro que el que hemos matado hoy cogió de improviso á la girafa, porque de otro modo no hubiera podido acercarse á ella.

Esto no es decir que sea imposible de capturar, y una vez bajo el poder del hombre, se domestica fácilmente, y es un animal tan bello como inofensivo.

Mas á pesar de su mansedumbre y de que corre con tal velocidad que no podria alcanzarla el caballo más ligero, no creo que lo hayan empleado jamás en ningun servicio útil.

—Uno de los mercaderes me ha dicho—repuso Jacobo,—que de su piel seca se hacen excelentes odres, y que su carne es exquisita, particularmente cuando el animal es jóven; pero lo mejor es el tuétano que contienen sus huesos.

Entretenidos con estas conversaciones, llegaron ya cerrada la noche á la ciudad, á cuya entrada se separaron todos para irse cada cual por su lado.

Fernando y Jacobo siguieron á los mercaderes hasta su casa, con intencion de regresar á bordo al siguiente dia.

Mientras Fernando y Jacobo estaban á la puerta viendo cómo descargaban los camellos, la mujer de uno de los mercaderes apartándose un poco con su marido, empezó á hablarle en voz baja, pero con animacion.

Los dos esposos parecian muy agitados, y el mercader llamó á su compañero y empezó tambien á hablarle en voz baja, indicando frecuentemente con el gesto y la mirada á los dos europeos.

Jacobo notó que se ocupaban de ellos, y se lo participó á Fernando, el cual á su vez prestó atencion, y pudo convencerse que ocurría algo que les concernía.

Decidido á aclarar el misterio, se acercó á sus huéspedes.

CAPÍTULO XV.

La traicion burlada.

Al ver que se acercaba Fernando, uno de los mercaderes lo cogió por el brazo, y en pocas palabras le puso al corriente de la situacion.

Aquel dia, un sobrino que tenian al servicio del rey habia ido á casa de los mercaderes á preguntar á la mujer cuándo vendria su marido con los extranjeros.

Como ántes de partir, se dijo que la caza duraria ocho dias, la mujer contestó que aún tardarian de tres á cuatro dias, y con la curiosidad natural en las mujeres, quiso saber con qué objeto hacia la pregunta.

El sobrino se defendió, y con esto creció la curiosidad de la mujer, que no le dejó salir hasta que supo de lo que se trataba.

Entónces el oficial le hizo prometer que mandaria avisar á palacio tan pronto como llegasen los extranjeros; y satisfecho con esta promesa le contó, que aquel mismo dia habia bajado á tierra un portugués, cuyas señas dió el sobrino, reconociendo Fernando, gracias á estos detalles, que no podia ser otro que Sebastian.

Convencido que no podia resultar nada bueno de aquel asunto, estando mezclado en él el confidente de su enemigo, el jóven prestó gran atencion al relato del mercader que prosiguió diciendo:

—En cuanto el portugués bajó á tierra, se fué á palacio y dijo al rey que él y otros compañeros suyos estaban disgustados con su capitan y querian quedarse en Mombaza al servicio del rey, al cual entregarían las naos.

Como el rey desde que las vió no deseaba otra cosa más que apoderarse de vuestros barcos, dispuso muy buena acogida al traidor y le animó á que continuase.

Entonces él dijo que aquellos barcos habian venido á Mombaza con ánimo de conquistarla y que tú y tu compañero teniais el encargo de visitar el país y ver cuál era el sitio más oportuno para efectuar el desembarco, y que era preciso prenderos ántes de volver á bordo, porque erais hombres peligrosos, y concluyó aconsejando al rey que tan pronto como estuvierais presos mandara atacar á los barcos, que él y sus compañeros les ayudarian á vencer la resistencia de los pocos amigos del capitan.

Admirado quedó Fernando al oír el relato de tan negra traicion, comprendiendo en seguida que el objeto de Sebastian era librarse de él y de Jacobo, siendo falsa la promesa que hiciera al rey de entregarle las naos.

Antes de que volviera de su sorpresa el otro mercader le dijo:

—Vosotros sois nuestros huéspedes y adorais al mismo Dios que nosotros adoramos. Tenemos, pues, el deber de sacaros de la difícil posicion en que os encontrais y hemos resuelto lo siguiente, que concilia con la nuestra vuestra seguridad:

Vamos en este mismo instante á dar parte á

palacio de que hemos llegado, pues tal es el encargo que ha recibido mi esposa.

— ¡Cómo! ¿nos vais á entregar?

— Nada de eso. Ahora mismo salimos juntos y os embarcareis regresando á vuestros barcos.

Fernando no encontró palabras para dar las gracias á sus salvadores; pero los estrechó con efusion en sus brazos.

Como no habia tiempo que perder salieron por una puerta secreta acompañados por uno de los mercaderes dirigiéndose á la playa.

En el mismo momento en que ponian el pié en una almadía que encontraron y de la cual se apoderaron sin escrúpulo, el otro mercader llegaba á palacio y decia á su sobrino que á causa de la muerte del moro, cuando el ataque del rinoceronte, la partida de caza habia terminado, que acababan de llegar y que los extranjeros mostraban mucho empeño en marcharse.

En tanto los dos portugueses inclinados sobre los remos hacian volar la almadía sobre las tranquilas aguas del puerto.

Al cabo de un buen rato llegaron á la vista de los barcos.

El primero que encontraron fué el que mandaba Nicolás Coelho.

Todos dormian á bordo. Sólo un centinela paseaba con su ballesta al hombro por el alcázar de proa.

Al sentir el ruido de los remos se detuvo gritando.

— ¡Ah, de la embarcacion!

— Tripulantes de la capitana— respondió Jacobo.

Dos sombras que estaban escondidas detrás de la obra muerta se irguieron de repente y se retiraron á la cámara de popa lanzando sordas imprecaciones.

Eran Coelho y su criado que esperaban allí el resultado de su infame traicion.

En tanto la almadía atracó al costado de la capitana.

Inmediatamente Fernando hizo que despertaran á Vasco de Gama y le contó todo lo que habia sucedido durante la cacería y lo que á su regreso le habia dicho la mujer del mercader.

Pero temiendo que, si acusaba de la traicion á Coelho, creyese Vasco de Gama que lo hacia inspirado por un bajo sentimiento de venganza, desfiguró algun tanto los hechos y no dijo que la idea de la traicion habia partido de los barcos, sino que habia nacido en tierra.

Vasco de Gama escuchó atentamente al jóven y despues de haber alabado la audacia y celo con que se habia procurado noticias de tan interesante país; obrando como prudente y esforzado capitán, mandó que todos se aprestasen para la defensa enviando igual órden á los barcos que mandaban Pablo Gama y Coelho.

Mientras esto sucedia á bordo, salia del palacio del rey de Mombaza una fuerte escolta para apoderarse de los portugueses; pero como no los encontraron en casa de los mercaderes, marcharon á la playa y se embarcaron en dos almadías, dirigiéndose hácia los barcos portugueses en el mayor silencio.

Llegados á tiro de flecha, se detuvieron las almadías, y los hombres que las tripulaban, dividi-

dos en tres pelotones, marcharon nadando hácia los barcos y se agarraron á las cadenas y cabos de amarra procurando cortarlos; pero como los portugueses estaban prevenidos, los recibieron con las ballestas, cuyo rigor les obligó á huir en desórden refugiándose en las almadías y despues en tierra.

Despues de descubierta la malicia y traicion de los moros, permanecieron los portugueses en el puerto aún dos dias más para probarles que no les temian, y al tercero por la mañana se hicieron á la vela fondeando obra de ocho leguas distantes de Mombaza.

Estando allí el capitan mayor, vió que á tres leguas á sotavento navegaban dos barcos de moros, por lo cual dispuso que los suyos levaran y les dieran caza, porque deseaba tener pilotos prácticos en aquella costa.

Cuando los moros se vieron perseguidos, empezaron á huir á remo y vela; pero de nada les sirvió su diligencia, porque á las tres de la tarde alcanzaron al más retrasado, logrando el otro ganar la playa.

En el barco apresado, encontraron los portugueses 17 hombres, una mujer muy jóven y bonita, hija de un moro de distincion, que iba á bordo en clase de pasajero, y además algun oro, plata y muchas provisiones.

En el mismo dia siguieron su rumbo, y despues de puesto el sol fondearon frente á un lugar que los prisioneros llamaron Melinde (1), distante de Mombaza 30 leguas.

(1) Esta ciudad lleva hoy el mismo nombre; está

Por los prisioneros supieron además que entre Mombaza y Melinde, se encuentran tres ciudades llamadas Benapa, Toça y Nuguo-quioniete.

Al día siguiente, que era el primero de Pascua, los prisioneros dijeron que en Melinde había cuatro barcos cristianos; se ofrecieron á conducir á los portugueses á aquel puerto y surtir á los barcos de cuanto hubiesen menester si los ponian en libertad.

Aceptada la oferta por Vasco de Gama, fueron á fondear á media legua de la ciudad, donde reinaba la mayor inquietud, pues ya sabian que habian cogido uno de sus barcos.

Con objeto de tranquilizarlos mandó Vasco de Gama poner en libertad al pasajero moro y á su mujer, dándoles cuanto llevaban y algunas bagatelas de regalo.

A las tres ó cuatro horas volvió el moro en compañía de dos oficiales del rey, los que traian como regalo tres carneros, y despues que Vasco de Gama los hubo aceptado, le dijeron de parte del rey que queria estar bien con ellos y que pidiera cuanto deseara, pues todo se lo facilitarían al momento.

El capitán mayor les hizo mucho agasajo, asegurándoles que al otro día entrarían en el puerto, y les dió para el rey un balandran, dos sartas de corales, tres vasijas de loza, un sombrero, gran cantidad de cascabeles y dos lambeles (1).

situada en una fértil llanura poblada de jardines y hace un comercio muy activo con Persia, el Mar Rojo y la India.

(1) Llamaban lambeles á unas piezas de algodón ra-

Cumpliendo su promesa, los portugueses entraron en el puerto al otro día y recibieron del rey un nuevo regalo, que consistía en seis carneros y en una considerable porción de clavo, comino, jengibre, nuez moscada y pimienta.

Los portadores del regalo dijeron á Vasco de Gama, que al siguiente día saldría el rey al mar en un bote y que si quería hablarle, podía embarcarse en uno de los suyos y encontrarlo en la mitad de la bahía.

Vasco de Gama aceptó la cita y el día señalado bajó á su bote gallardamente vestido y acompañado de todos sus oficiales, y fué á encontrar al rey, que estaba dando vueltas en torno de las naos.

En cuanto el rey lo vió llegar, mandó que atracaran las dos embarcaciones y pasándose á la que montaba Vasco de Gama, empezó á hablar con él amistosamente pidiéndole con instancia que bajase á tierra á gozar de una fiesta que en su palacio tenia preparada.

Excusóse Gama con mucha cortesía pretextando que habia recibido orden de su rey de no saltar nunca en tierra y no queria desobedecerle.

Mucho alabó el rey su resolución, pero apoyándose en parecidos argumentos para rechazar la oferta que le hizo Gama de visitar los barcos, dijo, que si bien su pueblo no podia impedirselo, lo miraría con cierto disgusto.

Después, cambiando de conversacion, preguntó por el nombre del rey de Portugal, mandando á

yadas con vivos colores que entónces tenían gran salida para el naciente comercio con Africa.

su secretario que lo apuntase, porque dijo que pensaba mandar un embajador ó escribirle, aprovechando el regreso de los barcos.

Para tenerlo más propicio dispuso Vasco de Gama que trajesen los prisioneros, y se los entregó al rey, de lo cual quedó tan contento, que declaró á Vasco de Gama que más apreciaba aquello, que si le hubiese regalado una ciudad.

Terminada la entrevista regresó á bordo Vasco de Gama con los suyos, pero el rey, queriendo aún gozar del espectáculo, para él nunca visto, de los barcos portugueses, empezó á pasearse entre ellos, y los marineros para honrarlo disparaban las bombardas, cuyo humo y estampido llamaron tanto la atención de los moros, que estuvieron tres horas al lado de las naos.

Entretanto Fernando, por encargo de Vasco de Gama, hacia un croquis de la embarcacion del rey, de cuyo dibujo, conservado cuidadosamente en Lisboa, se desprende que el rey montaba un magnífico bote hecho de ricas maderas y cubierto con un toldo redondo de algodón carmesí, sostenido por un solo palo ricamente labrado.

El rey vestia una amplia bata de damasco, forrada de verde, y un rico turbante. Estaba sentado en una silla de bronce, provista de un mullido cojin.

Detrás del rey habia un moro viejo, armado de un sable, cuya vaina era de plata, y á más de los remeros y personas que acompañaban al rey, habia en la proa unos músicos que tocaban añafles y trompetas de marfil, ricamente labradas y tan altas como un hombre.

Al retirarse el rey dejó á bordo de la capitana

á uno de sus hijos, acompañado de un *Xarife* (1), y se llevó á Fernando y al fiel Jacobo para enseñarles sus palacios, invitando al capitán mayor, puesto que no quería desembarcar, á que fuese en subote á la playa, donde al siguiente día pensaba dar una fiesta.

(1) El manuscrito portugués, de donde hemos tomado esta verídica historia, dice *Xarife*, que sería la pronunciación en aquel tiempo de la palabra árabe *Sherif*, que significa santo ó descendiente del profeta.

CAPÍTULO XVI.

La batida real.

Acudiendo á la cita del rey, salió el capitán mayor en su bote armado con una bombarla á popa, y de igual suerte le seguían en los de sus respectivos barcos, Paulo de Gama y Nicolás Coelho.

Sin saltar en tierra pasearon por delante de la ciudad, admirando sus lindas casas de gusto oriental, y la inmensa llanura sembrada de palmeras y jardines que se extendía detrás de la población.

Al acercarse al muelle principal, vieron llegar al rey acompañado de Fernando y de Jacobo, y seguido de una brillante escolta de caballería.

Inmediatamente atracó Vasco de Gama á una escalerilla de piedra que en el muelle había, y el rey acompañado por los dos portugueses, saltó en el bote, el cual se hizo al largo, dirigiéndose á una cercana playa, donde muchos jinetes, vistosamente engalanados, hacían caracolear sus caballos.

Cuando los botes llegaron frente á la playa, los jinetes, divididos en dos bandos y armados de largas cañas, á guisa de lanzas, empezaron á escaramucear gallardamente imitando un combate.

Terminada la diversion, el rey volvió á pedir á Vasco de Gama que fuese á tierra, porque su

padre que estaba impedido, tendria gran placer en verlo, y que en tanto él y sus hijos quedarian en rehenes, pero el capitán se excusó de nuevo con tanto más motivo, cuanto que Fernando le hizo comprender que no debia fiarse mucho de aquella gente.

Al siguiente dia, queriendo el rey festejar á sus huéspedes, llevó á Jacobo y á Fernando á una cacería, que habia organizado al efecto.

El rey, Fernando, Jacobo y dos favoritos, montaron en una torrecilla de madera, que llevaba sobre sus hombros un elefante.

Delante de la torre, en el cuello del animal, montaba un conductor negro.

Diez elefantes, más de 300 caballos y un número incalculable de infantes y perros seguian á los cazadores, que puestos en marcha, parecian un ejército.

Todo el dia anduvieron atravesando la extensa vega, situada detrás de la ciudad, y por la noche, despues de haber trepado por unas ásperas colinas, se detuvieron en un dilatado valle, en cuyo centro habia una gran laguna.

Durante todo el camino, Jacobo y áun Fernando, no habian dejado de admirar al coloso que los llevaba, sobre su robusto lomo, distantes del suelo 14 piés.

Sorprendíales sobre manera la fuerza, inteligencia y docilidad de aquellos poderosos animales, que con sólo intentarlo, hubieran en dos minutos dispersado con sus fuertes trompas á toda aquella multitud de pigmeos que se atrevian á esclavizarlos.

Se complacian en ver con cuanta facilidad ha-

cian uso de su trompa, larga de 8 piés, y en su nacimiento de 5 de circunferencia.

Aquella inmensa mole llamaba sobre todo la atencion de Jacobo ; y Fernando, cediendo á sus ruegos le dió la siguiente explicacion:

—Esa trompa que tanto te choca, son las manos de este animal tan inteligente como grande, y la admirable facilidad con que hace uso de ella es una muestra de su superioridad.

A su antojo la alarga, la encoge y la hace girar en todas direcciones sin alterar el diámetro de dos canales interiores de que está provista, y en los cuales puede retener cuanto tiempo quiera una porcion de agua, sin que moleste su respiracion.

La extremidad de este organismo está rodeada de un reborde circular sumamente flexible, con el cual coge los objetos que desea con la misma facilidad y sutileza que nosotros pudiéramos hacerlo con la mano.

Entre tanto en la falda de la colina, dominando el valle, se habian colocado numerosas y ricas tiendas, ante cuyas puertas brillaban alegres hogueras.

Más abajo el valle tranquilo y sombrío se extendia á los piés del campamento, limitado á lo léjos por las opuestas colinas que se dibujaban en el despejado cielo con azuladas tintas.

Los portugueses entraron en la tienda que les estaba reservada, y despues de comer se acostaron sobre mullidos tapices, abandonándose confiadamente al sueño.

Mientras los cazadores dormian, algunos árabes marcharon cargados con grandes redes teji-

das con los filamentos de algunas plantas, y las tendieron formando semicírculo al otro extremo del valle, atándolas fuertemente á los más robustos árboles.

Al amanecer, los infantes, aumentados con los paisanos de las aldeas inmediatas, convocados al efecto, formaron dos grandes líneas de batalla, apoyadas en los extremos de la red, de suerte que toda la caza que hubiera en el valle, impedida por los jinetes y elefantes, tenia que ir á parar á la red, pues los caminos laterales que de ella se apartaban los defendian dos líneas de paisanos apostados á lo largo del valle.

Cuando todo estuvo pronto, montó el rey en su elefante, siguiendo todos su ejemplo; se soltaron los perros, y los jinetes empezaron á recorrer el campo á galope, dando fuertes alaridos, tocando trompetas é hiriendo con sus largas lanzas los matorrales.

Detrás marchaban los elefantes y los que los montaban dominaban aquel animado panorama.

El sol iluminaba con sus fulgentes rayos el verde manto que vestia la tierra, oscurecido por los abigarrados trajes de los cazadores.

Parecia que un inmenso rio de diversas y vistosas flores desbordaba en el pintoresco valle.

En el aire, ensordecido por los gritos, canciones, silbidos, trompetas y relinchos de caballos, huian grandes bandas de aves, admiradas de aquel estrépito.

Los habitantes de la llanura, no ménos asombrados que las aves, huian tambien, pero sin poder evitar la suerte que les esperaba.

A la media hora de empezar la batida cruza-

ba el valle, empujada por los cazadores, una nube heterogénea de animales.

Legiones de monos de todos tamaños corrian mezclados con los ligeros antílopes, corzos y gacelas que huían sin temor al feroz tigre que corría á su lado.

Las zebras y las quagas, lanzadas á galope, atropellaban sin piedad á los jabalíes, hienas y zorras, saltando los matorrales con sin igual limpieza.

Entre aquel monton confuso de animales, se veían de vez en cuando algunos monstruosos; pero éstos, en vez de correr hácia la red, se dirigían al lago.

Estos gigantescos cuadrúpedos debían ser terribles, porque los moros que formaban las alas se abrían al verlos llegar, dejándoles el paso libre.

Ellos, convencidos de su importancia ó asombrados por el infernal ruido que se hacía en el valle, cruzaban por entre los moros sin hacerles caso, alcanzaban el lago y se chapuzaban en sus tranquilas aguas.

Frecuentemente se oían lastimeros aullidos, algunos perros volaban por el aire y los jinetes se arremolinaban sobre algún punto.

Después se restablecía el orden y la partida seguía su marcha.

Eran un leon, un tigre, un leopardo ó un gorilla, que cansados de huir, se volvían y atacaban á los cazadores. Pero como estos eran tantos y estaban auxiliados por innumerables perros pequeños, cortos, negros, de orejas tiesas y puntiagudas y de una ferocidad imponderable, el tigre, el leon, leopardo ó gorilla que se revolvió, era

acometido en un instante por todos lados, cubierto por un diluvio de perros, y atravesado por cien lanzas.

Así fué, que aunque se repitieron muchas veces los ataques de este género, las luchas fueron cortas, no hubo desgracias que lamentar y jamás logró una fiera romper la línea de los ojeadores.

Encerrados todos los animales en el semicírculo que formaban las redes, se cerraron estas con otras que al efecto estaban preparadas, y los cazadores empezaron á disparar con sus flechas, por entre las mallas, sobre aquella masa viviente y palpitante.

La matanza duró largo rato, logrando salvarse algunos animales más ligeros que los demás, subiéndose á los árboles ó salvando las redes con poderosos saltos.

Cuando aquella innoble carnicería hubo terminado, se empezaron á separar las reses que el rey repartía á su antojo entre todos los presentes.

Mientras duraba el reparto, Fernando y Jacobo veían desfilar ante el elefante que montaban millares de animales, curiosos todos, muchos de ellos casi desconocidos.

—Mirad, señor, —dijo Jacobo, —qué bonitas mulas. Lástima es que las hayan matado, pues tendría gusto en llevarlas á Portugal, donde seguro no las tiene mejores nuestro buen rey D. Manuel.

—También siento su muerte, —replicó Fernando, —y por eso, en vez de divertirme, me he aburrido en esta gran batida.

—Como que esto no es cazar.

— ¡Cuanto mejor es con el mosquete preparado perseguir la caza, luchar con ella, vencer su ferocidad y darle muerte gozando de mil conmovedoras emociones!

La caza es la imágen de la guerra, y entusiasma á los pechos nobles y esforzados; pero esto es la representacion del cobarde asesinato organizado en grande escala.

— Sin embargo, el medio era bueno para apoderarse de esas bonitas mulas que tan estúpidamente han muerto.

— Es cierto, pero esas que crees mulas, no lo son, y aún me parece que los dos animales que tenemos á la vista, pertenecen á dos variedades distintas.

— Pues yo hubiera jurado que eran mulas.

— Pertenecen al género caballo, pero como ves, son menores que él, y sus formas un término medio entre el asno y el mulo, aunque tienen más brio y ligereza que estos.

Esas que te parecen mulas— prosiguió Fernando— son sin disputa los más hermosos animales africanos.

Los naturalistas los conocen muy poco, porque apenas han tenido ocasion de ver alguno de los que han llevado los naturales de este continente al litoral del Mediterráneo, así es que, según yo he leído, no conocian más que á esa que llaman zebra ó por lo menos la confundian con esta otra (1).

— Pues parecen iguales— observó el marinero.

(1) En efecto, hasta hace poco tiempo los naturalistas han confundido la zebra con la quaga.

—Míralas atentamente y encontrarás muy notables diferencias.

Es cierto que el color es igual; pero verás que la zebra tiene más listas que la otra variedad.

—Es verdad; las listas en ese otro animal (1) terminan en los hijares, son más anchas, su color más pardo que el de la zebra y sus ancas en vez de estar rayadas son más bien manchadas.

—Eso es—dijo Fernando,—pero ahora vamos á pedir al rey que nos dé las pieles; ya que no hemos podido llevar vivo á Portugal tan curioso cuadrúpedo, al ménos nuestros paisanos podrán tener una idea de él.

—¡Qué lástima! ¡Cuanto llamaria la atencion en Lisboa ver una carroza tirada por una de esas lindas parejas!

—Eso es imposible, porque jamás se ha podido domesticar ese animal á quien en los bosques respetan los más feroces.

—¿Cómo se defienden de ellos?

—Con la increíble porcion de coces que disparan en un momento y con los formidables bocados que dan con su dura y ancha boca.

Pero, no obstante, voy á preguntar á uno de estos moros si han intentado alguna vez domesticarlos.

Mientras hacia la pregunta, el rey la oyó y volviéndose á Fernando le contestó:

—No sabes el deseo que siempre he tenido de montar uno de estos animales y lo mucho que he trabajado para conseguirlo.

—¿Pero al fin habeis logrado vuestro objeto?

(1) En la quaga.

— Sí, pero imperfectamente. Primero me procuré algunos animales vivos, lo cual costó mucho trabajo, porque son tan feroces que se dejan ántes matar que coger. Pero con paciencia y maña cogí algunos y los puse en mis cuadras entre los caballos.

Al pronto eran muy ariscos y nadie podia acercarse á ellos; pero poco á poco fueron amansándose hasta el punto de que el que los cuidaba se acercaba á ellos, les daba de comer y los limpiaba como á los demás caballos.

Entonces mandé que todos los dias les pusieran por espacio de algunas horas el freno y la silla, y así logré que al cabo de cierto tiempo se acostumbraran á llevarlas y áun á dar un paseo por el jardin conducidos á mano por su palafrenero.

Creyendo que ya estaban suficientemente domesticados mandé que montara uno el mejor jinete de mi reino; pero tan pronto como se puso en la silla cayó al suelo, sufriendo igual suerte otros muchos.

Este ensayo costó la vida á cuatro picadores.

Entonces cambié de sistema y cogí á las zebras jóvenes, algunas recién nacidas, y las hice criar siempre entre los hombres y acompañadas por mulas y caballos de su edad.

Las zebras, así criadas, eran bastante mansas y me decidí á montar una que por poco me mata, porque cualquiera que sea su educacion tienen un natural intratable, son más viciosas que un caballo salvaje, y más ariscas y testarudas que una mula falsa, no habiendo freno que pueda domar

la dureza de su boca, y el acicate las irrita tanto que las pone frenéticas.

Acabado el reparto plantaron las tiendas al lado de la laguna, y Fernando y Jacobo almorzaron con el rey y sus cortesanos, mientras los moros botaban unas piraguas que habian de servir para la segunda parte de la cacería.

CAPÍTULO XVII.

La caza en el lago.

Poco despues de terminar el almuerzo empezó la cacería en el lago.

Los moros más principales tripularon las canoas, pero el rey se quedó en tierra situándose de suerte que podia ver cómodamente todas las peripecias de aquel drama venatorio.

Fernando y su compañero, despues de obtener la vénia del rey, se embarcaron en una piragua conducida por dos moros.

Uno de estos puso en manos de Fernando un agudo arpon sujeto con una larga cuerda á cuyo extremo estaban atados varios trozos de corcho.

—¿Qué voy á hacer con esto?—preguntó Fernando.

—Cualquiera diria—repuso Jacobo,—que vamos á pescar ballenas.

—Pues mira, tú que has sido ballenero toma el arpon, que siempre sabrás manejarlo mejor que yo,—dijo Fernando pasándolo á su amigo.

—Pero, señor,—observó el marinero algo confuso,—supongo que en este charco no puede haber ballenas ni siquiera tiburones. ¿Qué voy á hacer con este arpon?

—Lo que hagan los demás; creo que no habrás olvidado la manera de lanzarlo.

—No, señor, y apuesto á que ninguno de estos infieles lo arroja con más acierto y fuerza.

—Pues ponte á la proa y haz lo que veas hacer á las otras piraguas, pues parece que va á empezar la batida.

A una señal dada en tierra cayeron todos los remos al agua, y las treinta piraguas que formaban la escuadrilla cazadora hendieron ligeramente las tranquilas aguas del lago dirigiéndose á la opuesta orilla, no léjos de la cual se distinguian multitud de enormes rocas cubiertas de un limo sucio.

Los dos portugueses, colocados en el centro de la línea, miraban con atencion á las piraguas que tenian á los lados.

Comprendian que iban á luchar con un animal gigantesco, pero ni lo conocian, ni sabian su nombre y costumbres.

Aun cuando hablaban bastante bien el árabe para entenderse con los moros, no comprendian muchas palabras, y más cuando estas eran nombres propios de alguna planta ó animal peculiar del país.

Al llegar á la mitad del rio la piragua que formaba la extrema derecha se acercó á una de las peñas que hemos dicho sobresalian del agua en algunos sitios, y cuando estuvo á unas ocho varas, el arponero se puso de pié, blandió su arma y la lanzó contra la roca.

Inmediatamente se hundió la peña en el agua formando un gran remolino; la cuerda se estiró y la boya de corcho empezó á correr por el lago con gran velocidad.

Al mismo tiempo las otras piraguas cambiando de rumbo, procuraban adelantar á la boya y colocarse en el camino que calculaban podriaseguir.

Al poco rato apareció de nuevo la roca en la superficie del agua y cuatro arpones, silbando en el aire, fueron á herirla.

Uno solo se clavó temblando en ella; los demás con la punta embotada cayeron al agua, recogiénolos sus dueños por medio de la cuerda.

El monstruo, al sentirse herido de nuevo, lanzó un poderoso rugido arrojándose sobre la piragua, que, evitando el choque, voló sobre las aguas.

Desde aquel momento quedó rota la formacion.

Todas las piraguas corrian á su antojo buscando al gigantesco habitante dellago, hiriéndolo cuando podian y evitando ligeramente su embestida, porque aquel animal no se dejaba arponear tan pacientemente como la ballena.

Jacobo no sabia aún con qué clase de animal tenia que habérselas; pero eso no le importaba.

Tenia un arpon en la mano, montaba una piragua sólida y ligera, y era todo cuanto podia desear.

Con ojo avizor y en alto su robusto brazo, no se atrevia á respirar ni moverse por no desperdiciar la ocasion de disparar su golpe.

En aquel momento el mundo entero estaba en el lago para el entusiasta ballenero y no hubiera á buen seguro trocado su arpon por el cetro de Portugal.

Fernando gozaba tambien con aquel espectáculo que le indemnizaba de la parte pasiva que habia tomado en la batida de la mañana.

Aquello era una verdadera lucha cuerpo á cuerpo con un monstruo poderoso, terrible y ligero.

El jóven pintor sentado en la popa de la barca

gozaba de las violentas emociones del peligro, que tanto influjo ejercen en las almas bien templadas.

Jacobo no habia tenido aún ocasion de disparar, pero tampoco la esperó mucho tiempo.

Una cabeza enorme con una ancha boca abierta descubriendo unas quijadas de tres cuartas de largo, armadas con ocho dientes incisivos que sobresalian de las encias media vara, surgió del agua á pocos pasos del ballenero.

El arpon disparado por la robusta mano de Jacobo se hundió silbando tras la oreja del monstruo.

Las aguas se agitaron con tal violencia que la frágil embarcacion estuvo á punto de zozobrar.

Despues se fueron haciendo ménos violentas las convulsiones del jigantesco animal, hasta que su cuerpo exánime flotó en medio de una gran mancha de sangre.

Varias piraguas vinieron en auxilio de la que montaban los portugueses, cogieron las cuerdas de los arpones que estaban clavados en el monstruo y atándolas á las popas empezaron á remolcarlo hácia tierra mientras las otras piraguas se alejaban en busca de nuevas víctimas.

El animal que arrastraban las piraguas, á causa de su corpulencia, no pudo llegar á tierra y fué necesario despedazarlo en el agua.

Mientras se hacia esta operacion, Fernando desembarcó y fué á reunirse en la orilla con el rey que habia acudido á ver lo que habian cazado.

Entónces supo que aquellos animales se llamaban caballos marinos y que con su insaciable voracidad hacian mucho daño en las comarcas vecinas, porque destruian los sembrados arrui-

nando á los pobres labradores, por cuyo motivo se daban frecuentes batidas en diversos puntos del reino aunando el placer con el bienestar público.

—De la carne del caballo marino,—añadió el rey,—se alimentan los pobres de estos contornos, porque es muy sana y sabrosa, pero como son tan difíciles de matar, mis vasallos no la probarían jamás, si yo no los ayudara.

El pellejo es sumamente duro y de él se hacen buenas rodelas y látigos, de una cualidad superior á los de toda otra especie.

Segun los cálculos de Fernando, aquel animal no debia ser otro que el hipopótamo, conocido en Europa hacia ya mucho tiempo, y cuya carne recordó que se vendia públicamente en las carnicerías de Egipto, siendo reputada como plato exquisito la lengua y la que se saca del pecho.

Siendo el hipopótamo tan corpulento, más pesado que cuatro ó cinco bueyes, y tan duro su pellejo, la operacion de descuartizarlo duró bastante tiempo, dando lugar al jóven pintor para que lo examinara atentamente.

Es el hipopótamo un anfibio herbívoro tan corpulento que alcanza á veces, si no la altura, al ménos la longitud del elefante.

El que habia matado Jacobo, media 18 piés castellanos, desde la punta de la nariz, al nacimiento de la cola, 16 piés de circunferencia, y 7 de alto, de cuya dimension eran sólo 3 piés la altura de las patas.

La cabeza media 3 piés y 10 pulgadas de larga, y 9 de circunferencia, siendo la abertura de la boca de 2 piés y 7 pulgadas.

Antes que concluyeran de despedazar el ani-

mal, llegaron otros, siguiendo la caza con creciente animacion, y sin más accidente que dos ó tres piraguas que habian sido volcadas por el choque del poderoso anfibio; pero como este pasó sin detenerse, todos los hombres pudieron salvarse, y las piraguas puestas á flote, siguieron la batida.

Terminado el trabajo, Fernando montó de nuevo en su piragua que atravesó el lago velozmente, en busca de nuevos enemigos.

Poco tiempo despues, Jacobo entusiasmado, pudo lanzar su arpon, pero esta vez dió en la parte más dura de la piel y cayó al agua sin producir efecto.

Irritado el ballenero, prosiguió con furia la persecucion del hipopótamo lanzándole otro arpon, pero como la herida no fué grave, el monstruo se sumergió dirigiéndose hácia el centro del lago.

Los remeros de la piragua, entusiasmados tambien, la hicieron volar, de suerte que cuando el animal sacó su cabeza, creyéndose ya libre de enemigos, la piragua estaba cerca de él en medio del lago.

Otras dos ó tres de las más ligeras, se acercaban como flechas y Jacobo, temiendo que otro diera el golpe ántes que él, lanzó su arpon que fué á herir al hipopótamo entre los ojos y la nariz.

Furioso el animal al sentirse herido de nuevo, se arrojó con tanta furia sobre la piragua, que aún cuando los remeros quisieron virar de bordo y esquivar como otras veces el choque, la alcanzó cogiéndola por la mitad con sus enormes quijadas.

Las tablas crugieron al partirse bajo la tre-

menda presión, y la barca violentamente agitada, se deshizo lanzando al agua á los tripulantes.

Tal fué el terrible choque, que Fernando voló por el aire como una vara, cayendo despues sobre el repugnante lomo del hipopótamo, al cual se aseguró con fuerza.

El animal no pareció apercibirse de la carga que tenia encima ó al ménos no hizo caso de ella.

Deseoso de vengarse de sus enemigos é incapaz de distinguir cuáles eran se cebó en la piragua deshaciéndola entre sus poderosas quijadas.

Cuando ya no quedaron más que pequeños fragmentos apercibió á Jacobo y los dos moros que nadaban vigorosamente para alcanzar las otras piraguas que venian en su socorro.

Por desgracia estaban aún bastante léjos.

El hipopótamo alcanzó en un momento á uno de los moros.

Abrió la boca, cogió al desgraciado marinero que no pudo más que lanzar un grito desgarrador y lo dividió en dos pedazos con una fuerte sacudida.

Sin perder momento corrió al otro, le hizo sufrir la misma suerte y se dirigió hácia Jacobo que aún distaba algunas brazas de la piragua más próxima.

Todo esto pasó en ménos tiempo del que hemos tardado en escribirlo.

Fernando, inmóvil por el terror, aseguraba sus crispadas manos á uno de los arpones que el hipopótamo tenia clavados en el lomo.

Habia asistido á la cogida de sus dos marineros y cada una de estas catástrofes habia aumentado su espanto.

Pero cuando vió el peligro de Jacobo y oyó los desesperados gritos de éste pidiendo socorro; olvidando su difícil posición desnudó su daga y se dispuso á herir á su monstruosa cabalgadura.

En aquel momento recordó que la parte vulnerable del hipopótamo es detrás de la oreja.

Alzó la mano y descargó el golpe cuyo efecto fué terrible.

El monstruo se detuvo, lanzó un tremendo rugido y con una fuerte sacudida despidió á su jinete sobre el cual se arrojó furioso.

Fernando sumergido entre dos aguas vió avanzar á su enemigo.

Después sintió como si encima le cayera una montaña y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí estaba en su tienda situada como la noche anterior en la falda de la colina.

Por la puerta entreabierta veía las alegres hogueras del campamento y á su oído llegaban las canciones de los cazadores y el relincho de los caballos.

Más abajo el valle se extendía silencioso y sombrío y las tranquilas aguas del lago reflejaban la luna y el sereno cielo tachonado de estrellas.

En la tienda no había nadie, pero todos los objetos estaban en el mismo sitio en que los cazadores los habían colocado ántes de la batida.

Fernando, cuyo cuerpo estaba dolorido, se preguntaba con afán si había sido juguete de alguna horrible pesadilla.

Aquella gigantesca batida á orillas del lago en la que centenares de animales de toda especie corrian confundidos á encerrarse entre las redes;

aquellas frágiles piraguas que á pesar de su debilidad perseguían y mataban á animales tan fuertes como el hipopótamo, ¿habían existido, ó eran sólo producto de su calenturienta imaginación?

Fernando se inclinaba á creer que había tenido uno de esos sueños pesados y absurdos que persiguen á los que sufren alguna fuerte calentura.

Cerró los ojos y quiso dormirse de nuevo, pero al poco rato oyó ruido.

Miró y vió que Jacobo entraba en la tienda de puntillas con una taza en la mano.

Quiso levantarse y no pudo; todo el cuerpo le dolía de una manera intensa.

—Callaos y permaneced tranquilo,—dijo el honrado marinero.—Ya no hay peligro.

—¿Qué ha sucedido?

—Bebed esta taza de caldo de hipopótamo.

—¡De hipopótamo!

—De buena hemos escapado, pero bebed que todo os lo contaré.

CAPÍTULO XVIII.

Calicut.

Ayudado por Jacobo, se incorporó trabajosamente Fernando sobre los tapices que le servían de lecho, bebió el contenido de la taza, y después de acostarse, interrogó al marino con la mirada.

—Pues señor,—dijo éste rascándose la cabeza,—no creí que en un charco de agua dulce se encontraran animales más terribles que la ballena, bien es verdad, que en este país no hacemos más que ver á cada paso cosas maravillosas.

Mientras el monstruo me perseguía, después de haber devorado á nuestros dos remeros, cuando ya me creía perdido, oí el grito que lanzasteis acompañado de un formidable rugido de la fiera.

Instintivamente me volví y ví que el hipopótamo mortalmente herido, se revolvía en su sangre con espantosas convulsiones y que os tenía cogido entre sus formidables patas.

A este tiempo llegó una piragua, me recogió y en seguida volamos en vuestro socorro.

A nuestra llegada todo había concluido, el hipopótamo y vos flotabais sin movimiento sobre las enrojecidas aguas.

Creíamos que estabais muerto, pero luego notamos con alegría que vuestro corazón palpitaba aún; no teniais ninguna herida y vuestro desmayo debió ser efecto de los fuertes golpes que el

animal os dió con las patas, y de la mucha agua que tragasteis.

En cuanto al hipopótamo, estaba bien muerto; yo mismo saqué de detrás de su oreja vuestra daga que estaba hundida hasta el puño.

El médico del rey acudió al instante, y después de haberos examinado, declaró que vuestro estado no ofrecía peligro.

Por orden suya os conducimos á tierra, donde os colocaron cómodamente tendido en un elefante, y hace una hora que estais aquí.

—¿Y el rey?—preguntó Fernando.

—Está muy disgustado con vuestro accidente, y manifiesta deseos de devolvernos pronto á los barcos, pues teme que si os sucede alguna desgracia, el capitán mayor no le devuelva á su hijo.

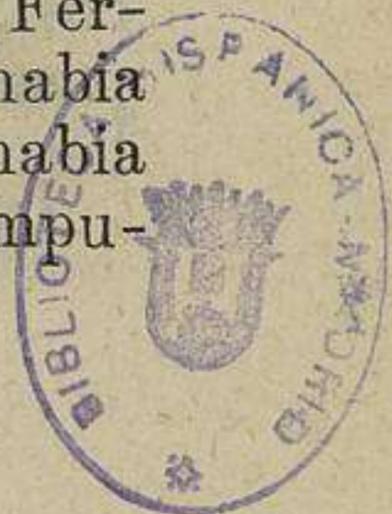
Ahora que ya sabeis lo que ha sucedido,—repuso el marino,—callaos y dormid, que así lo ha dispuesto el médico.

Como realmente Fernando se sentía muy débil, guardó silencio, y al poco rato pudo dormir con un sueño tranquilo que debía serle muy provechoso.

Al otro día se levantó el campamento, poniéndose en marcha para Melinde, á donde llegaron al anochecer.

Inmediatamente ordenó el rey, que con las mayores precauciones, condujeran á Fernando á la capitana y se trajeran á su hijo y al *Sherif*.

Cuando Vasco de Gama vió el estado de Fernando, se apesadumbró mucho porque le había cobrado vivo cariño, pero como vió que había sido un accidente fortuito que no podía impu-



tarse á nadie, dejó partir al príncipe y á su compañero, despidiéndolos con todos los honores debidos á su alta jerarquía.

En cuanto Fernando entró en su camarote, se le declaró una fiebre violenta, y en su delirio pronunció delante de su amigo Gama ciertas palabras que hicieron sospechar á éste, que entre Coelho y el enfermo habian pasado cosas de que él no tenia noticia.

Queriendo aclarar sus sospechas, llamó á Jacobo y le ordenó formalmente que le dijera cuanto sabia.

No atreviéndose Jacobo á desobedecer á su jefe, y siendo por otra parte de parecer que éste debia estar enterado de todas las infamias de Coelho, refirió á Vasco de Gama, punto por punto el robo del bote perpetrado por Sebastian y la traicion que ordenaron en Mombaza.

Al oír la relacion del marinero, Vasco de Gama se irritó sobremanera é hizo prometer á Jacobo que vigilara á los enemigos de Fernando, y que le diera parte de cuanto ocurriera, que él veria el medio de librarlo de las asechanzas del infame Coelho y áun de castigar á éste, á pesar del favor que gozaba en la córte, en cuanto se le presentase oportuna ocasion.

En seguida, como era tarde, se retiró á su camarote dejando á Jacobo al cuidado del enfermo, para lo cual le dispensó de todo servicio.

Al siguiente dia entraron en el rio cuatro barcos y el capitan mayor saltando en su bote fué á pasear por el puerto yendo de paso al costado de los recién venidos que decian ser cristianos indios.

Cuando éstos vieron llegar al capitan mayor

dispararon muchas bombardas, y levantando las manos gritaban con gran alborozo:

— ¡Christe, Christe!

Después de esto pidieron licencia al rey para que les permitiera por la noche festejar á los portugueses, y obtenido que fué el permiso, hicieron muchas fiestas disparando bombardas, lanzando cohetes y dando grandes gritos de regocijo mezclados con canciones.

Los principales jefes, mientras duraba la fiesta, pasaron á la capitana, y después de hablar largo rato, Vasco de Gama les mostró un retablo donde estaban pintados Nuestra Señora al pié de la cruz con el cadáver de su santo Hijo en los brazos, y en torno de ella los Apóstoles.

Los indios, cuando esto vieron, se arrojaron al suelo y empezaron á adorarlo, y mientras los portugueses permanecieron en el puerto, iban diariamente á bordo á hacer sus oraciones y llevaban como piadosa ofrenda clavo, pimienta y perlas que ofrecían con gran fervor (1).

(1) Estas naves de cristianos es muy probable que fuesen, según la opinión de los escritores portugueses Goes y Castanheda, de mercaderes de Cranganor, en la costa de Malabar, entre cuyos habitantes se conserva por tradición el cristianismo, que aunque bastante corrompido, lo observaban algunos pueblos del Indostan.

Los portugueses, que como ya hemos dicho en los primeros capítulos de esta obra, creían en la existencia del Preste Juan, opulento príncipe cristiano, saltando por cima de las herejías que ordinariamente hacían y practicaban los indios, atendiendo sólo á lo que sus deseos les sugieran, los calificaron de perfectos cristianos creyéndolos discípulos del apóstol Santo Tomás.

En esta creencia hicieron grandes esfuerzos para convertirlos á la pureza de la fe católica, como se desprende

Un dia los indios cristianos avisaron á Vasco de Gama con mucho secreto que no fuese á tierra ni se fiase de los moros, porque estaban ordenando alguna maldad.

No costó mucho trabajo al prudente Gama escuchar este aviso, y como tenia pensado salir pronto de aquel puerto para continuar su viaje, aprovechó la visita que aquel mismo dia le hizo un privado del rey, para cogerlo en rehenes y pedir un piloto que lo sacara del puerto.

Tan luego como el bote volvió á tierra con noticia de lo sucedido, mandó el rey un piloto cristiano, y Vasco de Gama dejó marchar al noble prisionero.

Inmediatamente levaron anclas, dirigiéndose, segun las instrucciones que habia recibido Vasco de Gama, hácia Calicut, poniendo la proa al NE.

Aquí adquirió Vasco de Gama algunas noticias que le permitieron completar el trazado de la carta del África.

Segun les dijo el piloto, en aquel lugar la costa corre hácia el N., formando una ensenada muy grande (1), y despues un estrecho muy largo llamado el Mar Rubio (2).

En la ensenada habia muchas ciudades de cris-

de la *Jornada do arcebispo de Goa D. Fr. Aleixo de Menezes as serras do Malabar*, cuyo prelado convocó un sínodo en Diamper para tratar de las creencias y supersticiones de estos llamados cristianos.

A esta misma secta pertenecian sin duda los mercaderes en cuya casa estuvo alojado Fernando en Mombaza.

(1) El Mar Arábigo.

(2) El Mar Rojo. En el manuscrito portugués dice: *Mar Ruyvo*.

tianos y moros, y en el Mar estrecho la casa de la Meca, y más de 600 islas.

Como estos lugares eran ya conocidos de los geógrafos de aquella época, Vasco de Gama siguió su marcha en demanda de Calicut.

Entre tanto, seguía Fernando adelante en su mejoría, y á los siete días de la salida de Melinde pudo abandonar el lecho y dar un paseo por cubierta, agarrado del brazo de su fiel Jacobo, con gran gusto de todos los tripulantes, que apreciaban al jóven por sus desgracias y por el valor con que se habia ofrecido siempre á explorar las regiones desconocidas á donde abordaban.

Ya hacia veintitres días que habian abandonado á Melinde, y desde entónces no habian visto tierra.

Por fin, el 17 de Mayo el vigía señaló una tierra alta y el capitan mayor, aunque estimaba en ocho leguas la distancia que lo separaba de la costa, como era ya algo tarde, mandó sondar, y encontró 45 brazas de fondo, por lo cual hizo virar al SSE., navegando en dicho rumbo toda la noche para evitar los peligros que podia ofrecer la vecindad de una costa desconocida.

Al siguiente día volvieron en demanda de tierra, acercándose á ella lo bastante para que el piloto pudiese tener perfecto conocimiento de ella.

A los dos días de ver la costa, llegaron junto á unas grandes montañas, las cuales reconoció el piloto, y dijo ser unas que dominaban á Calicut, con cuya noticia holgaron mucho los marineros, pues todos estaban ya fastidiados de tan prolongada travesía, y deseaban tener noticias de nuevos países.

Aquella tarde dieron los barcos fondo á dos leguas de la ciudad, cuyas casas blanqueaban sobre el azulado fondo de las montañas, y al otro dia llegaron á ellos cuatro embarcaciones pequeñas, y como no pudieron entenderse de forma alguna, pues el piloto no conocia la lengua que los de Calicut hablaban, se retiraron regresando al siguiente dia, sin que sacaran mejor fruto de su entrevista.

Viendo esto Fernando, que ya estaba casi completamente restablecido, suplicó á Vasco de Gama que lo dejara ir á tierra con aquella gente, y tantas fueron sus instancias, que al fin logró lo que deseaba, embarcándose en seguida en uno de los botes, acompañado de su inseparable Jacobo.

Cuando llegaron á la ciudad los llevaron á una gran plaza, donde habia muchos mercaderes, y entre ellos dos moros de Túnez, á los cuales hablaron largo rato.

Uno de estos se volvió hácia los portugueses, y con avinagrado gesto les preguntó en mal castellano:

—¿Hijos del diablo, quién os trajo acá? (1)
¿Qué venís á buscar tan léjos de vuestra patria?

Trabajo costó á Fernando el contenerse y no contestar al insolente moro como merecia; pero comprendió que toda violencia seria inútil y perjudicial para su país, por lo cual respondió:

—Venimos á buscar cristianos y especiería, y somos portugueses.

—¿Y por qué no vienen á buscarlas los vasallos del rey de Castilla, las naves del de Francia

(1) Histórica toda esta conversacion.

ó las poderosas flotas de la señoría de Venecia?— volvió á preguntar uno de los moros.

Entónces Fernando, queriendo quitar á los moros cualquier duda que tuviesen acerca de su nacionalidad, se irguió cuanto pudo, y con campanuda voz replicó :

—Los súbditos de esos países no vienen ni vendrán aquí, porque no se lo permite mi augusto, noble y poderoso amo, el rey de Portugal.

Los moros, que por razones particulares no sentían muchas simpatías, ni por los españoles, ni por los venecianos, aplaudieron la respuesta del portugués, y lo agasajaron dándole á comer pan y miel.

Despues uno de aquellos moros lo acompañó á bordo, y en cuanto pisó la cubierta, empezó á gritar, haciendo grandes aspavientos:

—¡Bona ventura, bona ventura! muchos robís, muchas esmeraldas. Muchas gracias debeis dar á Dios por haberos traído á tan rica tierra.

Con estas palabras, dichas en un idioma tan semejante al suyo, quedaron los portugueses tan admirados, que ni hablar podían, ni querían creer que tan léjos de su patria pudiera encontrarse un hombre que entendiese su idioma.

Despues de permitir alguna expansion al justo regocijo de los marineros y de festejar al moro, Vasco de Gama mandó levar, y entró aquel mismo dia en el puerto, fondeando cerca de la ciudad.

CAPÍTULO XIX.

Principio de una intriga.

Habiendo sabido Vasco de Gama que el rey de Calicut estaba á 15 leguas de la ciudad, mandó á Fernando y Jacobo que fueran á verlo y le dijeran que estaba allí un embajador del rey de Portugal, del que traia encargo de entregarle unas cartas, y que si el rey queria, iria á verlo el embajador para cumplir las órdenes de su soberano entregándoselas en persona.

Con este recado partieron los enviados y mientras el capitan mayor, para evitar cualquier manejo de Coelho, prohibió terminantemente que ninguno de los individuos de la escuadra bajase á tierra.

Las relaciones entre Vasco de Gama y Coelho jamás habian sido muy amistosas, pues el último aspiraba al mando en jefe de la expedicion, y su despecho no tuvo límites cuando vió que á pesar de la amistad que el rey le profesaba, éste concedia el mando á Gama haciendo justicia á su reconocido talento y pericia en las cosas del mar.

Más tarde cuando Vasco de Gama protegió abiertamente á Fernando contra los malos tratamientos de Coelho, la irritacion de éste no tuvo límites y resolvió vengarse á un tiempo de su jefe, de su rival y del pobre marinero que tan generosamente habia unido su suerte á la de Fernando.

A pesar de su carácter díscolo y altanero, Coelho era prudente, y comprendiendo que no era el más fuerte, porque los marineros todos adoraban á su jefe con tanto entusiasmo, como grande era el odio que le profesaban, resolvió esperar ocasion propicia.

Sabiendo que su estancia en Calicut se prolongaria bastante y que los tunecinos que habitaban la ciudad miraban con desconfianza la llegada de los portugueses, resolvió cambiar en abierta hostilidad esta desconfianza, seguro de que surgirían dificultades que su perverso talento se proponía explotar.

La orden dada por Vasco de Gama despues de la partida de los enviados, vino á echar por tierra sus proyectos haciéndole perder un tiempo precioso, pues lo que él queria era que cuando Vasco de Gama fuese á ver al rey, estuviera ya éste prevenido en contra suya.

A pesar de este inesperado obstáculo, resolvió llevar á cabo sus planes aun á riesgo de desobedecer abiertamente las órdenes de su jefe.

Con esta idea mandó al marinero que le servia que hiciese bajar á su cámara á su criado Sebastian.

Cuando éste llegó le dijo:

—¿Te atreverás á hacer lo que te mande?

—Ya sabe el señor que soy suyo en cuerpo y alma.

—Corriente, no esperaba ménos de tí; mas para que obedezcas con más gusto te diré que vas á trabajar en tu venganza y en la mia.

—¿Qué hay que hacer?

—Avisar á uno de los moros tunecinos que

habitan en la ciudad que venga á verse conmigo á la mayor brevedad y con gran recato, porque sospecho que la órden que ha dado el capitán mayor es sólo para nosotros.

—Tambien lo creo; pero para hacer lo que deseais no necesito ir á tierra.

—¡Cómo!

—Vasco de Gama ha prohibido que bajemos á tierra; pero no impide que los de tierra vengan á bordo.

—¿Quieres acaso mandar un aviso? Eso no conviene; es preciso que esto se haga con el mayor sigilo y no me fio de nadie más que de tí.

—No me habeis comprendido. Entre los que vienen á visitar los buques ha llegado hace un momento uno de los moros que sirvieron de intérpretes al pintorzuelo.

—El diablo nos protege; corre á buscarlo y dile que necesito hablarle en el acto.

—Voy corriendo —dijo Sebastian, y salió precipitadamente de la cámara, subió las escaleras de cuatro en cuatro, y al llegar al puente se detuvo.

Con una rápida ojeada se aseguró de que el tunecino estaba aún en el barco.

Se acercó á él con indolente paso, como hombre que se aburre y busca distracciones.

—Buenos dias —dijo al llegar junto al moro.

—Dios te guarde —replicó éste.

—Parece que te gusta ver los barcos de los cristianos.

—Como aquí no hay muchos, me entretengo en visitarlos, pero ya los he visto algo mejores.

—¡De veras!

— Ya lo creo. En la Goleta hay constantemente más de diez galeras de guerra, que se comerían á ésta en un instante.

— Algo durillos son los portugueses para comidos— respondió sonriendo Sebastian, — pero como creo que en vez de ser enemigos, seremos bastante amigos, te voy á enseñar el barco.

— Sea— contestó el moro, — pero no entiendo cómo un moro y un cristiano pueden ser amigos.

— Tal vez yo te pueda prestar un servicio y tú á mí otro.

— ¿Qué servicio podrias prestarme?

— ¿Quieres saberlo?

— Sí.

— Pues ven conmigo á la cámara de popa y te lo dirá mi capitán.

El moro pareció vacilar algunos segundos; evidentemente temia que le tendieran algun lazo.

Comprendiendo lo que el moro pensaba, le preguntó Sebastian con aire burlon:

— ¿Tienes miedo?

El moro miró con desden á su interlocutor y se limitó á contestar:

— Llévame hácia dónde está ese cristiano.

Sebastian satisfecho, lo condujo á la cámara de Coelho.

Cuando éste los vió entrar, cerró con cuidado la puerta, y brindando al moro con un asiento, empezó á hablar con él en voz baja.

Mientras esto sucedia en el barco de Coelho, Fernando y Jacobo llegaban á tierra, y se dirigian á casa del gobernador de la ciudad, al cual manifestaron la órden que traian de su capitán

y le pidieron escolta y guias para poder ir hácia donde el rey estaba.

El gobernador prometió dar lo que se le pedia, y mientras todo se disponia para la marcha, les ofreció un abundante refresco, que consistia en variadas frutas y licores.

Era el gobernador un hombre como de cuarenta años, de tez cobriza y larga barba lacia.

Su cabeza, cuidadosamente afeitada, estaba cubierta por un bonete cónico, adornado con vistosas plumas; y en las orejas llevaba muchos pendientes de oro.

El traje era sumamente sencillo, pues desde la cintura para arriba estaba completamente desnudo, y el resto del cuerpo lo cubria con una tela de algodón de exquisito tejido.

La señora del gobernador, acompañada por otras damas principales de la ciudad, acudieron al refresco con objeto de examinar más á su placer á los extranjeros, cuyos trajes y blanco rostro chocaban mucho.

Segun le pareció á Fernando, por los gestos que hacian, y por las expresivas miradas que de cuando en cuando le lanzaban, su presencia no disgustaba á aquellas señoras, pero él no las encontraba tan de su gusto.

Generalmente eran feas, pequeñas de cuerpo, y de un moreno verdoso, muy poco agradable.

Las muchas joyas de oro que llevaban al cuello y en los brazos, los aros del mismo metal que cubrian la garganta de sus piés, y los anillos que tapaban casi enteramente sus dedos, todos adornados con multitud de piedras preciosas, contribuian á aumentar su fealdad.

Terminado el refresco, Fernando y Jacobo montaron en dos caballos que esperaban á la puerta, y seguidos por 29 indios á pié, salieron de la ciudad, tomando el camino del palacio que en aquel momento habitaba el rey.

A las dos horas de marcha oyeron por el camino que seguian el furioso galope de un caballo.

Miraron atrás y vieron un jinete moro que avanzaba á galope, pasaba junto á ellos, y se alejaba por el mismo camino que llevaban.

Jacobo y Fernando se miraron con sorpresa.

—¿Has conocido á ese moro?—preguntó Fernando.

—Es el que nos sirvió de intérprete en la plaza de Calicut.

—¿A dónde irá?

—Quién sabe.

—No sé por qué se me figura que corre tanto para adelantarse á nosotros. ¿No reparaste cómo nos miró al pasar?

—Sí señor, pero no he hecho caso; ya sabeis que desde la primera vez que nos vió se mostró uraño con nosotros.

Como, despues de todo, no es un caso raro que unos viajeros encuentren en su camiuro otro que tenga más prisa, Fernando y Jacobo olvidaron pronto al moro y se ocuparon sólo de admirar la corpulencia y frescura de los añosos árboles que componian un espeso bosque, por cuyo centro serpenteaba el camino.

A la tarde salieron del bosque y entraron en una gran llanura cubierta por altas yerbas medio sumergidas en agua cenagosa, por entre la

cual marchaban por un camino hecho con troncos de árboles tendidos horizontalmente.

Al otro extremo de la ciénaga se alzaban unas imponentes ruinas, cerca de las cuales hizo alto la escolta.

Los dos amigos echaron pié á tierra y penetraron en una extensa sala abovedada, cuyas paredes de piedra estaban cubiertas de extraños signos y de figuras de espantosos monstruos.

La escolta y los caballos penetraron en el mismo salon; los soldados hicieron una gran hoguera, pusieron á cocer en ella algunas legumbres, que compartieron con sus huéspedes, y despues todos se entregaron al sueño.

Al siguiente dia bien temprano se pusieron de nuevo en marcha, llegando á la noche á una colina cubierta de copudos árboles, por entre cuyas verdes cimas se descubrian las elegantes torres del castillo real.

A las doce del otro dia fueron recibidos por el rey en un salon, cuyas paredes estaban cubiertas de algodón, plumas de colores, oro y piedras preciosas.

En medio de la estancia estaba el rey, reclinado en una rica camilla, cubierta de terciopelo verde recamado de oro.

En cuanto Fernando entró en la presencia del rey, instruido por un maestro de ceremonias, hizo su reverencia cerrando los puños, juntándolos y levantándolos al cielo.

El rey pareció satisfecho, y arrojando en un gran jarron de oro que á su lado tenia unas yerbas que mascaba, hizo una seña á los europeos para que se acercasen y tomaran asiento en unos

bancos que estaban á una vara distantes de su camilla, á la cual nadie podia acercarse más que su primer ministro.

Despues habló en voz baja á este dignatario, y cogiendo nuevas yerbas de un plato de oro, siguió mascándolas, sin ocuparse más de los portugueses.

El ministro se acercó á éstos, y en voz baja, para no turbar las meditaciones del monarca, les preguntó lo que deseaban.

—Venimos,—le respondió Fernando,—á anunciar á vuestro rey, que el nuestro, que lo es del poderoso reino de Portugal, ha mandado un embajador con cartas, el cual espera en Calicut la vénia de vuestro rey para entregarlas, y desea saber si puede venir aquí.

El ministro, sin responder, se acercó al rey y cambió con él algunas palabras.

—Mi amo—dijo el ministro volviendo al lado de los portugueses—da la bien venida al embajador de vuestro rey y lo recibirá en Calicut.

Los portugueses se inclinaron saliendo de la cámara real, seguidos del ministro, el cual, en nombre del rey, les mandó dar unas piezas de paños muy finos, y les aseguró que el rey iria á la ciudad muy pronto; pero que era preciso que los barcos se mudaran á otro lugar que llamó Pandarany.

—Donde estais ahora—les dijo el ministro,—no es buen puerto, porque está sujeto á grandes borrascas y su fondo de piedras es muy malo.

—Para que hagamos lo que el rey desea, será preciso que tengamos un piloto que nos lleve á ese sitio—replicó Fernando.

—Ya habia pensado en eso—dijo el ministro, —y con la escolta encontrareis un piloto que habla el árabe.

Fernando le dió gracias por su cortesía, y como ya habia terminado su mision, emprendió la marcha hácia Calicut, donde llegó sin novedad dos dias despues.

Inmediatamente pasó á bordo y dió cuenta á Vasco de Gama de su mision, entregándole el regalo que le habian hecho.

Como realmente el fondeadero no parecia muy seguro, el capitan mayor no tuvo dificultad en acceder á los deseos del rey, y mandando levar, tomó el rumbo que le marcó el piloto.

La travesía no duró más que una hora, al cabo de la cual entraron en un puerto profundo y abrigado, en el cual dieron fondo los barcos, pero no tan adentro como el piloto quisiera, pues Vasco de Gama no queria confiarse mucho de aquella gente, y cuidaba siempre de tener segura la retirada.

Fondeados los barcos, se levantó la prohibicion de ir á tierra, y todos los marineros, aprovechando el permiso, desembarcaron en la playa, que estaba cubierta de gente que sin cesar acudia de todas partes á ver á los portugueses.

Entre los que bajaron se hallaba Sebastian; pero al paso que los otros marineros paseaban por la costa ó compraban frutas á la multitud de vendedores que habian acudido, el criado de Coelho, atravesando los grupos sin detenerse, se dirigió á una palmera que se alzaba distante del mar un tiro de ballesta.

Al tronco de la palmera estaba atado un caba-

llo cubierto de espuma y á su lado un moro envuelto en un sulham azul oscuro.

Sebastian se acercó sin vacilar á aquel hombre, como si lo hubiera reconocido desde á bordo.

El portugués y el tunecino se estrecharon las manos amistosamente.

El primero preguntó:

—¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo—respondió el moro.

—¿Y nuestros asuntos?

—Marchan bien; llegué al castillo mucho ántes que los enviados de vuestro capitan y hablé largamente al primer ministro.

—¿Qué te dijo?

—¿Que no sabia lo que el rey determinaria; pero que de todos modos, se respetaria tu amo dejándolo volver á Portugal.

—Eso no es nada.

—Es todo lo que el ministro ha querido decir.

—Muy poco es.

—Me dijo además que tenia que hablar con tu capitan.

—¿Cuándo?

—Tal vez esta tarde; tal vez mañana, porque el rey debe á estas horas estar en la ciudad.

—¿Qué es aquello?—preguntó Sebastian señalando una brillante cabalgata que se acercaba á la costa.

—Lo que te acabó de decir; ese es el *walí* del rey que viene á avisar su llegada.

Sebastian se despidió del moro regresando á los barcos, mientras el tunecino entraba con su caballo del diestro por las calles de Pandarany.

Mientras tanto el walí seguido de 200 jinetes

armados con espadas y adargas llegaba á la orilla del mar, echaba pié á tierra, y embarcándose en una gran lancha abordó á la capitana, donde fué recibido con todos honores debidos á su rango.

El walí dijo á Vasco de Gama que el rey acababa de llegar á su ciudad y que esperaba su visita.

El capitan mayor respondió que ya era muy tarde; pero que al otro dia por la mañana iria á ofrecer sus respetos al rey, con cuyo recado se retiró el walí.

CAPÍTULO XX.

La Embajada.

Al amanecer del siguiente día, que era el 28 de Mayo, fué el capitán mayor á hablar al rey llevando en su compañía 13 hombres de su barco lo mejor vestidos que le fué posible.

Bien quisieron acompañarle otros muchos, pero Vasco de Gama no lo consintió por no desguarnecer sus naos y prohibió terminantemente que mientras él estuviese en tierra desembarcara ninguno.

Esta orden contrarió mucho los proyectos de Coelho, que tenía una cita con el ministro, pero como no podía oponerse abiertamente á su jefe, pareció someterse de buena voluntad y quedó, como segundo jefe que era, encargado de la escuadra.

A las ocho de la mañana bajaron Vasco de Gama y los que habían de acompañarle, á los botes de la escuadra, vistosamente adornados con banderas y armados por mera precaucion con algunas bombardas, y se dirigieron á la playa donde los esperaba el *walí* con sus 200 jinetes y una inmensa multitud de indios y moros.

Los portugueses fueron recibidos con cordial agasajo por el *walí* y sus capitanes, y en seguida trajeron para el capitán mayor unas andas que era el vehículo que en aquella tierra usaban los hombres de valer.

En cuanto subió en ellas Gama, las levantaron en alto seis hombres, y tomaron el camino de Calicut seguidos por la muchedumbre.

En la playa no quedaban más que los marineros que habian venido tripulando los botes, los cuales ántes de regresar á bordo habian querido ver marchar á sus compañeros.

Antes de partir la comitiva uno de estos marineros, Sebastian, se acercó al tunecino que estaba mezclado entre los curiosos.

—¿Cómo no ha venido tu amo?—preguntó el moro.

—El capitan ha prohibido que nadie desembarque.

—¿Es cierto lo que dices?

—Te lo juro por mi alma.

—Lo siento.

—¿Será su ausencia un obstáculo para lo que hemos tratado?

—¿Quién sabe? El rey nos mira con desconfianza, y áun cuando le gustaria apoderarse de vuestras naos, tal vez no se atreva á hacerlo si le falta la ayuda que vuestro capitan ofreció.

—Yo te aseguro que no le faltará. Que el rey no deje volver á bordo á los que han ido á verle, y yo te prometo que mi amo le entregará los dos barcos y con el suyo regresará á Portugal para no volver jamás.

—Por mi parte puedes contar con que haré todo cuanto pueda para lograr que el rey tome esa determinacion; pero quisiera saber dónde podríamos vernos.

—Por la noche vendremos á lo largo de la playa.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos y el moro montó á caballo alejándose á galope, mientras el cristiano regresaba al bote donde ya lo estaban esperando sus compañeros.

Entre tanto la comitiva seguía su marcha acompañada por una multitud que aumentaba de momento en momento con los contingentes de curiosos que mandaban los pueblos del tránsito.

Los portugueses, rodeando á su jefe, marchaban alegres en medio de tanto indio, y tocaban las trompetas cantando al son de ellas sus canciones populares, á las cuales respondían los indios con otras.

A las once llegaron á una ciudad no muy grande que llamaban Capua, y allí aposentaron al capitán mayor en casa de un magnate que les tenía preparado un abundante almuerzo.

Los manjares no eran muy variados; consistían en arroz y pescado cocido con manteca.

Terminado el almuerzo, salieron de la casa y llegaron á un gran río (1).

(1) Es muy difícil saber los nombres que hoy tienen las ciudades descubiertas por Vasco de Gama, no sólo porque muchas de ellas no existen ya, sino porque sirviéndose el célebre marino portugués de intérpretes moros, ellos pronunciaban los nombres á su manera y los portugueses acababan de corromperlos al traducirlos á su idioma. No obstante Calicut, conserva hoy el mismo nombre.

Está situada cerca del lago de Chilpach, y cuando llegaron á ella los portugueses era un reino considerable; pero en 1792 los ingleses despojaron al Zamorin (rey) que tuvo la debilidad de mover sus armas contra Tippu-Saib.

Pandarany ó Pandarin, cuyo nombre dan indistinta-

Allí habia dos grandes barcas amarradas entre sí, de suerte que todos los portugueses cupieron en ellas, acompañándolos los indios en otras muchas que cubrian todo el rio, yendo por tierra los innumerables curiosos que no pudieron embarcarse.

Durante la travesía, que duró una hora, vieron varados en la orilla grandes barcos, y la gente que marchaba por tierra era tanta que no pudieron apreciar nada del paisaje, pues sólo veian una masa viviente que corria al par que ellos.

Por fin desembarcaron; el capitán mayor subió en sus andas y emprendieron la marcha con el mismo orden hasta un inmenso edificio de piedra, el cual dijeron los intérpretes moros que era una iglesia.

Delante de la anchurosa puerta que daba entrada al templo se alzaba un mástil de bronce, tan elevado como el palo mayor de un buque, teniendo en su mitad una especie de gallo hecho del mismo metal.

A la puerta del templo salieron á recibir á los portugueses unos hombres adornados con unas bandas que pendian del hombro izquierdo, atándose por debajo del brazo derecho.

Eran los sacerdotes afectos al culto del templo, y se llamaban *cuafees*.

Los *cuafees* rociaron á los portugueses y sus acompañantes con agua, que los primeros cre-

mente los portugueses al sitio donde fondearon por orden del rey, y Capua, debieron ser ciudades poco importantes que tal vez no existan hoy ó por lo ménos lleven otros nombres.

yeron ser bendita, y despues les repartieron un barro blanco que se pusieron en la frente, porque vieron que los indios lo hacian así con gran devocion.

Concluidas estas ceremonias, Vasco de Gama, que habia bajado de las andas, entró en el templo seguido de los suyos, del walí y algunos otros magnates.

Era el templo un inmenso paralelógramo en cuyo centro se elevaba un elegante templete de sillería cerrado por una puerta de bronce ricamente cincelada á la cual se subia por doce gradas de mármol.

Los *cuafees* dijeron á Vasco de Gama que aquel era el santuario donde se conservaba la sagrada imágen de Nuestra Señora, pero que en él no podia entrar nadie más que ellos.

En torno de la iglesia habia pintados en las paredes una porcion de santos con diademas en la cabeza, pero de tan extraña figura, que más parecian monstruos que habitantes del cielo.

Los dientes eran tan grandes que sobresalian de la boca más de una pulgada, y á más de la fealdad de su rostro, cada santo tenia cuatro ó cinco brazos, con lo que parecian más horribles.

A pesar del extraño aspecto de las imágenes, los portugueses se arrodillaron ante ellas en actitud de orar.

Fernando, que en su calidad de pintor no podia mirar aquellos mamarrachos, se inclinó al oido de Vasco de Gama y le dijo con tonozumbon.

—¿Podríais decirme, capitan, si estamos adorando á Dios ó al diablo?

A lo cual Vasco de Gama replicó sonriendo:

—Si estos, como creo, son diablos, yo por mí adoro sólo al Dios verdadero (1).

Lástima fué que estas sensatas palabras no hubiesen tenido bastante publicidad, y así se hubiera evitado que un autor inglés, al ocuparse de la visita al templo, aprovechara esta ocasion para desahogar la envidia de su país diciendo:

«Tan ligadas están entre sí la ignorancia y la supersticion.»

Si el citado autor hubiera leído á Castanheda, no hubiera tachado de ignorante al gran hombre que enseñó á los ingleses el camino del país de donde han sacado todo su poder; pero aún cuando lo hubiera leído, no por eso dejaría de seguir la conducta tradicional de su nacion, que consiste en aprovecharse de los descubrimientos ajenos y denigrar á sus autores.

Al salir de la iglesia era tanta la multitud apiñada á la puerta, que no cabían en las calles, y aún cuando los soldados procuraban abrir camino distribuyendo sendos palos á las primeras filas de curiosos, las oleadas eran tan grandes, que tuvieron que meter en una casa á los portugueses, para evitar que se asfixiaran.

Viendo esto el *walí* pidió socorro á palacio y al poco rato llegaron con añafles y tambores á la cabeza, una numerosa falanje, que no sin trabajo despejó las avenidas de la casa donde estaban refugiados los portugueses, y éstos pudieron seguir su interrumpida marcha, escoltados lo ménos por 2.000 soldados.

Por fin atravesaron una gran puerta, de donde

(1) Histórico.

no pasó la multitud, y entraron en una extensa explanada, en cuyo centro se elevaba el palacio del rey.

En la puerta principal los recibió un venerable anciano, que era el jefe de los sacerdotes y el consejero del rey en todo cuanto se rozaba con el culto; abrazó á Vasco de Gama en cuanto bajó de las andas y cogiéndolo por la mano, lo condujo hasta la presencia del rey.

Este estaba en el mismo cuarto en que recibió á Fernando, tendido en la misma camilla y mascando incesantemente hojas de betel, lo cual parecia ser su única ocupacion (1).

Al entrar, el capitán mayor hizo su reverencia, segun el ceremonial de la córte, y se sentó en unos escaños preparados para este efecto.

Sentados todos, entraron unos pajes con grandes bandejas de plata llenas de extrañas y delicadas

(1) Los portugueses creyeron que el rey comia unas hojas que llamaban *atambor*, pronunciándose defectuosamente la palabra árabe *tambul*; pero cuando Pedro Alvarez Cabral volvió á Calicut, reconoció que su verdadero nombre era *bettel*, si bien siguió en la creencia de que eran hojas de una planta, cuando sólo era una composicion en la que entraba la planta de este nombre, que es una especie de pimienta.

Esta preparacion es muy usada en las Indias, Malabar y en toda el Asia meridional, donde se hace de ella un gran consumo.

Se confecciona con polvo de la pimienta (*bettel*), de donde toma el nombre, con nuez de arec (*areca catechu* de Linneo y *areca faufel* de Gœrtnez) y cal.

Los orientales atribuyen á esta composicion propiedades estomacales y digestivas muy pronunciadas.

La nuez de arec es en efecto un excitante y un astringente energético.

frutas, de las cuales sirvieron á los portugueses.

Terminado el refresco, el rey mandó á Vasco de Gama que dijese á su primer ministro la embajada que de su soberano traia; pero el capitán mayor respondió, que siendo enviado del rey de Portugal, no trataria con nadie sino con el soberano de Calicut en persona.

Viendo su resolución, el rey se levantó perezosamente de su camilla pasando á otra habitacion seguido de su ministro.

Al poco rato apareció éste, y anunció que el rey estaba dispuesto á recibir la embajada.

Vasco de Gama siguió al ministro y encontró al rey que habia aprovechado el tiempo, acostándose en otra camilla.

En cuanto vió entrar al capitán, le preguntó por medio del intérprete qué deseaba.

—Vengo, señor—dijo Vasco de Gama,—enviado por mi soberano el rey de Portugal, cuyo reino es el mayor y más rico de Europa á ofrecer su amistad á V. A.

—¿Cómo sabia tu rey que yo existia?—preguntó algo admirado el monarca índio.

—Hace más de sesenta años que los soberanos de Portugal saben que en este país hay un reino poblado por cristianos—replicó Vasco de Gama,—y con deseo de ponerse en relaciones con ellos, han mandado á descubrir á muchos esforzados capitanes, tocándome á mí la alta honra de llegar hasta los piés de vuestro excelso trono.

Mi rey—añadió,—me ha dado dos cartas que mañana entregaré á V. A., y de palabra me encargó os dijese que quiere teneros por su amigo y hermano.

—Muy bien—contestó el rey, —podeis asegurarle que yo lo estimaré del mismo modo, como se lo dirá un embajador que pienso enviarle.

—Me hará en ello V. A. una gran merced, pues no me atreveria á volver á mi tierra, sin llevar á mi señor cosa que será tan de su agrado.

De esta y otras cosas estuvieron hablando el rey y Vasco de Gama hasta ya bien entrada la noche en que el rey lo despidió.

Cuando salieron de palacio, á pesar de lo avanzado de la noche y de la espesa lluvia que caia á torrentes, encontraron las calles llenas de gente, y á través de la multitud llegaron á un gran edificio que les habian destinado para morada, encontrando en él dos marineros portugueses que cuidaban del equipaje y de algunos objetos que habian traído con intento de regalarlos al rey.

CAPÍTULO XXI.

La situacion se complica.

A las doce del siguiente dia fué el factor del rey al alojamiento de Vasco de Gama, y éste hizo que le enseñaran el regalo que destinaba al Zamorin (rey) el cual consistia en lo siguiente:

- 12 piezas de algodón listadas.
- 4 capuces de grana.
- 6 sombreros.
- 4 sartas de corales.
- 1 fardo conteniendo seis vacías de loza.
- 1 caja de azúcar.
- 2 barriles de aceite.
- 2 Idem de miel.

Otra cosa esperaba el factor del embajador de un reino tan poderoso como Portugal, así es que al ver el regalo, sin poderse contener soltó la carcajada, y despuesque se hubo serenado preguntó á Vasco de Gama:

—¿Pero es cierto que destinas este regalo al Zamorin?

Vasco de Gama movió afirmativamente la cabeza mientras que los portugueses con el rostro encendido de vergüenza miraban atentamente al factor, como si temieran ver salir de sus labios otro nuevo insulto.

Aunque el factor comprendió por sus rostros lo que en sus pechos pasaba, no por eso se reportó;

antes bien con irónico acentó prosiguió dirigiéndose á los suyos:

—Mirad el presente que estos extranjeros traen á nuestro monarca; no lo traeria más mezquino el más pobre mercader de la Meca.

—De seguro—dijo el tunecino que estaba presente,—en su tierra no comen azúcar y miel sino en las grandes ocasiones.

—Mal se une esto con las ponderaciones que ha hecho del poder y riqueza de su señor.

—Tal vez—añadió el tunecino—ni exista tal rey.

Los portugueses, corridos y encolerizados, no podian ya contenerse, y hubieran atropellado por todo á no haberlos contenido su capitán.

Vasco de Gama avanzó hasta el factor, y separando á los que rodeaban el regalo burlándose de él, gritó:

—Decid á vuestro rey que no traigo oro sino hierro, que soy soldado y no mercader.

Este regalo tan pobre como es, está compuesto de cosas que llevamos á bordo para nuestro uso, y si nos privábamos de ellas era para demostrar nuestra amistad al Zamorin dándole de lo que tenemos; pero puesto que lo encontrais pobre, no daré nada.

—Es costumbre hacer un regalo—observó el factor.

—Para los mercaderes tal vez; pero no para los embajadores.

—Pero...—quiso decir el factor.

—Callaos—gritó Vasco de Gama con imperioso acento.

Decid á vuestro soberano que deseo verlo para

entregarle las cartas que para él me dió el rey de Portugal, y que despues regresaré á mis buques, pues no quiero permanecer ni un momento más en un país donde no se me guardan las consideraciones debidas al elevado carácter de que estoy revestido.

Salid—añadió señalando la puerta con noble ademan.

Los indios viendo en el rostro de los portugueses reflejada la indignacion y el enojo, bajaron la cabeza y salieron silenciosos de la casa.

Tan alegre, como los indios cabizbajos, salió tras ellos el tunecino frotándose las manos.

En la calle se encontró con otros dos moros que le dijeron:

—*Slama*, Sidi Abdalá.

—*Smalicum* (1)—contestó el aludido.

—¿Cómo van nuestros negocios?—preguntó uno de los moros.

—Muy bien—respondió Abdalá.

—¿Vendrán los perros cristianos á hacernos concurrencia en nuestro comercio?—interrogó el otro.

—No lo creo, y se me figura que tal vez no salgan de aquí.

Además del capitan cristiano que ha prometido ayudarnos, la casualidad nos protege.

El jefe de esos perros ha traído un regalo ridículamente mezquino, y el factor no lo ha querido aceptar.

—Ya lo creo,—dijo uno de los moros—como

(1) —Dios sea contigo, señor Abdalá.

—Dios sea con vosotros.

que se guarda casi todos los regalos que tenemos obligacion de traer cada vez que venimos aquí con mercancías.

—Viendo que el factor despreciaba el presente,—añadió Sidi-Abdalá—el jefe portugués se irritó sobre manera y con destempladas palabras arrojó al factor de su posada y pidió ver al rey.

—¡Magnífico!—gritó uno de los moros—ahora el factor ofendido hablará al Zamorin en contra de los cristianos.

—Y como ya está prevenido...

—Os digo que no ha de volver uno solo á Portugal,—añadió Abdalá.—Sin embargo, no es prudente dejarlo todo á la casualidad, es preciso poner algo de nuestra parte.

—¿Qué hay que hacer?

—Ya sabeis que hay un capitán cristiano que nos ayuda.

—Sí.

—Nos valdremos de él en todo cuanto nos sea útil; pero es preciso que no regrese á Portugal uno solo de estos aventureros, porque entónces todo se ha perdido.

Si alguno llega allá ponderará las riquezas de este país; vendrán nuevos barcos y ya no seremos nosotros los únicos proveedores de Europa y nuestras naves, perseguidas por las de los cristianos, no podrán cruzar como reinas estos mares que de derecho nos pertenecen.

—Es cierto.

—Pues para evitarlo vamos á hacer una cosa. Tú, Ben-Farrach, partirás inmediatamente á la Meca, armarás toda la gente que puedas y vendrás con ella á toda prisa. Si aún están aquí los

cristianos nos apoderamos de ellos; si, como espero, están cautivos y sus naves destruidas, no habremos perdido el viaje, pues cuidarás de traerte cuantas mercancías puedas.

Tambien voy á confiarte otra mision Sidi-Mustafá,—prosiguió dirigiéndose al otro moro.

—¿Cuál es?—preguntó el aludido.

—Vas á ir á las islas Lacadivas y á todas las que están entre este puerto y Goa.

—Corriente.

—Allí levantarás los ánimos contra los cristianos y tratarás de que armen contra ellos cuantos barcos puedan.

—No me será difícil, pues hay en esas islas muchos moros.

—¿Para qué tantas precauciones?—preguntó Ben-Farrach que no parecia tener muchos deseos de hacer el viaje á Meca.—¿No está resuelto que el Zamorin se apoderará de ellos y de los buques?

—Sí.

—Pues entónces no entiendo por qué quieres reunir aquí tantos barcos.

—Lo que tú no entiendes es á esta gente. Ya sabes cuán débiles é indolentes son, y áun cuando yo procuro excitarlos contra los cristianos, á lo mejor pueden ceder y todo se ha perdido.

—Tiene razon Sidi-Abdalá—dijo Mustafá;—cumplamos cada uno nuestro encargo y el Profeta permita que caigan en nuestro poder esos descreidos.

—Dios lo quiera—contestó Ben-Farrach,—por mi parte saldré hoy mismo para la Meca.

—Yo—dijo Mustafá,—parto á recorrer las islas.

—Pues que Dios y su santo profeta protejan nuestra empresa. Yo corro á palacio á ver qué efecto ha causado al rey el relato de su factor, y no perderé ocasion de dañar á los cristianos.

Los tres moros cambiaron un apretón de manos, y se separaron tomando distintas direcciones.

Entre tanto, los portugueses, enojados por el desaire que habian sufrido, y temerosos por el giro que pudieran tomar los acontecimientos, esperaban con impaciencia noticias de palacio.

Por medida de precaucion, dispuso Vasco de Gama que nadie saliera del alojamiento.

Todo el dia trascurrió sin que se presentara un solo indio en la posada.

Los marineros, al principio, participaron de la inquietud del capitan, pero muy luego, como hombres que estaban acostumbrados á medir de cerca los peligros, y á no preocuparse del futuro por más que éste fuera poco halagüeno, desecharon su inquietud, y comenzaron á cantar y danzar por los patios con tanta alegría y descuido como si estuvieran en Lisboa,

Al siguiente dia por la mañana llegó al alojamiento el walí, acompañado de Sidi-Abdalá, como intérprete y de una fuerte escolta, declaró á Vasco de Gama que tenia órden de llevarlo á palacio.

Sin hacer ninguna objecion, le siguieron los portugueses chocándoles sólo el gran número de hombres de armas que por todas partes veian.

Llegados á palacio, los tuvieron esperando á la puerta por espacio de cuatro horas.

Por fin se abrió la puerta, pero el jefe que la

guardaba declaró que no dejaría pasar más que á Vasco de Gama y á dos de los suyos.

Al oír esta orden, murmuraron los portugueses, y pidieron á su capitán que se retirara sin ver al rey que con tan pocos miramientos lo trataba, y que se volvieran á bordo.

Vasco de Gama les impuso silencio, y designó para que le acompañaran á Fernando y á un marinero distinguido llamado Martinz.

Llegados á presencia del rey lo encontraron acostado en la camilla mascando el *bettel*.

—¿Cómo no habeis venido ayer?—preguntó el Zamorin.

—Señor—respondió Vasco de Gama,— estuve todo el día esperando que V. A. me concediera la audiencia que le pedí por medio de su factor, y hasta hoy no se me ha concedido.

El rey pareció contrariado y guardó silencio algunos instantes, después frunciendo el ceño dijo:

—¿Cómo es que siendo de un reino tan rico, no me has traído nada, y ni aún me has dado las cartas que dices traes de tu rey?

—No he traído nada—replicó Vasco de Gama,— porque no hemos venido sino á ver y descubrir; pero cuando aquí vuelvan otros barcos portugueses, ya verá V. A. cómo le traen cosas que merezcan su agrado. Ahora, sin embargo, os destinábamos un presente, compuesto de las únicas cosas que tenemos á bordo, pero el factor de V. A. no ha querido recibirlo.

—Porque me destinabas un regalo indigno de mí.

—No tengo otra cosa.

—Eso es falso, sé muy bien que tienes una imágen de oro y no me la ofreciste.

—Han informado mal á V. A.—replicó friamente Vasco de Gama.—La imágen de que han hablado á V. A., es la de Nuestra Señora Santa María, y no es de oro; pero áun cuando lo fuera, no la daría á nadie, porque ella nos trajo hasta aquí á través de los mares, y del mismo modo nos llevará sanos y salvos á nuestra patria.

Por lo demás, señor, no he venido aquí á dar ni recibir regalos, sino á entregar á V. A. estas cartas que, por conducto mio, le dirige el muy alto y poderoso rey de Portugal.

Admirado el Zamorin al ver la firmeza de Vasco de Gama, tomó las cartas que éste le alargaba, y pasó por ellas la vista.

Pero como una estaba escrita en portugués, y la otra en árabe, mandó venir cuatro moros y que por separado se la leyeran, mostrándose tan contento con su contenido, que volviendo el rostro hácia Vasco de Gama, despues de terminada la cuádruple lectura, le preguntó con agrado:

—¿Qué mercancías hay en tu tierra?

—Mucho trigo, paños finísimos, oro, plata, hierro, bronce y otras mil cosas á cual más ricas.

—¿Traes alguna de esas mercancías?

—No señor; solamente traigo algunas muestras, y si V. A. me permite ir á bordo, yo mandaré sacar á tierra lo que tengo y entre tanto, quedarán en mi alojamiento los hombres que V. A. señale.

—No es necesario,—dijo el rey,—puedes marcharte tú y tus hombres, y traer la mercancía á tierra cuando quieras.

Terminada con esto la entrevista, se despidió del rey, y reuniéndose con sus marineros, regresaron todos al alojamiento, alegres al ver que el horizonte de sus asuntos se limpiaba de las oscuras nubes que lo empañaban.

Por ser ya tarde, difirieron la partida para el siguiente día, y todos durmieron aquella noche con gran tranquilidad, porque esperaban bien pronto volver á sus barcos sanos y salvos.

Cuando los rayos del sol empezaron á dorar las elevadas torres de los templos de Calicut, los portugueses, dejando el lecho, empezaron á prepararlo todo para la partida.

Los indios que el Zamorin habia mandado para acompañarlos, trajeron para el capitán mayor un caballo sin silla, pero Vasco de Gama rehusó montar en él, exigiendo que le trajeran unas andas como el día que desembarcó.

Vista su resistencia, un rico mercader que estaba presente, llamado Guzerate, mandó traer de su casa unas andas, y la comitiva se puso en marcha, seguida de tanta gente, que en un momento quedó separado Vasco de Gama de sus 13 hombres.

Viendo los esfuerzos que los portugueses hacían por romper por entre la multitud y alcanzar á su jefe, un moro se acercó á Fernando, y le dijo que él los llevaría por un atajo, hasta donde podrían alcanzar á la comitiva, en sitio más ancho y despejado.

Fernando comunicó la proposición á sus compañeros y aceptada por éstos, siguieron al moro durante una hora.

Al cabo de este tiempo, como anduviesen por

un espeso é intrincado bosque, desapareció repentinamente el guía dejándolos perdidos.

Despues de andar algunas horas por el bosque, lograron salir de él, y dirigiéndose, guiados por el sol, hácia el O. vieron venir mucha gente á caballo, que parecia buscarlos.

Cuando los jinetes los alcanzaron, uno de ellos, que hablaba el árabe, les dijo que venian en su busca por órden del walí, para conducirlos al lado de su capitan que los esperaba impaciente.

Con esta noticia sacaron los portugueses fuerzas de flaqueza, y llegaron á Pandarany donde encontraron á su jefe en un gran edificio, cuyas puertas estaban guardadas por numerosos grupos de gente armada.

Vasco de Gama se alegró mucho con su vuelta, porque ya no contaba con volverlos á ver, y les anunció que los indios le habian querido obligar á entregar los barcos, y que vista su negativa, le habian encerrado en aquella casa.

CAPÍTULO XXII.

La evasión.

Desde la azotea de la casa donde estaban encerrados, descubrió Fernando un bote que costaba la tierra, recatándose de ser visto; llamó sobre él la atención de Vasco de Gama, y reconocieron que era de los barcos, pero á causa de la distancia, no pudieron conocer á los tripulantes.

—Tal vez sea mi hermano—dijo Vasco de Gama,—que alarmado por mi larga ausencia, viene á buscar noticias mías.

—Sensible seria que lo descubrieran—repuso Fernando,—pero ellos deben saber algo de lo que sucede, pues veo que andan con precaucion.

—Tienen la ventaja de que ya casi es de noche; sin embargo, si pudiéramos avisar lo que ocurre.

—¿Quereis que lo intente?

—Seria una locura, guardados como estamos; expondríamos sin fruto vuestra vida.

—Sin embargo—replicó Fernando,—podríamos ensayar y tal vez lograríamos la libertad de todos. ¿Quién sabe lo que estos traidores piensan hacer con nosotros?

Luego, viendo que su jefe vacilaba, añadió:

—Vuestro deber es permitirme intentar la fuga; es cierto que arriesgo mi vida, pero tal vez consiga librar á mis compañeros y llevar á cabo la

empresa que tantos dias de gloria y poder dará á nuestra patria.

— Sois un valiente, — dijo Vasco de Gama estrechando con efusion la mano del jóven.

— Es decir, que me dais permiso.

— Es necesario; pero ántes de partir, os daré por escrito mis instrucciones. En tanto cerrará la noche y su oscuridad facilitará vuestra empresa disminuyendo los peligros.

Los dos hombres bajaron de la azotea á la extensa habitacion que ocupaban los prisioneros, y Vasco de Gama, llamando á su escribiente Diego Diaz, lo llevó á un rincon y empezó en voz baja á dictarle sus órdenes, que el otro escribia apoyando el papel en la rodilla.

Terminada la carta, Vasco de Gama se la entregó á Fernando diciéndole:

— Si llegais á los barcos, os presentais á mi hermano y le direis de parte mia, que reuna consejo de oficiales y cuando estén todos juntos, entregareis este pliego.

Además, aquí teneis una órden firmada de mi puño y sellada con mis armas. Si como creo, Coelho intenta poner obstáculos á mis órdenes, lo hareis prender, segun en ellas os mando.

— Siento mucho que me deis esta comision; siendo mi enemigo personal, creerá que he intrigado con vos para obtenerla.

— No importa.

— Me repugna encargarme de esta órden.

— Si pudiera eximiros de ella lo haria, pero creo que vos sois el único que podeis llegar á bordo.

Sé lo que ha hecho Coelho en Mombaza, y

sospecho que tiene alguna culpa en lo que nos sucede.

Como jefe, os mando que partais inmediatamente y sin replicarme; como amigo, os deseo buen éxito y os pido los brazos.

Fernando abrazó conmovido al ilustre marino.

Despues fué á despedirse de Jacobo, pero éste no se conformó con la separacion.

Pidió, rogó, suplicó á su amigo que lo llevara con él, y viendo que no podia lograrlo se arrojó á los piés de Vasco de Gama, y con lágrimas en los ojos le instó para que le permitiera acompañar al pintor.

Conmovido Vasco de Gama al ver llorar como un niño á aquel valiente marinero, que miraba sin pestañear el más terrible peligro, lo alzó bondadosamente del suelo y dirigiéndose á Fernando, dijo:

—Podeis llevar á Jacobo, tal vez os sirva de algo; de todos modos siendo dos podreis salir mejor de cualquier apuro.

Arreglado este asunto á satisfaccion de todos, se empezó á tratar de los medios de salir del encierro.

La noche estaba ya bastante adelantada y la puerta de la escalera, que conducia á la azotea cerrada.

Dentro de la habitacion habia 25 centinelas armados de lanzas y hachas.

El encierro no tenia ventanas, ni más salidas que la puerta que daba á la azotea, y la de la calle, pero las dos además de estar cerradas eran constantemente vigiladas.

Fernando se fijó en la chimenea que estaba

en un extremo de la estancia, su campana era muy baja y el cañon bastante ancho para dar paso á un hombre.

Cuando se disponia á escalarlo se abrió la puerta con estrépito y los dos portugueses, abandonando su empresa, se mezclaron con los demás que formando corro procuraban ocultar sus movimientos.

En la puerta aparecieron 12 indios cargados de arroz y gallinas.

Era la comida que diariamente traian á aquella hora á los guardias y prisioneros.

Todos se pusieron á comer con gran apetito, y terminada la comida, Vasco de Gama ordenó á los suyos que tocaran las trompetas y se pusieran á bailar.

Llevaron las luces junto á la puerta principal y empezó el baile dando ejemplo Vasco de Gama.

Los indios miraban alegres este espectáculo y parecian celebrar entre sí el buen humor de sus prisioneros.

Al poco rato Fernando y Jacobo aprovechando la distraccion de sus guardianes se deslizaron en silencio hácia la chimenea, y desaparecieron bajo su oscura campana.

Fernando subió sobre los hombros de Jacobo y empezó á trepar por el oscuro cañon.

Cinco minutos despues habia salido al aire libre y el marinero, tan tiznado de hollin como él, estaba á su lado.

Por el conducto de la chimenea llegaba hasta ellos el sonido de las trompetas, los alegres cantos de los portugueses y las carcajadas de los indios.

Despues de haberse detenido algunos minutos para respirar empezaron á arrastrarse por la azotea hasta que llegaron al borde.

La azotea, como la generalidad de las de Oriente, no tenia parapeto; así es que les fué fácil asomar la cabeza y examinar las calles, que felizmente parecian desiertas.

Se dejaron caer, rozando con las paredes para amortiguar el golpe, y una vez en la calle se deslizaron silenciosamente á la sombra de las casas.

Llegaron al mar y anduvieron largo rato por la orilla en direccion hácia el sitio donde por la tarde habia visto Fernando al bote portugués.

A la vuelta de un recodo, á un tiro de arcabuz delante de ellos, vieron dos sombras á orillas del mar.

Se acercaron con precaucion, ocultándose entre las rocas, y llegaron sin ser sentidos bastante cerca para oir lo que hablaban, ya que la oscuridad de la noche no permitia reconocerlas.

Detrás de las dos sombras, varado en la playa, habia un pequeño esquife.

Los dos interlocutores se expresaban en castellano, de suerte que Fernando y Jacobo no perdian una sola palabra.

—Te aseguro—decia una de las sombras—que están presos y que el Zamorin no les dejará partir hasta que el capitan haya dado orden á sus barcos de encallar, porque quiere apoderarse de ellos y de cuanto hay dentro.

—Eso no lo hará nunca Vasco de Gama—repuso el otro, en cuya voz reconocieron á Sebastian Ferrao.

—Por eso he venido á verte, para que digas á

tu amo que ahora es la ocasion de mandar venir á tierra á las otras naos.

—Eso no lo puede hacer Coelho.

—¿Por qué?

—Porque no le obedecerán.

—¿No es el jefe?

—Sí; pero los otros no querrán exponerse á un peligro cierto y será preciso que los acompañe para darles ejemplo.

—Que venga en buen hora; ¿no tiene mi palabra y la del Zamorin?

—¡Hum!—replicó Sebastian que no parecia muy convencido de la sinceridad de tales promesas.

Fernando y Jacobo habian oido lo bastante, y no quisieron escuchar más; lanzándose sobre aquellos malvados, los arrojaron al suelo en un momento, los maniataron y taparon las bocas, metiéndoles dentro los pañuelos para evitar que gritasen.

En seguida pusieron á flote el esquife, colocaron en él á los prisioneros, y se alejaron de la playa.

Apenas habian andado unas cuantas brazas aparecieron corriendo en la playa infinidad de indios armados; á lo largo de la costa venian algunas almadías.

Indudablemente habia sido descubierta la fuga de los prisioneros, y se les perseguia; pero éstos tenian bastante delantera, y pudieron ponerse bajo el fuego de los barcos, ántes que las almadías los alcanzaran.

Viendo que ya no podian alcanzarlos, se volvieron los indios, no sin haberles disparado ántes

multitud de flechas, de las que sólo dos alcanzaron al esquife, pero sin hacer daño á sus tripulantes.

El ruido de la persecucion despertó á los portugueses, y los tres barcos se prepararon á proteger la fuga de sus compatriotas, saludándolos con entusiastas vítores.

Fernando atracó al costado del barco que mandaba Pablo de Gama, y le comunicó las órdenes que traia de su hermano.

Inmediatamente se mandó avisar á los oficiales que habian de formar el consejo, concurriendo todos á la cita, excepto Coelho, que no sólo no se presentó, sino que envió un marinero á Pablo de Gama para que le remitiera en clase de presos á los que habian llegado en el esquife.

Entónces Fernando tomó la palabra para pintar á los oficiales reunidos la recepcion que del rey habia recibido la embajada, la dura prision en que estaban, y la conversacion que en la playa habian tenido Sebastian y el moro.

Despues les mostró la órden de arresto que traia contra Coelho, y todos resolvieron ejecutarla, para lo cual marcharon en su busca.

Como la marinería odiaba bastante á Coelho, cuyo trato á bordo era cruel, su prision se llevó á cabo sin dificultad, tomando el segundo el mando del buque, y en seguida se reunió el consejo, ante el cual se abrió y leyó la órden de Vasco de Gama destituyendo á Coelho del mando de la escuadra, que conferia á Pablo, á cuyo cargo quedaba el cuidado de procurar la libertad de los prisioneros; y si no podia lograrlo, le mandaba que diese la vuelta á Portugal, para

poner en conocimiento del rey lo que habia sucedido.

Enterado el consejo de esta órden, se puso á deliberar, concluyendo á las altas horas de la noche.

Al siguiente dia, por disposicion del consejo de oficiales, tomaron declaracion al moro; pero como éste se negara á declarar, se le dió tormento, que por no tener á bordo los instrumentos necesarios, consistió en dejar caer gota á gota en las piernas del paciente plomo derretido.

A la tercera gota el moro declaró que estaba en relaciones con Sebastian y con el capitan Coelho para hacer desaparecer á Fernando y á Vasco, en premio de cuyo servicio, Coelho se comprometia á entregar á los indios la capitana y el barco de Pablo de Gama, concluyendo por asegurar que de un momento á otro llegarían varios barcos moros para apresar á los portugueses.

Sebastian fué más duro, pero no pudo aguantar el insufrible dolor de las quemaduras, y despues de haberle echado media docena de gotas, confirmó la declaracion del moro en cuanto él sabia.

La indignacion de los portugueses no tuvo límites al saber tal infamia, y algunos propusieron que se colgaran á los tres criminales en las vergas; pero la mayoría fué de parecer que se reservara el castigo hasta que se consiguiera la libertad del capitan mayor, y si esto no se podia lograr y tenían que volverse á Portugal, á su llegada lo entregarán al rey.

Zanjado este asunto, la escuadra levó anclas haciéndose al mar donde estuvo todo el dia.

A la noche se acercó á tierra, dando fondo cerca de Calicut sin ser sentidos de los indios.

Se echaron tres botes al agua, y tripulándolos hombres resueltos, bien armados de mosquetes y ballestas, marcharon en silencio hácia tierra.

Cuando desembarcaron, se dividieron en tres pelotones de á 20 hombres cada uno, y marcharon en distintas direcciones por las desiertas calles de Calicut.

¿Qué iban á hacer los portugueses á aquella hora en una ciudad enemiga?

Pronto lo veremos siguiendo el grupo que capitaneaba Fernando.

Andaba silencioso por las principales calles de la ciudad, y cuando encontraba alguna casa de rica apariencia, se detenía, la rodeaba con su gente, y despues forzando la puerta, penetraba en ella apoderándose de todos sus habitantes.

Despues de haber ejecutado esta maniobra, en dos ó tres casas, marcharon hácia la plaza principal, donde ya habian llegado las otras dos columnas y tenian rodeada la iglesia.

El asalto de esta costó más trabajo, pero al fin lograron penetrar en ella, y se apoderaron de seis *cuafees*, con los cuales y el resto de los prisioneros, cuyo número era mayor que el de los portugueses, regresaron á bordo.

Por desgracia, la puerta de la iglesia, resistió largo tiempo, y el pueblo alarmado ya con los asaltos que anteriormente habian sufrido las casas más principales, tuvo lugar de acudir á la plaza y calles del tránsito, todos armados y en actitud hostil.

Viendo esto Pablo de Gama, dispuso que los

prisioneros bien atados, se colocaran en el centro, y distribuyendo los arcabuces á vanguardia y retaguardia de su pequeña columna, operó su retirada hácia la playa.

Los indios al principio no opusieron obstáculo serio, pero al salir de la ciudad, encontraron los portugueses ocupada la calle con un numeroso grupo de gente armada con lanzas, espadas y hachas y al parecer dispuesto á cerrarles el paso, sucediendo lo mismo á sus espaldas.

Sin embargo, aún no se habia dado el primer golpe, todavía no habia corrido la sangre, y Pablo de Gama comprendió que vertida la primera gota, se derramaria á torrentes.

Queriendo evitar un combate, cuyo éxito, cualquiera que fuese, no podia ménos de perjudicar sus intentos, se acercó á los *cuafees* y por medio de un moro que se hallaba entre los prisioneros, les aseguró, que la primera flecha disparada por los indios, seria la señal de su muerte, y les invitó á que les dijera que no les haria daño, y que sólo deseaba tenerlos á bordo para que le sirvieran de garantía mientras el rey no devolvía á su hermano y los demás portugueses que estaban cautivos.

Asustados los *cuafees*, empezaron á arengar á la multitud y sin duda emplearian poderosas razones, cuando los indios, deponiendo las armas, abrieron paso á los portugueses, siguiéndolos de léjos, y acompañando con desgarradores gritos á los gemidos que lanzaban los prisioneros.

Los primeros rayos del sol naciente, alumbraron el embarque y la conmovedora despedida que los indios de tierra hacian á sus compañeros cautivos.

Aquí era una madre que desgrenaada corria tras de los portugueses pidiéndoles sus hijos; más allá un hermano reclamando á su hermana, un padre á su hijo y todo el pueblo llorando detrás de los *cuafees*, que entraron en los botes muertos de miedo.

Los portugueses entre tanto, se alejaron alegres, y en cuanto llegaron á sus barcos levaron, yendo en demanda de Pandarany, donde anclaron al ponerse el sol.

CAPÍTULO XXIII.

El abordaje.

Apénas fondearon, se presentó al costado de los barcos una almadía.

El rey habia sabido el desembarco de los portugueses y les mandaba un parlamentario, para tratar del canje de los prisioneros.

Gracias al atrevido golpe de aquella mañana, al siguiente dia llegaron á bordo Vasco de Gama y sus marineros, y áun pudo mandar á tierra algunas mercancías; pero viendo que los moros, en vez de comprarlas las destrozaban, dispuso el capitán mayor que se apresaran algunos indios para llevarlos á Portugal y servirse de ellos en otra expedicion, para hacer las paces con el rey de Calicut.

No fué difícil apoderarse algunos dias despues de una almadía, en la que iban embarcados 12 hombres y con ellos á bordo, se hizo la escuadra á la vela el 23 de Agosto de 1498, con rumbo á Portugal; pero la escasez de viento retardó el viaje, obligándola á arribar no léjos de Calicut.

Cuando estaban fondeados llegó una almadía con una carta escrita en una hoja de palma y cuyo tenor era el siguiente.

« Al poderoso rey de Portugal:

» Vasco de Gama, hidalgo de vuestra casa, vino á mi tierra, con lo cual holgué mucho.

» En mi tierra hay mucha canela, mucho cla-

» vo, jengibre, pimienta y muchas piedras preciosas, y lo que de la tuya quiero, es oro, plata, coral y escarlata. »

Aun cuando la carta no era muy expresiva, Vasco de Gama dedujo de ella, que arrepentido el Zamorin de su pasada conducta queria enmendar la falta que habia cometido; pero queriendo dar más precio á la paz, haciéndola desear, despachó al mensajero diciéndole que regresaba á Portugal, pero que pronto volveria con más barcos y gente para enseñar al rey de Calicut el modo con que debian recibirse los embajadores.

En seguida, como ya habia hallado y descubierto lo que venia á buscar, dispuso la marcha, que aún esta vez se retrasó por las calmas.

En este estado vieron venir de tierra unas 70 barcas blindadas con grandes reparos de pieles de rinoceronte y tripuladas por numerosos guerreros.

Bien hubiera querido Vasco de Gama evitar el combate, pero como no habia viento y las barcas con sus numerosos remos corrian velozmente por aquel tranquilo mar, dispuso que se hiciera á bordo zafarrancho, y colocando sus barcos en orden de combate, rompió el fuego de bombardas sobre los enemigos.

Al sonar el primer cañonazo se desplegaron las barcas quedando muy separadas unas de otras y formando un gran semicírculo.

A pesar del vivo fuego de los portugueses, que lograron echar á pique cuatro barcas, las otras consiguieron llegar al costado de las naos, y aprovechando los cabos, las junturas de las tablas y todo lo que les daba lugar á asegurarse,

subieron con gran brio al abordaje empeñando en las mismas cubiertas de los portugueses un terrible combate cuerpo á cuerpo.

Ya no ensordecía el aire el horrísono estampido del cañon, ni el espeso humo de la pólvora envolvía cegándolos á los combatientes.

Sólo se oía el siniestro ludir del hierro con el hierro, el estallido de los cráneos al partirse bajo las pesadas hachas de abordaje ó las macizas macanas, los feroces gritos de los combatientes y el lastimoso acento de los heridos hollados sin piedad por los sangrientos piés de amigos y enemigos.

Los indios acometían con rabia y los portugueses se defendían con desesperación.

Fernando y Jacobo, en la capitana, hacían prodigios de valor, y en torno de ellos un crecido monton de cadáveres atestiguaba sus proezas.

La espada de Fernando, roja de sangre, brillaba sin cesar y á cada golpe caía en la cubierta alguno de los invasores.

Jacobo, desdeñando las armas comunes, se habia provisto de un espeque que en su vigorosa mano giraba como una pluma.

Lo que él hacia no eran heridas ni contusiones.

Era una cosa monstruosa, terrible, repugnante.

La punta del espeque estaba cubierta de una espesa pasta, compuesta de sesos, sangre y cabellos, y en torno del fuerte marinero yacían muchos cadáveres, completamente deshechos.

Tres veces lograron los portugueses arrojar de la capitana á los indios, y por tres veces volvieron éstos á la carga con ciego valor, reconquistando el terreno perdido.

Por último, en un terrible y desesperado esfuerzo, los rechazaron contra la obra muerta, y de allí á sus barcos, cayendo muchos de ellos al agua.

A pesar de esta ventaja, que parecia decisiva, no se dieron por vencidos los indios, sino que viendo que no podrian alcanzar nada con la capitana, los que se retiraron de ella cayeron sobre los otros barcos, poniéndolos así en gran aprieto.

Entónces Fernando y Jacobo, con otros marineros, saltaron á los botes y fueron á socorrer á sus angustiados compañeros.

Cogidos entre dos fuegos, los indios se retiraron á sus barcos desordenadamente, y el fuego de las bombardas acabó la derrota.

Al mismo tiempo una ligera brisa de tierra infló las velas de los buques, que se retiraron lentamente de aquel tranquilo mar, tinto en sangre, y cubierto de humanos despojos.

Algunos dias despues abordaron á una tierra muy alta, cubierta de frondosos árboles, junto á la cual habia seis islas pequeñas, y pareciéndole á Vasco de Gama que aquel sitio era á propósito para hacer aguada y atender con más descanso de lo que permitian las faenas del mar á los numerosos heridos que tenia, mandó dar fondo y que algunos hombres fuesen á tierra para buscar agua y leña, y reconocer de paso el país.

Confiado el mando de esta expedicion al jóven pintor, bajó éste al bote con ocho hombres bien armados y decididos.

Al llegar á tierra encontraron á un jóven que se prestó de buena voluntad á enseñarles un

abundante manantial de rica agua, que nacía en el centro de un bosque de pinos, situado no léjos de la costa.

En recompensa de este servicio, le regaló Fernando un birrete, con cuyo presente quedó tan satisfecho, que al otro día fué á bordo y comió con los marineros, tratando á todos con tal confianza, que no parecia sino que les conocía de muchos años; y aquel mismo día llegaron á bordo otros indios que traían gran número de legumbres, frutas, manteca, gallinas y leche; todo lo cual trocaban por bujerías, sin mostrarse muy exigentes en el precio.

Habiendo sabido por estos indios que allí se criaba mucha canela, mandó Vasco de Gama á Fernando que fuera á ver si era cierto, y él, embarcándose con Jacobo en una de las almadías de los indios, los acompañó á tierra.

Cuando desembarcaron, fueron acompañados por los indios á un lugarcito de pobres casas, edificado detrás del bosque de pinos, y allí les hicieron comer de lo que habia, agasajándoles con gran alborozo.

Terminada la comida, treparon por una colina y al otro lado descubrieron un segundo bosque, más grande que el primero y más poblado de diversos árboles.

Sin que los indios se lo señalaran, Fernando se detuvo ante uno alto cerca de ocho varas, cubierto de lindas hojas ovaladas, de un verde claro tan brillante, que parecían recién barnizadas.

—Aquí tienes el árbol de la canela,—dijo á su compañero.

—¿Cómo lo habeis conocido, no habiéndolo en Portugal?—preguntó Jacobo.

—Ya sabes que he conocido muchas cosas que sólo habia visto en los libros; por lo demás, en este árbol no es muy difícil de reconocer al *Cinnamomum canella* de los latinos, del cual han hecho más tarde los botánicos el *laurus cinna-*
momum, porque reconocieron que pertenecía á la familia de los laureles.

Mientras Fernando daba á su amigo estas explicaciones, los indios cortaban algunas ramas y se las ofrecian.

—¿Cómo recogeis la canela?—preguntó Fernando.

—Cortamos,—respondió uno de los indios,— las ramas, cuya edad no pase de tres ó cuatro años y las enrollamos ligeramente para quitarles la película que las cubre, y despues cortamos la corteza longitudinalmente, y como está poco unida á la madera, se separa de ella con facilidad, y ya no hay más que cortarla en pedazos y dejarla secar al sol.

—¿De suerte —preguntó Jacobo,— que la canela se saca de la corteza de este árbol?

El indio movió afirmativamente la cabeza.

—¿Y cómo es,—siguió preguntando el curioso marinero,— que la que va á Portugal forma unos canutos largos?

—Eso—respondió el indio,—es efecto del calor del sol, con el cual se enrolla espontáneamente.

Despues de haber contemplado bien á su sabor el árbol de la canela, detuvieron la vista sobre otro árbol, conviniendo entre sí los dos europeos en que jamás habian visto una cosa más hermosa.

Uno de los indios, comprendiendo por sus gestos cuánto admiraban aquel árbol, les dijo:

—Este se llama *talipot*, y si no hay en los bosques otro más bello que él, tampoco se encontrará otro más útil.

La majestuosa elevacion de su tronco, que disminuye proporcionalmente hasta su gran copa, formada por gigantescas hojas, sobre las que sobresale un elegante pimpollo cubierto de flores, le dan un atractivo particular.

—Esto me recuerda, — repuso Jacobo, — las palmas de dátiles que se crían en Valencia y en algunos puntos del Algarbe, sólo que éstas son mucho más grandes.

En efecto, como decia Jacobo, solamente un valenciano ó andaluz, acostumbrado á ver palmas y pitas podría representarse el talipot, pero exagerando sus formas y figurándose un árbol que á la vez participara de las dos naturalezas de palmas y pita.

El indio entre tanto seguía preconizando las excelencias del árbol, de esta suerte:

—Ya veis el colosal tamaño de esas hojas, que mientras penden del árbol tienen un color verde oscuro; pero cuando se separan de él toman un color amarillo claro, muy semejante al del pergamino.

—¿Dais alguna aplicacion á esas hojas? — preguntó Fernando.

—Muchísimas; en primer lugar nos sirven de sombrilla ó de paraguas, cubriéndonos de los intolerables calores de este país y de sus violentas lluvias.

La hoja es tan ligera, á pesar de su tamaño,

que se lleva fácilmente en una mano; pero como es tan grande, la cortamos en dos ó tres pedazos, teniendo con uno lo bastante para cubrirnos todo el cuerpo.

—Ya lo creo,—interrumpió Jacobo,—y hasta podiais techar con ellas una casa.

—Así lo hacemos,—replicó el indio,—y como ya es tarde, si quisiéramos, tendríamos aquí para dormir esta noche una excelente tienda, con sólo cortar dos hojas de esas, y aún cuando somos doce hombres, cabriamos bien bajo ellas.

—En verdad,—dijo Fernando,—que ya est tiempo que veamos dónde hemos de pasar la noche.

—Vamos andando, que yo os conduciré á un buen sitio.

La comitiva se puso en marcha, y el indio siguió contando á los europeos que las personas ricas del país viajan constantemente con una tienda de hojas de talipot cortadas en pedazos cuadrados, cosidos unos á otros con gran primor, y como las hojas son tan flexibles y ligeras, se doblan y acomodan en una cajita que llevan los criados á la espalda.

Entónces recordó Fernando que la carta que el Zamorin mandaba al rey de Portugal estaba escrita en una de aquellas hojas, y preguntó al indio cómo las preparaban para que sirviesen de papel.

—Para esto,—le contestó,—se preparan cortándolas en tiras de media vara de largo y tres ó cuatro pulgadas de ancho, se ponen en agua hirviendo y despues se frotan con un palo suave para darles mayor flexibilidad y cosidas despues entre sí queda formado un libro.

—¿Cómo escribís en él?

—Con un punzon de hierro se marcan los caracteres grabándolos en la hoja, y luego se frota encima una sustancia negra, que introduciéndose en las rayas del grabado, hace visibles los caracteres.

Estas hojas son muy duraderas; así es que en ellas se escriben todos los documentos importantes, y para preservarlas en lo posible de todo accidente, se untan con aceite de coco, cuyo olor ahuyenta á toda clase de insectos.

CAPÍTULO XXIV.

El templo de Shiva.

A la salida del bosque encontraron una extensa laguna por cuya orilla siguieron andando para llegar al sitio donde habian de pasar la noche.

Copudos árboles crecian al lado de la verdosa agua, reflejando en ella sus copas doradas por los últimos rayos del sol poniente, y de tronco á tronco corrian espesos y enmarañados matorrales que impedian el paso á los viajeros.

De trecho en trecho se alzaban grandes masas graníticas, cubiertas de verde musgo, reflejando los tonos calientes del cielo, y arrojando su densa sombra sobre la tierra, cuya abundante yerba se veia bullir denunciando el paso de mil seres vivientes, que bajo ella se ocultaban.

—Allá está nuestra posada de esta noche,— dijo uno de los indios señalando en el dorado horizonte una masa colosal de peñas cubiertas de espesos matorrales, dejando debajo una ancha cavidad que parecia la entrada de una gruta.

Fernando no contestó; su espíritu de artista estaba fuertemente excitado con la contemplacion de aquel paisaje bello, sublime y poético.

La soledad y agreste aspereza del terreno, la lobreguez é inmovilidad del lago, la oscuridad que en los primeros términos arrojaban las grandes rocas y los frondosos árboles, contrastaban de

una manera poderosa con la brillante transparencia del caliente cielo.

Sin embargo, aquel grandioso paisaje no estaba tan solitario como á primera vista se creía.

Numerosas bandadas de aves carniceras trazaban en el aire grandes círculos, y en el lago asomaban de cuando en cuando las asquerosas cabezas de los cocodrilos.

Al dar la vuelta á una roca descubrieron los viajeros, á 20 pasos de distancia de ellos, una inmensa mole, negra y verde.

Era el cadáver de un elefante, del cual sacaba tiras de carne un voraz cocodrilo, mientras que otros más pequeños, esperaban que saciara su apetito para tomar parte en el festin.

Aprovechando la distraccion de los cocodrilos se adelantó algunos pasos el jóven pintor, y disparó su arcabuz sobre el que devoraba al elefante.

La bala rebotó como si hubiera dado en un yunque, pero el efecto del disparo fué terrible.

Los cocodrilos se arrojaron al lago, golpeando con sus enormes colas las dormidas aguas, y las aves de presa se dispersaron por los aires, lanzando agudos chillidos.

Por algunos instantes, aquel paisaje, ántes tan tranquilo y silencioso, fué teatro de la más espantosa confusion.

Poco á poco el órden se fué restableciendo, y los viajeros llegaron en breve á la entrada de la gruta.

Antes de llegar, vieron sobre una enorme y aislada roca un colosal elefante de piedra negra, cubierto el lomo con grandes manchas de musgo

verde, y la trompa y patas con fresca yedra que trepaba del suelo, tapizando la roca que le servía de pedestal.

Un poco más adelante estaba la gruta; pero no una de esas grutas, obra de la naturaleza, que se encuentran en todas partes, sino una escavacion especial y extraordinaria, ante la cual el viajero se detiene admirado y confuso.

Los indios, familiarizados con aquel espectáculo, se habian dispersado por las cercanías, recogiendo leña para encender fuego y yerbas secas para hacer las camas.

Fernando dibujaba, y Jacobo no tenía más que ojos para contemplar el jigantesco elefante de piedra y la extraña posada que habian de habitar aquella noche.

Lo que Fernando copiaba era lo siguiente:

En primer término, la estatua del elefante, y más allá una gran masa de piedra alta, por lo ménos de 60 varas, coronada de espesos matorrales. En su base se descubria una espaciosa abertura, por cuyos contornos irregulares se deducia que era obra de la naturaleza, pero venian á destruir esta hipótesis, confundiendo al espectador, tres hileras de columnas, que soportaban el techo de la gruta, dándole el aspecto de un templo.

Mientras Fernando dibujaba, le preguntó Jacobo:

—¿Creeis, como yo, que esta cueva la han abierto los indios?

—Sí y nó—respondió el artista dando los últimos toques á su dibujo. Para mí es indudable que aquí hubo una escavacion natural que apro-

vecharon los indios ensanchándola y sosteniendo la bóveda con estas columnas, que son demasiado perfectas para ser naturales.

—Pues qué, ¿se encuentran en las grutas columnas naturales?

—En muchas, de formación calcárea, se encuentran columnas formadas por el agua, que al filtrarse á través de la roca, disuelve la cal y la va precipitando gota á gota, pero estas columnas que se llaman *estalactitas*, son transparentes, y á pesar de que afectan mil caprichosas formas, tienen algun parecido con las figuras que forma la cera al caer derretida á lo largo de una vela.

Estas columnas que tenemos á la vista son de piedra; todas tienen sus pedestales y sus bases; las columnas son del mismo tamaño y estriadas, y los capiteles redondos, pareciéndose en su conjunto á las columnas egipcias, si bien componen un órden distinto, que debe ser propio de la arquitectura de este país.

A este tiempo llegaron los indígenas, y despues de haber encendido algunas teas, entraron todos en la gruta, en cuyas paredes habia esculpidas gigantescas y espantosas figuras.

Las tinieblas que reinaban en aquel vasto recinto, aumentadas por la escasa luz de las antorchas, le daban un aspecto sombrío y aterrador á lo que contribuia la luz que al jugar con los contornos de los relieves, exageraba sus formas, y con el continuo movimiento de las sombras, parecia que aquellos espantosos monstruos de piedra vivian y se agitaban para defender la entrada de su misterioso retiro.

—¿Dónde estamos?—preguntó Fernando do-

minando apenas la penosa impresion que experimentaba.

—En el templo de *Shiva*—respondió uno de los indios.

—¿Quién es *Shiva*?

—¡Cómo!—replicó admirado el indio,—profesamos nuestra religion y no sabes que *Shiva* es el símbolo de las tres personas de *Buda*.

—No lo debes extrañar,—dijo Fernando acordándose de que *Buda* era el nombre que daban á Dios—porque ya sabes que nuestros idiomas son distintos, y por consiguiente, en Portugal les damos otros nombres que á tu vez no conoces.

—Es cierto,—replicó el indio,—así lo quiso Dios; y siguió alumbrando á los europeos para que visitaran la gruta, templo en cuyo suelo habia de trecho en trecho grandes charcos de cenagosa agua, habitados por infinidad de reptiles, y enormes trozos de roca desprendidos sin duda de las paredes.

La escavacion se dividia en tres partes principales, la una en el centro, y á sus lados dos grutas más pequeñas á modo de capillas, en las cuales se entraba por angostos pasadizos practicados en la roca.

El aspecto general del templo, era una cruz griega con tres entradas: una á la extremidad de cada brazo, en todo semejantes á aquella por donde habian penetrado los portugueses, siendo el largo de los brazos de 142 piés, y de 16 la altura de las 42 columnas que parecian sostener el techo.

En el centro, formado por los brazos de la cruz, se alzaba un elegante templete, y en las cuatro

esquinas otras tantas cámaras, en una de las cuales se instalaron los viajeros, encendiendo una gran hoguera y disponiendo sus lechos.

Mientras los indios se ocupaban en estas faenas, uno de ellos acompañaba á los dos portugueses, explicándoles la significacion de las imágenes.

Esta que está entre las dos capillas, — les dijo, — representa á *Shiva* y todo el templo está dedicado á esta misteriosa divinidad.

Como es el símbolo de la trinidad tiene tres cabezas, la del centro representa la de *Shiva*, la de la izquierda con rostro femenino, es el retrato de su mujer *Parivati*, y la de la derecha representa al hijo de ambos.

Este otro grupo, — añadió, — entrando en una de las capillas, recuerda la union de *Shiva* y *Parivati*, en una figura mitad masculina, mitad femenina, para hacer ver que se unieron en una sola naturaleza y cuerpo, sin perder por eso la que ántes tenían.

Shiva está montado sobre el toro *Nundi* que tiene agarrado con uno de sus brazos mientras que con el otro asegura una culebra de cascabel.

— ¿Y esa figura que está cerca de *Shiva*? — preguntó Jacobo.

— Ese es *Brahma* con tres cabezas y cuatro brazos sentado sobre una planta acuática llamada loto (1), y soportado por cinco cisnes; en uno de los brazos lleva la flor del loto y en otro un jarro de agua.

— ¿Qué indican esos signos? — dijo Fernando.

(1) *Rhamnus lotus* de Linneo.

—Son los emblemas de esta divinidad.

Del loto salió y se extendió por el mundo cuando éste fué creado, y el jarro de agua recuerda las abluciones que deben hacerse ántes de rogar á Dios.

Ese que veis—prosiguió el indio,—colocado entre *Shiva* y *Brahma* es *Indra*, dueño del firmamento, montado en su elefante *Airavati* y el agua que arroja por la trompa es la lluvia que fertiliza la tierra. *Indra* tiene en la mano derecha un rayo con el cual castiga á los malvados cuando con algun crimen excitan su enojo.

Estas otras figuras—añadió saliendo de la capilla y deteniéndose ante dos enanos de piedra—son los *Poisaches* ó diablos guardianes de los cementerios.

—¿Están aquí los diablos?—preguntó admirado Jacobo.

—¡Pues no han de estar—replicó el indio,—si son los asistentes favoritos de *Shiva*!

¿Has olvidado acaso que *Shiva* tambien se llama *Butpati*, que quiere decir señor de los demonios?

—No le hagas caso—dijo Fernando;—además de la diferencia de idiomas, veo que estais mejor enterados que nosotros de los misterios de nuestra santa religion, y cuando vuelva á Portugal, se lo diré al rey para que mande aquí gente que la estudie y disipe los errores en que aún estamos.

Satisfecho el indio con esta explicacion les enseñó la estatua de *Vishnú* con cuatro brazos, montado sobre un águila con cara de hombre y una serpiente arrollada al cuello.

Despues los llevó al templete del centro al cual subieron por seis gradas.

Tenia el templete 20 piés en cuadro con una puerta en cada ángulo y todas flanqueadas por dos gigantescos centinelas de piedra, y dentro del templete vieron la estatua de *Ling*, monstruoso conjunto de formas humanas y de animales que representaba el poder del creador.

Visitado el templete salieron de la gruta por una de las entradas de que hemos hablado y se encontraron en un patio cubierto por altas yerbas y espesos matorrales con un gran estanque en el centro.

Más allá del patio entraron en una capilla redonda, sostenida por cuatro grandes columnas; siguieron un estrecho pasadizo y llegaron á otro recinto mayor, adornado con esculturas *brahmínicas* y multitud de geroglíficos, notando en el techo grandes manchas de diversos colores, de lo cual dedujo Fernando que aquello debió estar cubierto de pinturas que la humedad habia destruido.

Fijándose Fernando en uno de los geroglíficos, y deseoso de saber lo que decia, pidió á su guia que lo descifrase, pero éste le aseguró que ni él ni nadie en la India era capaz de decir lo que aquello significaba (1).

—Este templo—dijo—lo hicieron nuestros pa-

(1) Es curioso que los *Brahmines* de ahora y áun los que vivieron muchos siglos ántes, así como los mejicanos al tiempo de la conquista, y los egipcios bajo el reinado de los Tolomeos, estuvieran tan ignorantes como nosotros de la significacion de los geroglíficos que sus antepasados usaban.

dres en tiempos tan remotos, que no llegan á alcanzarlos la memoria de los hombres.

Despues se han hecho otros en las ciudades y sitios más frecuentados, y estos sirven sólo para que el viajero encuentre, al propio tiempo que un asilo para pasar la noche á cubierto, un lugar sagrado para elevar á Dios su alma.

—Pero si lo dejais en este abandono pronto desaparecerá.

—No temas—replicó el indio con énfasis,— siempre durará más que los hijos de nuestros hijos.

CAPÍTULO XXV.

El boa.

Visitada la última parte del curioso templo, regresaban los tres hombres en busca de sus compañeros, cuando, al atravesar el primer patio, las yerbas se agitaron con violencia, los matorrales se desgajaron, y una forma larga y prolongada se desplegó de repente, cayendo sobre los tres exploradores, apagando la antorcha y haciendo rodar por el suelo á los dos portugueses.

Felizmente la noche no era muy oscura y al fulgor de las estrellas pudieron ver Fernando y Jacobo lo que ocurría.

Una enorme serpiente, que sin duda estaba en acecho oculta entre los espesos matorrales que obstruían el patio, se había lanzado sobre ellos derribándolos con su cola mientras se enroscaba en el cuerpo del pobre indio, apretándolo de tal suerte que ni aún respirar le dejaba.

Fernando y Jacobo, que habían dejado el uno su mosquete y el otro su ballesta en el cuarto donde habían de pasar la noche, no creyendo que tuvieran necesidad de sus armas, tan pronto como estuvieron de pié pusieron mano á las espadas y atacaron con tal vigor á la serpiente, que, obligada ésta á defenderse con su boca y con su cola dió un poco de tregua al indio, sin lo cual hubiera muerto estrujado.

La lucha duró algunos minutos sin que la

fortuna se decidiera por ninguno de los combatientes, hasta que Jacobo acertó á descargar una terrible cuchillada sobre la cola del monstruo que le habia derribado más de una vez lo mismo que si fuera un niño.

La cola cayó al suelo agitándose en todas direcciones, como suelen hacer las de las lagartijas, y desde entónces la serpiente pareció haber perdido toda su fuerza.

Los poderosos nudos que sujetaban al indio se aflojaron, y éste, al par de la respiracion, pudo recobrar el uso de los brazos, y sacando su corvo puñal empezó á combatir sin descanso hundiéndolo repetidas veces en el viscoso cuerpo de su enemigo.

Por último, la serpiente furiosa lanzó contra Fernando su chata cabeza y con su inmensa boca lo cogió por la cintura; pero el valiente jóven, sin aturdirse y sin precipitarse, descargó entre los dos ojos del reptil tan furioso golpe con el pomo de su espada que le obligó á soltar su presa y caer pesadamente en tierra.

Allí lo remataron, y el indio, librándose de sus lazos, lo arrastró, ayudado por sus compañeros, hasta el quartito donde ya los esperaba la cena que fué aumentada con grandes lonjas de la serpiente, asadas en las brasas.

Los portugueses que jamás habian visto una serpiente de aquel tamaño, escuchaban admirados á uno de los indios, el más viejo, que hablaba de esta suerte:

—Estos animales felizmente no son ponzoñosos como otras muchas especies de culebras que pueblan nuestros campos, y si lo fueran, estoy seguro

que la India entera no estaria habitada mas que por ellas, pues ningun sér podria resistir á su fuerza y á su ponzoña; pero Dios los ha privado de esos colmillos sobresalientes que en la mandíbula superior tienen las serpientes de cascabel, y otras muchas, y que les sirven para inocular su veneno á las víctimas que eligen.

Los dientes del boa, son agudos, inclinados hacia adentro y propios para asegurar su presa, si bien cuando es de gran tamaño se sirve de su irresistible fuerza muscular estrujando á cualquier animal por fuerte que sea (1).

— Yo creia — observó Fernando, — que todas las culebras tenían esa fuerza constrictiva.

— En mayor ó menor escala la tienen, — replicó el anciano indio; — pero las especies pequeñas no la emplean, sirviéndose sólo de su boca para dominar los esfuerzos de sus víctimas.

El boa hace sus comidas muy de tarde en tarde, si bien es verdad que cuando come procura indemnizarse de su prolongado ayuno, y en una sola de sus comidas engulle la racion que bastaria á saciar el apetito de diez hambrientas fieras.

Cuando tiene hambre, se embosca, como ha hecho para cogeros, en los matorrales, ó bien escoge un árbol cercano á una pradera ó un rio donde supone que van á pastar ó beber los antílopes, perros y otros animales más pequeños, y se instala en sus ramas enlazando en ellas su cola y dejando colgar el cuerpo hasta el suelo, de suerte que á cierta distancia, parece un tronco

(1) Esta propiedad le ha valido el nombre de *constrictor*, con que se la conoce.

de un árbol y los animales se acercan á ella sin desconfianza.

Cuando están próximos se deja caer sobre ellos rodeándolos en espiral por la caja del cuerpo y cuello, procurando dar unas vueltas encima de otras á fin de añadir el peso que calcula necesario para concluir con su presa.

Muerta ésta, extiende sus lazos cogiendo todo el cuerpo de su víctima y aprieta con tanta fuerza que rompe los huesos y pone el cuerpo del animal que se va á engullir tan flexible que parece una masa.

Despues empieza á lamer el cadáver pasando á favor del pelo su lengua cubierta de una saliva pegajosa que une el pelo al cuero como si lo hubieran pegado con goma, quedando tan resbaladizo como si lo hubieran untado de aceite.

Terminada esta operacion abre el boa su monstruosa boca que además de su gran tamaño puede ensanchar á su antojo y se traga la cabeza y despues el cuerpo por medio de una sucesion de violentas contracciones.

—¿Cuál es el animal más grande que puede tragarse el boa?—preguntó Jacobo.

—No sé donde se detendrá—le contestó el anciano,—pero en una ocasion que cazaba yo á orillas de un rio, me encontré de repente con un tigre que me acechaba escondido entre unos juncos.

Lo habia visto demasiado tarde; el terror paralizó mis piernas y quedé allí clavado é inmóvil, sin atreverme siquiera á armar mi arco y disparar contra mi enemigo, lo cual tampoco hubiera servido de nada, pues mi flecha no podia matarlo.

El tigre, moviendo de un lado á otro su cola y en la posicion que el gato adopta cuando se prepara para saltar sobre el raton, y mirándome con sus brillantes ojos, me habia fascinado.

Por fin dió un salto, lo ví en el aire, y creyendo que era llegado mi último momento, cerré los ojos rogando á *Brahma* que tuviera piedad de mí y protegiera á mis hijos.

Pasó un momento, y no sentí las férreas uñas de la fiera hundirse en mis carnes y desgarrarlas.

Abrí los ojos, y ví que lo que yo habia tomado por el tronco de un árbol, era un boa del tamaño de éste, que se habia lanzado contra el tigre, sin duda cuando estaba en el aire y lo estrechaba entre sus fuertes ligaduras.

El tigre lanzaba lastimeros aullidos y hacia esfuerzos desesperados para escapar; pero su resistencia duró poco; cayó inerte sobre la yerba, crugieron sus huesos, y la serpiente, desplegándose, empezó con su lengua á alisar el pelo de su víctima, y terminada la operacion, se tragó á su enemigo.

Saciado su apetito, cayó en una especie de letargo que me permitió acercarme á ella y matarla impunemente, lo cual me hubiera sido difícil, por no decir imposible, si la llego á encontrar en ayunas.

—¿Qué tamaño tienen por lo regular estos animales?—preguntó Jacobo.

—Los que yo he visto,—contestó el indio—son sobre poco más ó ménos como el que habeis matado.

Esta respuesta no satisfizo sino á medias la

curiosidad de los europeos, así fué, que extendiendo el boa, lo midieron cuidadosamente y hallaron que su largo era nada menos que de 22 varas y media.

Al siguiente día, resolvió Fernando volver á bordo, y en cuanto amaneció se pusieron en marcha por el bosque, ahora tan animado como el día antes silencioso.

Multitud de extrañas aves cruzaban el espacio saltando de uno á otro árbol y entonando poéticas alabanzas al nuevo astro que aparecía radiante.

El día anterior, el paisaje estaba impregnado de una poesía enérgica y vigorosa; aquella mañana, á pesar de ser los mismos árboles, las mismas peñas, y el mismo lago, sin haber perdido nada de su agreste poesía, las tintas que dominan en las primeras horas de la mañana dulcificaban su aspecto y preparaban el alma á gozar de los enérgicos contrastes que más tarde producirían los radiantes rayos del sol en la plenitud de su fuerza.

Al pasar los europeos por el sitio en que la tarde anterior habían visto el cadáver del elefante, quedaron admirados.

Ya no quedaba de aquel gigantesco cuadrúpedo más que un monton de huesos, tan limpios y bien escamondados, como si acabaran de salir del gabinete del más diestro disecador.

—¡Diablo! ¿cuántas alimañas se habrán juntado para devorar tanta carne en una noche? — dijo Jacobo deteniéndose junto al esqueleto.

—Imposible que esta sea obra de uno ó muchos animales—contestó Fernando.

— ¿Pues quién lo habrá hecho?

— No sé y eso es lo que me choca.

— ¿No os acordais ya de los caimanes, los tigres y tantas otras voraces fieras que pueblan este país?

— Sí, pero esta no puede ser obra suya.

— ¿Por qué?

— En primer lugar, porque estando tan inmediatos, debíamos haber oído durante la noche el ruido que necesariamente debieron hacer la multitud de fieras, que según tú, concurriría al festín.

— Era tan pesado nuestro sueño...

— Pero ahora estamos bien despiertos, y sin embargo, en torno de la osamenta, por más que mires, no descubrirás más que nuestras huellas y las del cocodrilo que ahuyentamos ayer.

— Es cierto.

— Si animales de gran tamaño hubieran devorado al elefante, sus huesos estarían dispersos y rotos, al paso que aquí están muy limpios, conservan su brillo y ocupan su puesto.

— También es verdad.

— ¿Qué mirais? — preguntó un indio que no comprendía el asombro de los portugueses.

— Queríamos saber quién había limpiado tan bien los huesos del elefante.

— Lo principal de la obra la habrán hecho las aves de rapiña, porque los caimanes no habrán vuelto por aquí después del disparo, y detrás de ellas habrán venido las hormigas, y lo han completado.

— ¿Tantas hay?

— Son infinitas, y sin ellas no podríamos vi-

vir, porque el aire se corromperia con las exhalaciones de los muchos animales que diariamente mueren en los bosques.

Entre tanto Jacobo cargó con las defensas del elefante que tenían más de tres varas de largo, y la caravana emprendió de nuevo la marcha, internándose en el bosque.

Mientras andaban, el anciano indio hablaba con Fernando acerca del marfil que producian los elefantes.

—Los dientes de elefante— decia,—los clasificamos en el comercio, segun su procedencia, su color, la finura de su grano y su mayor ó menor consistencia, pero para apreciar estas diferencias se necesita mucha práctica.

El cautiverio de los elefantes perjudica notablemente el valor de sus defensas, porque estas son ménos largas, no tan hermosas como las de los salvajes y siempre ménos consistentes.

El marfil es el principal elemento que constituye los dientes de los mamíferos, así es que no sólo se aprovechan los del elefante, sino que tambien los del hipopótamo.

Generalmente es blanco, pero se distinguen dos hermosas variedades que varian en color.

El marfil de Ceilan, que es de un blanco rosado y alcanza gran valor á causa de su escasez, y el de Siam, que es de más peso y de grano fino y rosado.

Cuando se sierra un colmillo en toda su longitud se encuentran tintas diferentes, que varian desde el blanco rosa al color del té con leche, encontrándose entre ellas algunos pedazos aceitu- nados que se llaman verdes, y separándolos con

cuidado, sirven para las obras más delicadas.

—Vosotros no conocéis al elefante—preguntó uno de los indios.

—Sí lo conocemos,—replicó Fernando.

—¿Los hay en vuestro país?

—Ahora nó, pero hubo un tiempo en que habitaban la Europa, á juzgar por los esqueletos antiguos que se encuentran enterrados á grandes profundidades.

El elefante forma entre el órden de los *pachydermos* (animales de piel dura), una pequeña familia, mal definida, llamada *proboscidiens*, de la palabra latina *proboscis* que significa trompa.

Hasta ahora conocemos dos especies, el de África y el de este país.

Los cartagineses y egipcios empleaban en sus ejércitos gran número de estos animales que iban á coger en los bosques del interior.

—¿Has dicho—observó el viejo,— que en tu país se encuentran esqueletos de elefantes enterrados desde hace muchos siglos?

—Precisamente en Portugal nó, pero en Europa se han encontrado algunos restos de elefantes, y aún de otros animales que hoy no existen.

Más de cuatrocientos años, ántes del nacimiento de Jesucristo, se descubrieron incrustados en rocas ó dentro de terrenos de aluvion, restos orgánicos de multitud de animales.

Ocelo, Xenofanes y otros filósofos consignan este hecho, para ellos inexplicable.

—Tambien aquí se encuentran—replicó el indio,— y de ellos se saca un marfil duro y de un color azul, muy agradable á la vista.

CAPÍTULO XXVI.

Conclusion.

Pocos dias despues de esta expedicion, como tuviese Vasco de Gama noticia de que andaban por la costa muchos barcos de Calicut y de Meca tratando de sorprenderlo, apresuró cuanto pudo el aprovisionamiento de sus naos y determinó marchar tan pronto como le fuera posible; pero un acontecimiento extraordinario vino á trastornar sus planes haciéndole partir ántes de tiempo.

El capitan Coelho, viendo frustrados sus planes de venganza, preso él y su cómplice, y descubiertas sus negras maquinaciones, no pensaba más que en ver de qué suerte podria esquivar el justo castigo que habia de sufrir tan luego como llegase á Portugal.

Fiado en la amistad que el rey le profesaba, creia que el castigo no seria muy duro, y aún podria evitarse si lograba llegar á Lisboa ántes que Vasco de Gama; pero para esto era necesario estar libre.

— Si aún mandara mi barco — pensaba en la cámara que le servia de prision — largaria las velas, y en llegando á Portugal, y aún por el camino, arreglaria las cosas de tal suerte que no llegaran nunca mis enemigos, ó si llegaban fuera para entrar en una prision ó sufrir tal vez la muerte.

Dando vueltas en su imaginacion á estos pro-

yectos y tanteando al piloto que mandaba su barco, logró sobornarlo y una noche le dió libertad.

En seguida se presentó Coelho á los marineros, les dijo que Vasco de Gama, convencido de que habia dado crédito á una cobarde calumnia, le devolvía el mando de su buque y le comisionaba para ir á Portugal á dar cuenta al rey de su expedicion.

Alegres los portugueses con la idea de volver á su patria despues de un tan penoso viaje, aclamaron á su capitan y obedecieron gustosos la órden que les dió de aparejar.

Al siguiente dia vió Vasco de Gama con sorpresa que faltaba el barco de Coelho, y comprendiendo lo que habia sucedido, mandó levar inmediatamente y se puso con sus dos barcos en persecucion de los rebeldes.

Sin embargo, el viento no protegía la impaciencia del ilustre marino.

A los tres meses de una penosa travesía se declaró á bordo el escorbuto y murieron en su barco y el de su hermano unos 60 hombres, con lo cual quedaron tan reducidas las tripulaciones, que apenas bastaban para la maniobra que los vientos contrarios hacían sumamente penosa.

Unas de las primeras víctimas de la epidemia fueron el moro Sidi Abdalá y su cómplice Sebastian Ferrao, presos en la capitana.

Viéndose en tal apuro, Vasco de Gama reunió en su barco consejo de oficiales y determinó, de acuerdo con ellos, que si pasados tres dias los vientos continuaban siendo adversos, volverían en demanda de la India y tomarían tierra, fuera

cual fuese la suerte que Dios les tuviera reservada en aquel país.

Pasados dos dias despues de tomada esta resolucion extrema el cielo empezó á encapotarse por el NE., permaneciendo claro en el cenit y el mar sumamente tranquilo.

Oficiales y marineros miraban con ansiedad á aquel punto del horizonte del cual esperaban el viento que los llevara hácia tierra, y el agua necesaria para beber, porque estaban á media racion y sólo los enfermos tenian racion entera en consideracion á su estado.

Cruel es la posicion de los viajeros, que al atravesar un desierto, cansados y jadeantes, miran por todas partes buscando un poco de agua que refresque sus secos labios, y andan y andan sin cesar, y el agua no aparece, y cada minuto que pasa, cada páso que dan, aumentan la horrible sed que los devora.

Pero los tormentos del navegante son en circunstancias análogas mucho más intensos, porque son los tormentos de Tántalo.

Tienen sed, nadan en agua, y sin embargo, no pueden beberla.

La ven brillar al sol, como si estuviera cuajada de brillantes, reflejar su imágen con temblorosas líneas y murmurar suavemente bajo la quilla; pueden tocarla y sumergir en ella sus abrasadas manos, y no obstante la sed los mata.

Algunos portugueses intentaron probar la salobre agua del mar, y si bien su frescura les alivió por el pronto, sufrieron despues una insupportable irritacion en las glándulas salibares.

Aquello era espantoso; era la muerte en medio

de la abundancia, la miseria en medio de la opulencia.

Cada mañana se daba medio cuartillo de agua á los marineros y oficiales, sin distincion, y por la tarde se repartia otro á los enfermos; pero como el agua no se podia conservar, no tan sólo por la sed que acosaba á todos, sino porque los balances la derramaban con frecuencia, y porque el robar agua no lo consideraba nadie como hurto, resultaba que tan pronto como se repartia la racion, se la bebian con avidez, sufriendo el resto del dia los horrores de la sed, que aumentaban con exceso los abrasadores rayos del sol que caian perpendicularmente sobre las cabezas de los pobres marineros.

De racion á racion se entretenian en pasar su abrasada lengua por las uñas de las anclas, por los cañones y por todos los objetos de hierro, cuya frescura aliviaba algun tanto su sufrimiento.

¿Pero qué era esto en comparacion de un vaso de agua?

Todos miraban con ansiedad el nublado que se formaba al NE.

A la tarde saltó la brisa al NE. hinchó las velas y algunas nubes sueltas y ligeras como copos de blanco algodón cruzaron por encima de las embarcaciones, ocultando momentáneamente el sol.

A su vista renació la esperanza en las tripulaciones, y todos gritaban, arrojando al aire sus sombreros y abrazándose mutuamente.

Por momentos la brisa fué aumentando, el mar se rizó y los barcos, con todas sus velas desplegadas, pudieron correr casi en popa hácia las

costas africanas, donde pensaban hacer aguada. Mas á pesar de los deseos que todos tenían de llegar pronto, el viento se hizo tan fuerte, que Vasco de Gama mandó cargar la velas superiores y tomar rizados á las grandes.

A la noche aún no habia llovido, el viento era violentísimo y la mar tan fuerte, que á cada paso grandes olas, alcanzando á los barcos, los inundaban, barriéndolos de popa á proa, dejando el puente cubierto por una húmeda y fosforescente capa.

El cielo estaba negro, y de vez en cuando podían ver todo el horror de su situación á la luz de los lívidos relámpagos que rasgaban el firmamento.

Obligados por la furiosa tempestad, los portugueses cargaron sus velas, y los dos barcos, á tiro de cañon uno de otro, corrían rápidamente, revueltos entre las encrespadas olas, impulsados por el deshecho huracan, como dos diablos escapados del averno.

Jacobo amarrado junto á la caña del timon decia á su amigo Fernando, que estaba al lado:

—Malo va esto; las olas nos alcanzan, el agua corre más que nosotros y pronto pasará todo el mar sobre nuestras cabezas.

—¿Crees que el agua corre?—preguntó Fernando.

—Pues qué, ¿no veis cómo avanza?—dijo el marinero agachando la cabeza para dejar paso á una monstruosa ola que entró por la popa y salió por la proa rompiendo la obra muerta y arras-trando consigo algunas tablas.

—Estás en un error,—respondió Fernando

cuando la ola hubo pasado.—La verdad es que la ola no se mueve; lo que hace es subir y bajar como un péndulo ó como una cuerda estirada sacudida por uno de sus extremos.

—Sin embargo, ello es que nosotros á palo seco corremos cerca de siete millas y las olas nos alcanzan, pasando por encima de nosotros y se alejan por la proa como si tuvieran al diablo dentro.

—¿Has estado alguna vez en un campo de trigo sazonado?—preguntó el pintor.

—Muchas veces.

—¿Y no reparaste cuando hacia viento, cómo las espigas del trigo bajaban y subían formando ondas que también corrían con rapidez del uno al otro extremo del campo?

—Muchas veces me he entretenido en observararlo y su vista me recordaba el mar.

—Pues bien; las espigas de trigo no se mueven de su sitio, y sin embargo, parece que corren. Así sucede con las olas del mar; pero este es un error causado por la poca perfección de nuestros sentidos. El agua no se mueve, no corre; lo que corre son las ondulaciones que como en el campo de trigo ó la cuerda extendida se suceden unas á otras con espantosa rapidez, pues á veces alcanza su velocidad de 12 á 15 leguas por hora.

Por fin, al otro día la tempestad cesó, y aún cuando el viento continuaba soplando fuerte del mismo sitio, pudieron desplegar algunas velas, con ayuda de las cuales llegaron cuatro días después á vista de tierra.

¡Tierra!—gritaron los marineros,—y á esta

mágica palabra , todos olvidaron sus sufrimientos , y los enfermos pidieron que se les llevara sobrecubierta para contemplar la tierra que muchos no creían volver á ver.

Dos dias despues fondeaban en Melinde, siendo recibidos por el rey con tanto agasajo, que les mandó, sin que lo pidieran, víveres frescos.

Allí preguntaron por Coelho, y como ninguno habia visto su barco, á los ocho dias de llegar, despues de haberse repostado, siguieron su viaje.

Quince dias despues uno de los vigías descubrió una vela en el horizonte; todos los tripulantes subieron al puente para verla, y cuál seria su asombro al reconocer que el barco que veían era el que mandaba Coelho.

Roto y desarbolado flotaba como una boya perdida en el inmenso mar.

Cuando estuvieron bien cerca, Vasco de Gama mandó algunos hombres á reconocerlo, y estos volvieron con la triste nueva de que todos habian perecido víctimas del escorbuto.

Su muerte debia datar de mucho tiempo, porque los cadáveres estaban en completo estado de putrefaccion,

Coelho y sus cómplices habian pagado bien cara su infame desercion.

Por último, el 1.º de Setiembre de 1499 entró en Lisboa Vasco de Gama, siendo recibido con mucha solemnidad por la córte.

Fernando fué presentado al rey, que enterado de su historia le hizo grandes mercedes, y pidió para él la mano de Margarita, cuyo padre desde entónces cesó de oponerse al matrimonio.

Terminados los festejos y pomposas fiestas reli-

gias, que tuvieron lugar con motivo de la llegada y descubrimientos de Vasco de Gama, Fernando y Margarita ya casados, se retiraron á una bonita casa de campo que el rey les regaló en las amenas riberas del Guadiana, no léjos de Alcoutin, y en ella vivieron felices largos años, acompañados de Jacobo que enseñaba á los hijos de Fernando á manejar un esquife en las mansas aguas del rio, y les contaba sus aventuras durante las largas noches de invierno.

FIN.

En el año de mil e quatrocientos e noventa e tres
 e quatro e cinco e seis e siete e ocho e nueve e diez e once e
 e doce e trece e catorce e quince e dieciseis e diecisiete e dieciocho e
 e diecinueve e veinte e veintiuno e veintidós e veintitres e veinticuatro e
 e veinticinco e veintiseis e veintisiete e veintiocho e veintinueve e treinta e
 e treinta e uno e treinta e dos e treinta e tres e treinta e quatro e treinta e cinco e
 e treinta e seis e treinta e siete e treinta e ocho e treinta e nueve e cuarenta e
 e cuarenta e uno e cuarenta e dos e cuarenta e tres e cuarenta e quatro e cuarenta e cinco e
 e cuarenta e seis e cuarenta e siete e cuarenta e ocho e cuarenta e nueve e cinquenta e
 e cinquenta e uno e cinquenta e dos e cinquenta e tres e cinquenta e quatro e cinquenta e cinco e
 e cinquenta e seis e cinquenta e siete e cinquenta e ocho e cinquenta e nueve e sesenta e
 e sesenta e uno e sesenta e dos e sesenta e tres e sesenta e quatro e sesenta e cinco e
 e sesenta e seis e sesenta e siete e sesenta e ocho e sesenta e nueve e setenta e
 e setenta e uno e setenta e dos e setenta e tres e setenta e quatro e setenta e cinco e
 e setenta e seis e setenta e siete e setenta e ocho e setenta e nueve e ochenta e
 e ochenta e uno e ochenta e dos e ochenta e tres e ochenta e quatro e ochenta e cinco e
 e ochenta e seis e ochenta e siete e ochenta e ocho e ochenta e nueve e noventa e
 e noventa e uno e noventa e dos e noventa e tres e noventa e quatro e noventa e cinco e
 e noventa e seis e noventa e siete e noventa e ocho e noventa e nueve e cien e

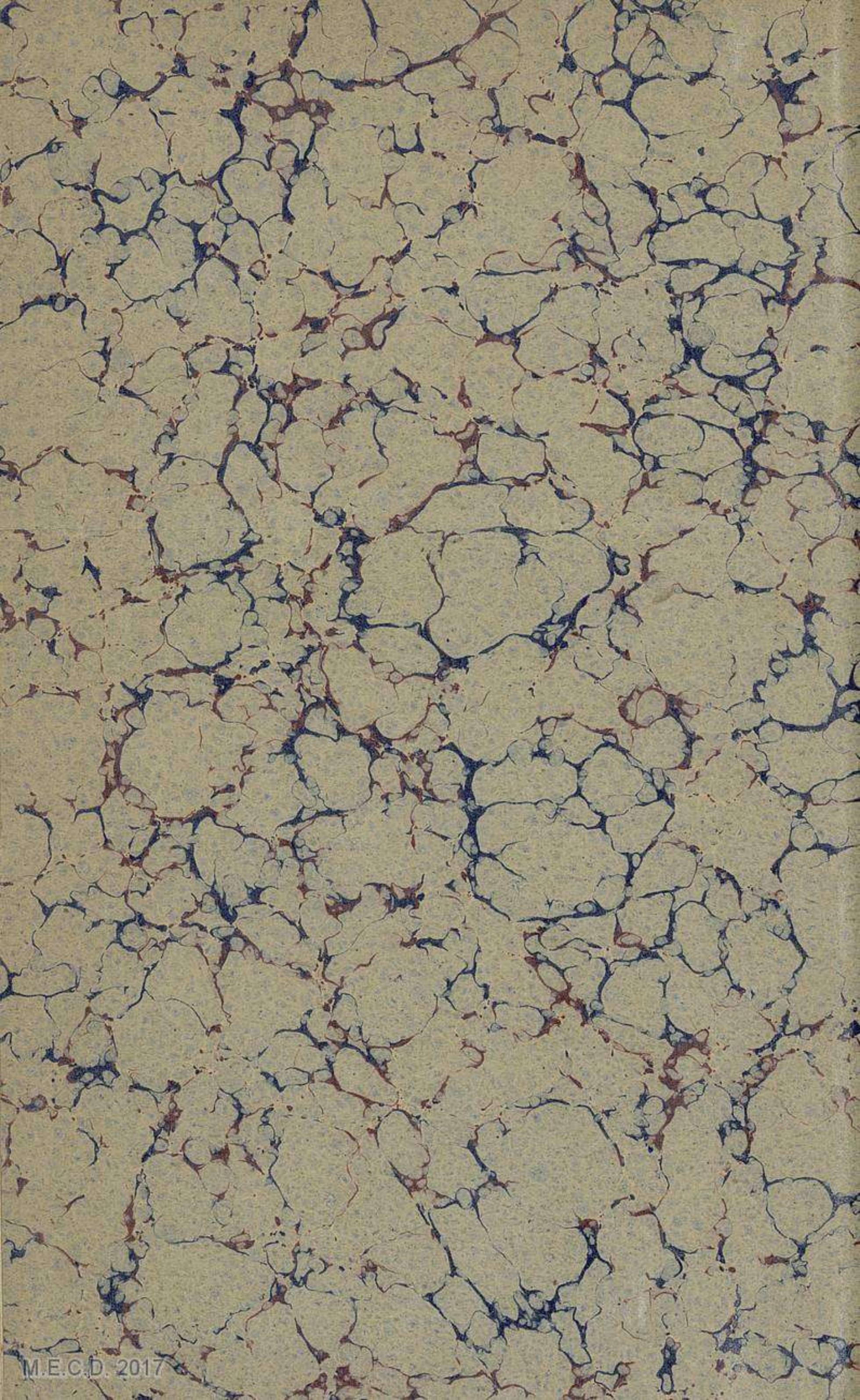
INDICE

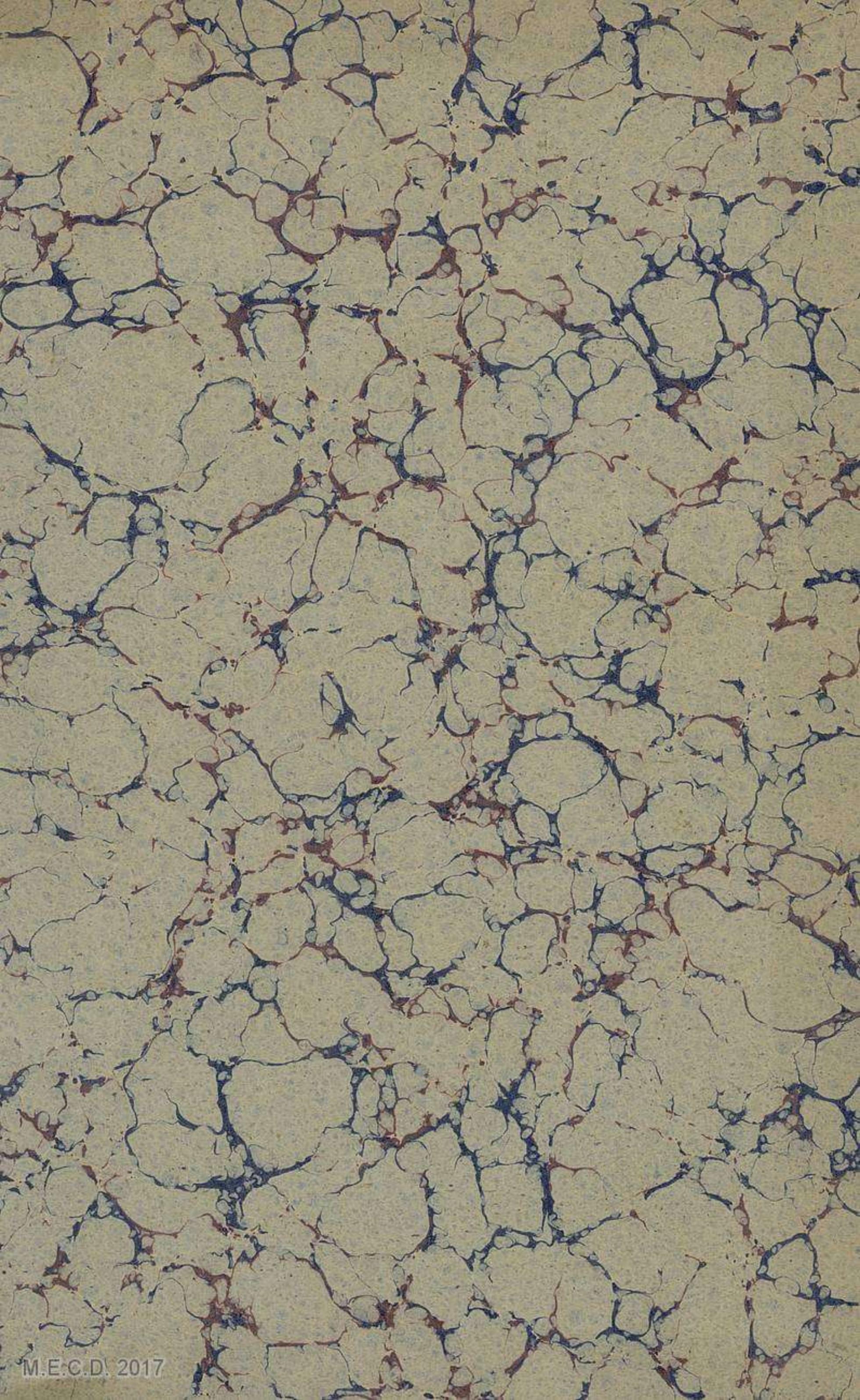
<u>CAPÍTULOS.</u>	<u>PÁGINAS.</u>
I. Una aventura nocturna.....	5
II. Los heridos.....	14
III. El Preste Juan.....	22
IV. El secuestro.....	32
V. Un amigo.....	41
VI. La pesca de la ballena.....	50
VII. La bahía de Santa Elena.....	59
VIII. Un serio encuentro.....	68
IX. El matrimonio solitario.....	77
X. Un día de emociones.....	86
XI. La tierra que traga.....	95
XII. Un sitio en regla.....	104
XIII. El paso forzado.....	113
XIV. El león y la girafa.....	121
XV. La traición burlada.....	130
XVI. La batida real.....	139
XVII. La caza en el lago.....	149
XVIII. Calicut.....	158
XIX. Principio de una intriga.....	166
XX. La Embajada.....	177



694

XXI.	La situacion se complica.....	186
XXII.	La evasion.....	196
XXIII.	El abordaje.....	207
XXIV.	El templo de Shiva.....	216
XXV.	El boa.....	225
XXVI.	Conclusion.....	234





AECID-BH



BH000000102356

ALVAREZ

LOS

COMPAÑEROS

DE VASCO

DE GAMA

860-3(729.1)

J. V. H.

M.E.C.D. 2015